

Colección Estudios Sociales

Núm. 27

La población rural de España

De los desequilibrios a la sostenibilidad social

Luis Camarero (coordinador)

Fátima Cruz

Manuel González

Julio A. del Pino

Jesús Oliva

Rosario Sampedro



Obra Social
Fundación "la Caixa"

Edita
Fundación "la Caixa"
Av. Diagonal, 621
08028 Barcelona

ÓRGANOS DE GOBIERNO DE LA OBRA SOCIAL "LA CAIXA"

COMISIÓN DE OBRAS SOCIALES

Presidente
Isidro Fainé Casas

Vocales

Salvador Gabarró Serra, Jorge Mercader Miró, Javier Godó Muntañola,
Montserrat Cabra Martorell, Ana María Calvo Sastre, Juan José López Burniol,
Montserrat López Ferreres, Justo B. Novella Martínez

Secretario (no consejero)
Alejandro García-Bragado Dalmau

Vicesecretario (no consejero)
Óscar Calderón de Oya

Director General de "la Caixa"
Juan María Nin Génova

Director Ejecutivo de la Obra Social
Jaime Lanaspá Gatnau

PATRONATO DE LA FUNDACIÓN "LA CAIXA"

Presidente
Isidro Fainé Casas

Vicepresidentes

Ricardo Fornesa Ribó (vicepresidente 1º), Salvador Gabarró Serra,
Jorge Mercader Miró, Juan María Nin Génova

Patronos

Victoria Barber Willems, María Teresa Bartolomé Gil, María Teresa Bassons Boncompte,
Montserrat Cabra Martorell, Ana María Calvo Sastre, José F. de Conrado y Villalonga,
Javier Godó Muntañola, Inmaculada Juan Franch, Jaime Lanaspá Gatnau,
José-Delfín Guardia Canela, Juan José López Burniol, Montserrat López Ferreres,
Amparo Moraleda Martínez, María Dolors Llobet Maria, Rosa Maria Mora Valls,
Miguel Noguera Planas, Justo B. Novella Martínez, Jordi Portabella Calvete,
Leopoldo Rodés Castañé, Luís Rojas Marcos, Nuria E. Villalba Fernández,
Josep-Francesc Zaragoza Alba

Director General
Jaime Lanaspá Gatnau

Secretario (no patrón)
Alejandro García-Bragado Dalmau

Vicesecretario (no patrón)
Óscar Calderón de Oya

Colección Estudios Sociales

Directora
Rosa M. Molins

Coordinadora
Mònica Badia

Colección Estudios Sociales

Núm. 27

La población rural de España

De los desequilibrios a la sostenibilidad social

Luis Camarero (coordinador)

Fátima Cruz

Manuel González

Julio A. del Pino

Jesús Oliva

Rosario Sampedro

Edición electrónica disponible en Internet:

www.laCaixa.es/ObraSocial

© Luis Camarero (coordinador), Fátima Cruz, Manuel González, Julio A. del Pino, Jesús Oliva,
Rosario Sampedro
© Fundación "la Caixa", 2009

La responsabilidad de las opiniones emitidas en los documentos de esta colección corresponde exclusivamente a sus autores. La Fundación "la Caixa" no se identifica necesariamente con sus opiniones.

LUIS A. CAMARERO RIOJA es doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Es director del Departamento de Teoría, Metodología y Cambio Social de la UNED y se dedica a la docencia de estadística y técnicas de investigación. Ha dirigido distintos proyectos sobre la ruralidad española cuyos resultados han dado lugar a más de medio centenar de publicaciones de ámbito nacional e internacional. Su labor como sociólogo rural fue reconocida con el Premio Nacional de Investigaciones Agrarias del Ministerio de Agricultura.

FÁTIMA CRUZ SOUZA es doctora en Psicología por la Universidad de Valladolid, donde es profesora de Psicología Social del Departamento de Psicología y secretaria de la Cátedra de Estudios de Género. Coordinadora de diferentes proyectos nacionales y transnacionales de desarrollo rural y género en el marco de las iniciativas comunitarias LEADER, NOW y EQUAL desde 1994. Autora del libro *Género, psicología y desarrollo rural* (2006).

MANUEL T. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ es profesor titular de Sociología de la Universidad Pablo de Olavide. Sus líneas de investigación integran cuestiones territoriales, ambientales e identitarias, a menudo desde la perspectiva del desarrollo local. Ha trabajado y colaborado con distintas universidades y ha presidido el Comité de Investigación en Sociología Rural de la Federación Española de Sociología entre 2004 y 2008.

JULIO A. DEL PINO ARTACHO es licenciado en Sociología y especialista en Investigación Social Aplicada y Análisis de Datos (CIS). Profesor de Sociología en el Departamento de Sociología I de la UNED. Durante los últimos cinco años ha trabajado en diversos proyectos de investigación sobre las dinámicas de transformación del medio rural y sobre movilidad y transporte. Es miembro del Comité de Redacción de la revista *Empiria*.

JESÚS OLIVA SERRANO es profesor titular de Sociología en la Universidad Pública de Navarra. Doctor en Sociología (Universidad Complutense, 1993) y diplomado en Urbanismo y Ordenación del Territorio (IEAL, 1987). Sus investigaciones se han orientado al análisis de los procesos de reestructuración rural-urbana, el desarrollo local, la ordenación del territorio, los mercados de trabajo, la problemática urbana y la movilidad cotidiana.

ROSARIO SAMPEDRO GALLEGO es doctora en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora titular de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales, Jurídicas y de la Comunicación de la Universidad de Valladolid (Campus de Segovia). Compagina la docencia universitaria y la investigación con tareas de formación y asesoramiento en distintas instituciones como experta en temas de género, ruralidad y conciliación de la vida laboral y familiar.

Índice

Presentación	7
Introducción	9
I. Desarrollo rural: el impulso de la Unión Europea y la cuestión de la sostenibilidad social	18
1.1. Desarrollo rural sostenible: la cuestión de la sostenibilidad	19
1.2. La sostenibilidad social en el desarrollo rural	21
II. Los desequilibrios demográficos y la generación soporte	29
2.1. Génesis de la generación soporte	30
2.2. La generación soporte en el hábitat y en el territorio	36
2.3. Paisajes sociales de la ruralidad española	41
III. La masculinización rural y las estructuras de convivencia familiar	50
3.1. Los territorios de la masculinización	50
3.2. Las causas de la masculinización rural: de los fenómenos biológicos a las relaciones sociales	51
3.3. Masculinización rural, género y estrategias educativas: la «huida ilustrada»	53
3.4. La evolución reciente de la masculinización rural en España	55
3.5. La demografía rural y las estructuras de convivencia: familias y hogares rurales	58
3.6. Las formas de convivencia familiar de la generación soporte	62
3.7. Dinámica familiar y trayectorias de emancipación por sexo: los persistentes efectos de la masculinización rural	68
IV. Envejecimiento y dependencia en las poblaciones rurales	74
4.1. El envejecimiento de las poblaciones rurales	75
4.2. Discapacidad y dependencia	79
4.3. La carga de la dependencia sobre la generación soporte	87

V. Las redes familiares de ayuda y de atención a la dependencia	91
5.1. La presencia de personas dependientes	91
5.2. Las redes de ayuda	98
5.3. Cuidado y atención a los menores	101

VI. Persistencia de las desigualdades de género	109
6.1. El reparto de tareas domésticas y de cuidados en el medio rural	110
6.2. Las desigualdades en el ámbito productivo y la participación en el espacio público	117

VII. Nuevos residentes e inmigración rural	124
7.1. Movilidad residencial y nueva residencia en la generación soporte	125
7.2. Autóctonos y nuevos residentes	130
7.3. Inmigrantes en áreas rurales	136

VIII. Desigualdades en el acceso a la movilidad	149
8.1. La movilidad como parte de la fragilidad rural	150
8.2. La movilidad en relación con las oportunidades y el empleo	153
8.3. La generación soporte en relación con la movilidad	158
8.4. Movilidad y mercados de trabajo	162

IX. De los desequilibrios a la sostenibilidad	166
--	-----

Bibliografía	175
---------------------	-----

Índice de gráficos, tablas, mapas y cuadros	181
--	-----

Anexo metodológico	186
---------------------------	-----

Presentación

La percepción sobre qué significa «lo rural» en este primer cuarto del siglo XXI no es, ciertamente, uniforme. La visión idealizada, básicamente urbana, que asocia la «vida de pueblo» con la autenticidad, el contacto directo con la naturaleza, la calma o la tranquilidad debe contrastarse con otras muchas visiones, con toda seguridad más fieles a lo que es la realidad rural española y, probablemente, no tan idílicas.

La vida actual en un entorno rural no tiene nada que ver con la de unas pocas décadas atrás. La generalización de las comunicaciones, tanto de personas y mercancías (mediante mejores accesos viarios) como de información (mediante accesos, en este caso, a las tecnologías de la información y la comunicación) han ido desdibujando el aislamiento secular del mundo rural respecto del urbano.

Tanto es así que el éxodo rural que se produjo a mediados del siglo pasado está empezando a verse compensado por la afluencia de nuevos vecinos, que se establecen en las áreas rurales por diversos motivos. Hay ciudadanos que mantienen su trabajo en grandes núcleos urbanos, pero que fijan su residencia fuera de ellos, bien sea para mejorar la calidad de vida, bien sea por las dificultades de acceso a la vivienda en la ciudad donde trabajan. También hay nuevos residentes procedentes de otros países que se establecen en pueblos españoles una vez alcanzada la jubilación, o que llegan a nuestro país en busca de trabajo.

De igual modo que no es posible comparar la vida rural del siglo XXI con la de hace cincuenta años, tampoco es posible hablar de una única ruralidad a día de hoy. La realidad rural española es diversa: desde las pequeñas aldeas que pueblan el interior del noroeste del país hasta las villas del litoral mediterráneo

o del extrarradio de las grandes capitales, en cada caso nos encontramos ante particularidades que impiden una consideración uniforme de esta realidad.

También los habitantes del entorno rural son heterogéneos: una población envejecida y, a menudo, dependiente, se enfrenta a dificultades de movilidad con recursos que suelen ser proveídos por redes familiares o informales. Los jóvenes autóctonos, a su vez, no han dejado de fijar sus ojos en la ciudad, bien por expectativas profesionales, bien por exigencias académicas. Y las mujeres, en tercer lugar, deben hacer frente a una desigualdad de género que condiciona decisivamente tanto sus posibilidades de desarrollo personal como profesional.

No hay, pues, una única definición de lo rural en España. Y éste es, precisamente, el propósito de este estudio: clarificar cuáles son las características actuales de la población rural española y, principalmente, poner de manifiesto la variedad de problemas específicos a los que ésta está haciendo frente. Sólo a partir de un abordaje integral, al que esta investigación pretende contribuir con sus hallazgos, será posible encarar los retos que plantea un desarrollo rural sostenible, no sólo en términos económicos y medioambientales sino también, y sobre todo, en términos sociales.

Jaime Lanaspá Gatnau

Director Ejecutivo de la Obra Social
"la Caixa" y Director General
de la Fundación "la Caixa"

Barcelona, septiembre 2009

Introducción

Desde que, a mediados de la década de los ochenta, las áreas y poblaciones rurales entraron de lleno en la agenda política, el término *rural* se asocia inmediatamente a la cuestión del desarrollo. Y desarrollo remite al futuro, con lo que el binomio resultante pone en evidencia la incertidumbre y la preocupación con que se aborda el presente. *Rural*, hoy, significa dificultades, cambios sociales continuos y, también, continuadas intervenciones políticas, económicas y sociales.

Este libro pretende ser parte de la reflexión sobre el presente y el futuro de las áreas rurales y, más concretamente, de las poblaciones que residen en ellas. El tránsito de las economías industriales a las economías posindustriales, el fortalecimiento de la sociedad de la información y el nuevo marco de relaciones económicas y sociales en el contexto de la globalización son distintas expresiones del cambio social. Cambios que también afectan a las áreas rurales, que participan en ellos cada vez con mayor intensidad.

En España, al igual que en buena parte de los países del Occidente europeo, observamos transformaciones sustantivas en las últimas décadas que redefinen las características y el papel de los espacios rurales en el seno de la sociedad global. La dependencia directa del desarrollo urbano, así como su pasado carácter homogéneo –definido por la importancia de las actividades primarias como base de la subsistencia y de la organización social–, se disuelven progresivamente.

En efecto, hace ya algún tiempo que la agricultura no es la principal fuente de actividad en buena parte de los territorios rurales. La paulatina desagrarización⁽¹⁾ ha supuesto no sólo la disminución de la población agraria sino también

(1) El concepto de desagrarización se refiere a la pérdida de importancia económica de la actividad agrícola en un territorio, y el consiguiente debilitamiento de las instituciones sociales ligadas a esta actividad que organizan diferentes aspectos de la vida social (por ejemplo, la explotación familiar agraria, la propiedad de la tierra como base de la estratificación social, los sistemas de gestión comunal de los recursos agrícolas, etcétera).

la modificación de estructuras sociales que se suponían únicas. Por un lado, se observa que la desagrarización ha conllevado el abandono del carácter familiar de la actividad agraria: la agricultura ya no es únicamente, ni tampoco principalmente, una actividad exclusivamente familiar. Así, la agricultura se convierte a menudo en una parte de la actividad económica de algunos miembros de la familia. Por tanto, no sólo los pueblos diversifican las actividades productivas –ahora centradas en la construcción, el comercio, la hostelería y la industria–, sino también lo hacen las familias. La desagrarización, además de provocar la disminución de la población agraria, incide, especialmente, en la pérdida de importancia de la agricultura como eje de la organización social de las áreas rurales. La diversificación económica de las áreas rurales es hoy muy elevada, y por ello queda también mermada la tradicional segmentación social que la propiedad de la tierra producía en el seno de las sociedades rurales.

Pero también cambia de signo la secular dependencia rural respecto al devenir urbano. Ésta se anclaba en la dedicación única a la extracción y producción de materias primas, y en la provisión de mano de obra para las áreas industriales a través de la emigración rural. Ahora, en las producciones rurales, se valora la calidad y la seguridad alimentaria frente a la productividad, al mismo tiempo que de lo rural se demandan otros usos no productivos, especialmente los medioambientales. Por consiguiente, en el seno de la sociedad del riesgo, cambian las demandas de producción y se añaden nuevas demandas, como son la protección ambiental y alimentaria.

La sociedad de la información permite también nuevas formas de asentamiento en el territorio que superan la tradicional división pueblo/ciudad por formas más complejas e interrelacionadas. Lo que se denomina contraurbanización, *sprawling*⁽²⁾ o ciudades región no son sino expresiones de la expansión espacial de los asentamientos y de la creciente interconexión de los mismos. Todo ello hasta el punto de que, desde finales del siglo pasado, las áreas rurales han convertido, en términos netos, los saldos migratorios negativos en saldos positivos. La calidad ambiental y residencial, o las oportunidades para nuevos grupos sociales, son puestas crecientemente en valor e incluso ayudan a construir una representación positiva, y en cierta medida idealizada, conocida como el *idilio rural*.

(2) Del inglés *sprawl*: extensión, dispersión urbana. El término se utiliza para referirse a la dispersión urbana resultado de los cambios residenciales de la ciudad al campo (y las periferias metropolitanas).

En síntesis, éste es el proceso de transición rural: el cambio desde una situación de aislamiento a una situación de alta interdependencia e intercambio constante de mercancías, personas y signos. Dicho proceso de transformación muestra una enorme plasticidad en el plano territorial, económico y social. Los cambios de actividades y de modos de organización así como la transformación de valores determinan hoy una ruralidad muy heterogénea y diversa. Y precisamente por esta razón, pese a encontrarnos en una sociedad tan desagrarizada a día de hoy como la española, lo rural no ha desaparecido, ni puede ser soslayado: no en vano, alrededor de la quinta parte de la población española vive en áreas rurales.⁽³⁾

Con todo, en el contexto de cambios y de interdependencia de las sociedades actuales, la definición de cuál es la población rural resulta especialmente problemática. Habitualmente existen dos criterios: uno tradicional, de base culturalista, según el cual las poblaciones rurales son aquellas que han sido refractarias al cambio; es decir, las que siguen diferenciándose por mantener valores y estilos de vida propios. La sociología rural hace tiempo que ha rechazado esta definición. Las poblaciones rurales y urbanas no tienen por qué considerarse *a priori* como distintas, así que pasamos a distinguir lo rural y lo urbano a partir del criterio más pragmático del tamaño del hábitat, suponiendo que dicho tamaño puede ir asociado a diferentes formas de sociabilidad. Los grandes hábitats son urbanos y los lugares pequeños, rurales. Evidentemente no hay una frontera clara y objetiva que nos diga a partir de qué tamaño de hábitat abandonamos el territorio rural y nos adentramos en el urbano. El problema resulta aún mayor en la medida en que una cosa es el asentamiento, el pueblo, y otra el área administrativa, el municipio. Por lo general, las fuentes estadísticas disponibles sólo diferencian datos a escala regional por unidades administrativas o municipios y, por lo tanto, no puede llegarse a una definición precisa a través de las unidades reales de asentamiento (pueblos o parroquias). En este contexto, en España se establece habitualmente el límite de lo rural como los municipios menores de 10.000 habitantes, y esta distinción se realiza por dos motivos. El primero porque la diversidad entre unidades de asentamiento y unidades administrativas es enorme. Por ejemplo, en Galicia, los asentamientos son pequeños; los municipios, en cambio, grandes: así, sólo

(3) Según el padrón municipal de 2007 del INE, el 21,8% de la población española vive en municipios menores de 10.000 habitantes.

el 4% de la población gallega vive en municipios menores de 2.000 habitantes, mientras que aproximadamente la mitad de los habitantes de la comunidad residen en núcleos (entidades singulares) menores de 2.000 habitantes. Por lo tanto, aunque 10.000 habitantes pudiera parecer un tamaño elevado para definir lo rural, no resulta tan elevado en la práctica.⁽⁴⁾ El otro motivo es el secreto estadístico: cuando los municipios son menores de este tamaño, el municipio no se identifica en los registros, y, por tanto, no pueden utilizarse, por lo general, clasificaciones de tamaño menor que éste. En esta investigación se ha utilizado el criterio de situar la «frontera» convencional entre lo rural y lo urbano en 10.000 habitantes, si bien en ciertos análisis se han diferenciado tamaños aún menores.⁽⁵⁾

Pero a pesar de todos estos problemas y cambios, y seguramente por ellos, cada vez se habla más del desarrollo y de las dificultades de las áreas rurales. Ciertamente los cambios producen muchos otros efectos, especialmente en el ámbito que interesa en esta indagación, el social. En los años ochenta, el documento de la Comunidad Europea titulado *El futuro del mundo rural* ofrecía una formulación pionera del desarrollo rural como problema. En él, se partía de la constatación de la mejora sustantiva de las condiciones de productividad agraria, a la vez que, paradójicamente, se observaba el insuficiente desarrollo de las condiciones generales de la vida rural. Los cambios no habían conseguido frenar, de forma generalizada, el declive de las áreas rurales. La situación, a día de hoy, no es muy distinta.

Como se verá a continuación, sobreenvjecimiento, masculinización, dependencia, desigualdades de género y vulnerabilidad laboral son algunos de los principales problemas con los que conviven los habitantes rurales. Por ello la pregunta principal a la que esta investigación quiere dar respuesta se refiere a las condiciones de sostenibilidad, de sostenibilidad social, de la ruralidad. Porque tal vez ya no sea el momento de reflexionar sólo sobre los cambios;

(4) Por ejemplo, en Murcia los municipios son de una gran extensión y contienen numerosos asentamientos. Así, en esta comunidad el 1,3% reside en municipios menores de 2.000 habitantes, mientras que en entidades menores de esta cifra lo hace uno de cada seis murcianos. En municipios menores de 10.000 habitantes reside el 5,2%, cifra muy reducida respecto al grado de diseminación poblacional. Mientras que en Galicia el conjunto de municipios menores de 10.000 habitantes recoge relativamente bien a la población rural –un tercio de los gallegos residen en municipios de tamaño menor que esta cifra–, en Murcia, sin embargo, este umbral poblacional es una definición muy restrictiva.

(5) En los casos en que se utilizan otros tamaños de municipios se ha indicado expresamente en las tablas. Es decir, cuando no se especifica otra cosa la población rural son los residentes en municipios menores de 10.000 habitantes, mientras que la urbana es la residente en los de tamaño superior a dicha cifra.

quizá haya llegado la hora de pensar por qué los distintos cambios son o pueden ser no sólo compatibles con el desarrollo de las áreas rurales, sino también armónicos en el nuevo marco de las relaciones urbano-rurales. Es muy probable, y así se hará ver en estas páginas, que la sostenibilidad (social) de las áreas rurales no sea producto únicamente del crecimiento económico, de las mejoras en las condiciones materiales de producción, sino también de las dificultades de la reproducción de la vida social. Que no haya jóvenes, que las mujeres se vayan, que los mercados de trabajo sean poco dinámicos, no son sino indicadores contundentes de que los cambios socioeconómicos han producido nuevas dificultades y desigualdades o, al menos, han seguido reproduciendo las desigualdades sociales anteriores.

Este equipo de investigación viene trabajando en esta línea desde hace algún tiempo.⁽⁶⁾ Una de las conclusiones más llamativas puestas de relieve a través del proceso de investigación y reflexión es que, como resultado de los fuertes desequilibrios demográficos de las áreas rurales, hay una generación –un grupo de hombres y mujeres nacidos en la misma época– que constituye el centro de gravedad. Un colectivo que, por su ciclo vital, se encuentra en esa etapa compleja donde las obligaciones y los compromisos de producción son tan importantes e intensos como la reproducción y la atención a los demás. Este grupo de hombres y mujeres que nacieron entre 1958 y 1977 son, por contraste, muchos frente a los escasos contingentes de las generaciones inmediatamente superiores (entre 50 y 65 años, los que protagonizaron el éxodo rural) y los de las posteriores (los menores de 30, que han sido progresivamente mermados por el vaciamiento demográfico y la caída de la fecundidad). Son, por todo ello, generaciones que constituyen el centro de las poblaciones rurales y que tienen a su cargo a una población sobreenviejecida y sin base natalista. Por ello se le ha denominado «generación soporte».

Con todos estos elementos, este trabajo se articula desde tres rupturas epistemológicas que nos permiten un relato dramático de la investigación,

(6) La investigación que aquí se realiza ha sido concebida a partir de los resultados de proyectos anteriores de I+D+i: «El trabajo invisible de las mujeres rurales» (07/2003 del Instituto de la Mujer) y «Trabajo invisible, arraigo femenino y masculinización rural» (VA081A05 de la Junta de Castilla y León), trabajos que tienen su continuación en otros proyectos: «Indicadores de género: movilidad espacial, inserción en los mercados de trabajo rurales y conciliación de la vida laboral y familiar» (026/07 del Instituto de la Mujer) y «Movilidad espacial, mercados de trabajo y sostenibilidad social en áreas rurales» (CSO2008-01286/SOCI del Ministerio de Ciencia e Innovación).

mediante una delimitación del escenario, de los actores y del argumento, relativamente diferente de las ideas al uso.

La primera de estas rupturas, que redefine el escenario, concibe el análisis de las poblaciones rurales más allá del estricto marco local de relaciones, situando a los sujetos en su propia dinámica de interacción en una sociedad total. Se trataría de superar los estudios que definen lo rural como una categoría que puede autoexplicarse como sociedad diferenciada. El escenario no puede ser otro que la sociedad global, resumida hoy por distintas etiquetas: informacional, posmoderna, etc., con muy distintos significados pero con un elemento común a todas ellas: la creciente interacción en el tiempo y en el espacio de las acciones sociales.

La segunda, la revelación del actor: la generación soporte. Por su posición en el ciclo vital constituyen la generación más activa, pues de ellos dependen tanto las actividades productivas como las reproductivas; estas últimas por ser el grupo genésico y el soporte de la población mayor. Y por si fuera poco, al ser la generación más numerosa, de ella depende el mantenimiento de la vida local. Un auténtico protagonista.

Así llegamos a la tercera ruptura, la cual atañe al argumento: intentamos reflejar qué hacen los pobladores del medio rural en su vida cotidiana; cómo combinan actividad, producción y reproducción doméstica. Se trata de preguntarnos y de mirar sobre aquellos aspectos que, aun siendo importantes para los sujetos, no se tienen en cuenta habitualmente, pese a que tienen consecuencias reales en el desarrollo rural.

Este argumento encierra el propósito último de la investigación, que no es otro que el de estudiar la realidad de las áreas rurales evitando diferentes presupuestos tópicos y tautológicos; por ejemplo, el de que las poblaciones rurales son por su propia naturaleza distintas de las urbanas. Nuestro objetivo es ofrecer un análisis de utilidad para la multitud de actores sociales e instituciones que quieren intervenir en la realidad de las áreas rurales desde distintos ámbitos. De modo que se pueda ofrecer información nueva y, a la vez, caminos distintos en los que situar la reflexión sobre las áreas rurales. Por todo ello se ha cuidado especialmente que los datos, que los hechos, tengan un sentido, de modo que el final, el desenlace, no esté prejuzgado de antemano. Si el lector nos permite la licencia, mediante la práctica de la pesquisa hemos reproducido

los elementos que constituyen cualquier acción dramática para condensarlos de manera sinóptica –protagonistas, argumento y escenario– para pensar en la sostenibilidad social de las áreas rurales.

El resultado son los siguientes actos y entre actos o capítulos. El impulso y el esfuerzo que desde la Unión Europea se ha dedicado a la cuestión rural y los debates recientes en torno a la sostenibilidad de las áreas rurales componen el primer capítulo, que introduce al lector en la continua reflexión que los agentes y actores sociales realizan en la delimitación e intervención en las áreas rurales.

Se examinan a continuación los importantes desequilibrios demográficos que atraviesan las áreas rurales, síntoma principal del cambio que han experimentado las poblaciones. En este segundo capítulo se analiza detalladamente cómo se ha llegado a esta situación, la cual pone de relieve la importancia de la generación soporte, y se pretende comprender las importantes fracturas territoriales –los «paisajes sociales»– que componen la ruralidad española.

Un tercer capítulo incide en mostrar el que puede denominarse talón de Aquiles del devenir de las poblaciones rurales: la masculinización rural. Consecuencia del éxodo selectivo de mujeres desde las áreas rurales a las áreas urbanas, y cuestión que comienza a incorporarse, si bien tímidamente, en las agendas del desarrollo. En esta línea se avanzan los profundos cambios que las formas familiares de convivencia y residencia han experimentado en el medio rural. Cambios que siguen la propia lógica de la transformación contemporánea de las formas de convivencia, pero que en el medio rural se nutren, además, del impacto que los desequilibrios demográficos –envejecimiento y masculinización– tienen en la formación y composición de los hogares.

El envejecimiento, mejor dicho, sobre-envejecimiento, de las poblaciones rurales, así como la enorme dependencia que genera, constituyen junto con la masculinización dos elementos característicos del paisaje social de la ruralidad española. El cuarto capítulo se ocupa de analizar en detalle esta situación que condiciona, de forma sustantiva, las trayectorias vitales y la organización cotidiana de la generación soporte.

El análisis nos lleva al campo de la reproducción. Así, en el capítulo quinto se examinan los esfuerzos de atención y ayuda a las poblaciones dependientes que realiza la generación soporte. El importante esfuerzo dedicado a la aten-

ción tanto a mayores como a menores condiciona las trayectorias y estrategias laborales, familiares y de vecindad de la generación soporte.

Dentro del campo de la reproducción, las desigualdades de género son también objeto de estudio. La lectura de estas desigualdades desde la narración que realizan las mujeres, no sólo en el ámbito doméstico, sino también en el productivo y público, constituye el sexto capítulo.

En el capítulo siguiente, el séptimo, entran en escena los nuevos residentes, aquellos que paulatinamente se van incorporando al medio rural. Los nuevos residentes son el elemento central en la amplificación de la heterogeneidad social que caracteriza el medio rural. El texto hace referencia principalmente a la llegada de población extranjera y la importante diferenciación social que la misma establece en las áreas rurales.

En el marco del ámbito productivo se atiende, a continuación, a los mercados rurales de empleo. La fragilidad de dichos mercados y las prácticas de actividad de las poblaciones rurales muestran un panorama de alta segmentación en el acceso a las actividades laborales. La relación entre trabajos locales y extralocales es examinada detalladamente, mostrando la importancia que la movilidad tiene en las estrategias de inserción en la actividad. En este sentido, el octavo capítulo analiza exhaustivamente esta cuestión: la movilidad. Su importancia, aunque anunciada desde el principio de estas páginas, se ha ido incrementando en la medida en que los datos iban hablando en todos los capítulos anteriores.

El último capítulo, el noveno, recompone en conclusiones el recorrido realizado. Se discuten los distintos hallazgos bajo el marco de la sostenibilidad social de las áreas rurales, con el propósito de que el lector pueda identificar los principales ámbitos de desigualdad, tanto los orígenes como las consecuencias. ¿Las respuestas? El lector expectante por encontrarlas en un formato definitivo tal vez se sienta defraudado, pero estamos seguros de que esta lectura le animará a algo que nos parece todavía más importante: a formular nuevas preguntas, a despertar nuevas inquietudes. Dispone de un anexo metodológico en el que se explicita cómo se ha realizado este trabajo. Qué instrumentos se han utilizado para interrogar a la realidad, desde entrevistas en profundidad –técnicas cualitativas que se desarrollan como conversaciones pausadas– hasta técnicas de registro mediante una amplia encuesta estadística representativa

de los protagonistas de este libro: la generación soporte de las áreas rurales de España.⁽⁷⁾ La búsqueda del sentido de las acciones y de las prácticas, sin renunciar a la observación de los latentes procesos sociales, ha sido el difícil equilibrio mantenido por este equipo durante toda la investigación.

(7) Encuesta a la Población Rural abreviada con el acrónimo EPR-2008.

I. Desarrollo rural: el impulso de la Unión Europea y la cuestión de la sostenibilidad social

Como venimos afirmando, el medio rural español ha vivido, en las últimas décadas, numerosas e importantes transformaciones. Estos procesos de cambio llenos de contradicciones han supuesto significativos avances hacia una mayor calidad de vida, pero también desequilibrios demográficos, socioeconómicos y territoriales. En las representaciones sociales de los procesos de desarrollo se tiende a una naturalización de los fenómenos, pensando que el destino de un territorio y su desarrollo son el resultado de una sucesión de acontecimientos incontrolables, casi naturales. Sin embargo, uno de los aspectos que queremos destacar en este texto es el papel de los agentes de la sociedad civil organizada –asociaciones y sindicatos– y de las políticas públicas en la construcción del desarrollo de los territorios. Las transformaciones del medio rural en las últimas décadas han sido muy significativas, tanto en el aspecto material-productivo como en el simbólico, y aunque estos procesos no sean exclusivamente el resultado de la actuación de esos agentes sociales y de las políticas públicas, éstos tienen una parte importante de responsabilidad. Por este motivo, queremos esbozar aquí el rumbo que están siguiendo y los retos que se presentan, sobre todo en lo referente a la construcción de la sostenibilidad en toda su complejidad, pero en especial a la sostenibilidad social.

La Unión Europea, ante las dificultades del modelo productivo rural tradicional en el contexto del mercado económico mundial, viene incidiendo muy activamente en el medio rural, diseñando e implementando programas experimentales y políticas de desarrollo no exentas de contradicciones. Intentando, además, dirigir el desarrollo rural hacia un modelo de desarrollo sostenible, en un proceso en el que la propia conceptualización de la ruralidad está siendo cuestionada y reformulada, pues obliga a considerar puntos de vista cada vez más complejos, a causa de la diversificación productiva y sociocultural.

A finales de la década de los ochenta se produce un hito fundamental en las visiones posibles sobre el medio rural, hecho que marca un verdadero cambio de paradigma y representa un punto de inflexión en las políticas dirigidas a los territorios rurales europeos. Hasta entonces, del medio rural sólo se percibía la producción agrícola y ganadera, y todas las actividades y necesidades identificadas giraban en torno a lo agrario con una perspectiva claramente sectorial. La vida rural era agraria por definición. Pero a finales de los ochenta, a partir de las sucesivas crisis económicas, con la globalización creciente de las economías y las dificultades de la agricultura europea para competir en el mercado mundial, se empiezan a percibir otros aspectos de la realidad rural. Comienza a gestarse en Europa una política de desarrollo rural que no será solamente agraria. Por lo tanto, aunque con contradicciones y conflictos, en los últimos veinte años ha habido un cambio significativo en las políticas y perspectivas de intervención destinadas a los territorios rurales, así como en sus efectos. A pesar de que todavía estamos muy lejos de las metas que la Comisión Europea propone para la construcción de un desarrollo rural sostenible, las directrices comunitarias reflejan una apuesta más clara por el desarrollo sostenible que la que se percibe a través de las prácticas sociales y políticas en los territorios rurales. Las políticas específicas de desarrollo rural plantean la sostenibilidad como meta; sin embargo, la mayoría de las políticas económicas de la Unión Europea, incluso las agrarias, siguen reforzando el modelo de desarrollo centrado en la producción que ya se ha mostrado insostenible, y que lleva al agotamiento de los recursos y al despoblamiento del medio rural. Cada vez se percibe más claramente la vulnerabilidad del medio rural y los resultados de las políticas económicas desarrollistas, pero queda un largo camino por recorrer para establecer cauces de sostenibilidad en el desarrollo de las sociedades rurales y urbanas del futuro.

1.1. Desarrollo rural sostenible: la cuestión de la sostenibilidad

Los planteamientos sobre desarrollo sostenible surgieron a partir de la preocupación por el deterioro medioambiental del planeta Tierra y por la posibilidad de agotamiento de los recursos naturales, lo que, por otro lado, también supondría la quiebra del sistema económico. Ya en 1972, el Club de Roma promovió el informe *Los límites del crecimiento* (Meadows *et al.*), que fue el primer estudio a escala mundial que evidenció las consecuencias medioambientales

del crecimiento demográfico y del crecimiento económico calificándolas de amenaza. La preocupación por las amenazas al medio ambiente, que hasta los años ochenta eran consideradas exageraciones de los movimientos ecologistas, en las dos últimas décadas, coincidiendo con los cambios en los planteamientos sobre el desarrollo rural, ha pasado a formar parte de las agendas políticas mundiales, principalmente en los últimos años con la amplitud del debate sobre el cambio climático, materializándose, por ejemplo, en las diversas cumbres mundiales y reuniones internacionales promovidas por la ONU y por diferentes grupos de países.

Hay diversidad de definiciones para el término *desarrollo sostenible* y mucha polémica, pero la concepción más extendida es la que intenta conjugar el crecimiento económico con la conservación medioambiental. En el emblemático *Informe Brundtland* (1987), promovido por la ONU, el desarrollo sostenible es considerado un «proceso de cambio mediante el cual la explotación de los recursos, la orientación de las inversiones y los cambios técnicos e institucionales se encuentran en armonía y refuerzan el potencial actual y el futuro de los seres humanos» (Latouche, 2007: 47).

Así como en el pensamiento neoliberal el desarrollo se identifica directamente con el crecimiento económico, en la mayoría de los planteamientos de desarrollo sostenible el eje central es el crecimiento económico junto con la preservación ambiental, poniendo especial énfasis en la dimensión medioambiental. A pesar de que se citan otras dimensiones, como la ética y la social, en realidad reciben poca atención. En buena parte de la literatura sobre el desarrollo sostenible, la sostenibilidad se reduce a planteamientos ambientalistas, así como a la relación entre sistemas económicos y ecológicos (Constanza, 1992). En este sentido, por ejemplo, se publicó en 2006 el *Stern Review: The economics of climate change*, un estudio encargado por el Gobierno británico a un equipo dirigido por el economista Nicholas Stern sobre el impacto del cambio climático en la economía. Las conclusiones del estudio pronostican graves problemas económicos en todo el mundo si no se invierte desde ahora mismo para frenar el cambio climático y el calentamiento global (Stern *et al.*, 2006).

Así, la relación entre desarrollo económico y sostenibilidad ambiental resulta cada vez más evidente y, en los planteamientos actuales, el desarrollo sostenible responde fundamentalmente a dos principios básicos: en primer lugar, la imposibilidad de crecimiento ilimitado en un planeta finito y con recursos

limitados, haciendo hincapié en los límites e implicaciones ecológicas de los modelos de producción; y en segundo lugar, resalta la solidaridad con las generaciones futuras y la necesidad de preservar los recursos naturales y ambientales para salvaguardar la calidad de vida de los que todavía están por venir (Cruz, 2007). Es un planteamiento de responsabilidad a largo plazo, que sopesa las consecuencias de las acciones actuales para el futuro del medio ambiente. Pero Latouche (2007), con una visión muy crítica sobre el desarrollo sostenible, también destaca que los planteamientos fundamentales del desarrollo sostenible se limitan a la sostenibilidad en el sentido de la durabilidad del propio desarrollo; es decir, en cómo garantizar que se pueda seguir creciendo económicamente y que ello no comprometa el futuro del desarrollo económico.

En la mayoría de los planteamientos observamos que la sostenibilidad, cuando es tenida en cuenta, se ve reducida a dos dimensiones: la sostenibilidad medioambiental y la sostenibilidad económica. La sostenibilidad medioambiental entendida como la garantía de la conservación de los recursos naturales para las futuras generaciones, y la sostenibilidad económica como la viabilidad y durabilidad del propio desarrollo, en cuanto crecimiento económico. Sin embargo, lo que la fragilidad de la realidad del medio rural demuestra, a pesar de las políticas y los programas de desarrollo rural como, por ejemplo, LEADER, es que no hay posibilidad de desarrollo sostenible si no se tienen en cuenta otras dimensiones de la sostenibilidad en los procesos de desarrollo, y particularmente la sostenibilidad social. Porque sigue produciéndose pérdida de población en el medio rural, y las causas no se restringen a la situación económica o a la falta de empleo. El desarrollo sostenible exige, en primer lugar, que se mantengan los núcleos de población en los territorios rurales, pero con una calidad de vida acorde con los parámetros de desarrollo de las sociedades europeas. Sin embargo, seguimos constatando dinámicas de discriminación social y situaciones de desigualdad en el acceso a recursos y servicios, que empujan a las personas hacia los núcleos urbanos más grandes.

1.2. La sostenibilidad social en el desarrollo rural

La débil repercusión de las políticas de desarrollo para frenar realmente el despoblamiento rural, uno de los problemas más acuciantes de estos territo-

rios, evidencia que resulta necesario identificar e incidir más en los aspectos humanos de los procesos de desarrollo y en la construcción de la sostenibilidad social como motor del desarrollo. Para Alario y Baraja (2006), hay «una sostenibilidad que es básicamente social y tiene un objetivo principal: fijar la población en unos espacios marcados por la atonía demográfica, el vaciamiento y el envejecimiento progresivo, y que, en muchos núcleos, no tienen garantizada su supervivencia más allá de una o dos décadas si se mantiene la actual dinámica demográfica» (p. 273).

Al analizar los resultados de la Iniciativa Comunitaria LEADER II en Castilla y León, Alario y Baraja (2006) consideran «indicativo valorar la evolución de la población en los municipios afectados por LEADER II a través de la comparación de las cifras padronales de 1996 y 2004. En conjunto, los resultados son desalentadores, ya que manifiestan una pérdida superior a 27.000 personas, lo que supone más del 9% de la población de 1996. Estos datos, sin embargo, encubren realidades diversas, desde pérdidas superiores a un tercio de la población hasta municipios que han doblado sus habitantes de 1996. Poco más de un 10% de los municipios LEADER II han conseguido mantener o incrementar su población entre 1996 y 2004» (p. 283). Con relación a la creación de empleo como elemento de sostenibilidad social, estos autores afirman que «en el marco de las acciones LEADER II se ha creado también empleo pero no parece haber sido ni suficiente ni atractivo para fijar población local o atraer nuevos residentes cualificados» (p. 284).

En el sentido de lo que Bourdieu (2003) y Latouche (2007) han definido como la colonización económica de nuestro imaginario simbólico, a menudo, las posibilidades o no de sostenibilidad social se encuentran ocultas por la sostenibilidad económica, o la sostenibilidad social es entendida como parte de la económica, llegándose incluso a confundir, a veces, con la simple creación de empleo en el medio rural. Para empezar a sistematizar una teoría sobre la sostenibilidad social, parecen pertinentes los planteamientos de Félix Guattari (1996a) cuando habla de «las tres ecologías»; en realidad, el filósofo francés llama la atención sobre la articulación de tres registros o dimensiones ecológicas: *la medioambiental, las relaciones sociales y la subjetividad humana*. «No habrá una verdadera respuesta a la crisis ecológica si no es a escala planetaria y con la condición de que se opere una auténtica revolución política, social y cultural, reorientando la producción de bienes materiales e inmateriales. Esta

revolución deberá afectar, por lo tanto, no sólo a las relaciones de fuerzas visibles a gran escala, sino también a los dominios moleculares de sensibilidad, de inteligencia y de deseo» (p. 9). Estas dimensiones son clave en la transformación y construcción de modelos de desarrollo más sostenibles. Las relaciones sociales, la subjetividad humana y el contexto donde éstas se desarrollan son la propia trama que sostiene el desarrollo real de un territorio.

Habitualmente, las relaciones sociales y especialmente la subjetividad humana no son consideradas en los procesos de desarrollo, o son consideradas únicamente como externalidades, factores secundarios, sobre los cuales no se interviene directamente. Sin embargo, tanto el abandono del medio rural como los estilos de vida urbanos basados en el consumo indiscriminado de bienes y servicios forman parte de la subjetividad humana en la actual sociedad posindustrial. La internalización y naturalización de los ideales de consumo y de los estilos de vida urbano-industriales llevan a una creciente dependencia de las ciudades y al deterioro de los mecanismos tradicionales de regulación social (Guattari, 1996a).

El desarrollo sostenible sólo sería posible si entendiéramos los territorios como escenarios de vida, y, en este sentido, en la medida en que se fundamentara en las diferentes dimensiones de la sostenibilidad de la vida, entendida en la más amplia complejidad. En este estudio llamamos la atención sobre la necesidad de contemplar la dimensión social de la sostenibilidad, además de la medioambiental y económica, pues más allá de los cambios en los sistemas productivos, el desarrollo también está relacionado con la construcción y el fortalecimiento de las redes de sociabilidad, que posibilitan las formas de vida de la población, con más o menos calidad, tanto rural como urbana.

Entendemos la sostenibilidad social como la existencia de un entramado humano diverso y equitativo, suficientemente activo y articulado para generar dinámicas sociales y económicas capaces de mantener la satisfacción de las necesidades materiales y subjetivas de todos los colectivos que componen la población de un territorio. Es lo que denominamos, utilizando un término de Guattari (1996a), «territorios existenciales»: espacios de vida, de significaciones, de relaciones humanas, donde los procesos económicos están orientados hacia una calidad de vida digna, en armonía con las dinámicas de conservación del medio ambiente, a largo plazo. «Que se organicen así nuevas prácticas micropolíticas y microsociales, nuevas solidaridades» (Guattari, 1996a: 48).

Los territorios existenciales son espacios de convivencia y no sólo de producción y de consumo; una sociedad no se construye solamente sobre la base de relaciones económicas. «La época contemporánea, al exacerbar la producción de bienes materiales e inmateriales en detrimento de la consistencia de los territorios existenciales individuales y de grupo, ha engendrado un inmenso vacío en la subjetividad, que tiende a devenir cada vez más absurda y sin recurso» (Guattari, 1996a: 40). Una sociedad fundamentalmente de consumidores es una sociedad sin consistencia, sin cohesión social. El desarrollo sostenible trata de crear nuevos escenarios de relaciones de producción y de relaciones sociopolíticas de calidad, que sean duraderos a la vez que cuidadosos con el medio ambiente.

El despoblamiento masivo y selectivo (jóvenes y mujeres) y el acentuado envejecimiento de la población presentes en el medio rural generan un anquilosamiento de las estructuras y dinámicas sociales y económicas, a las que es imprescindible revitalizar para impedir que muchos pueblos desaparezcan por completo y muchos otros se queden con dinámicas residuales. Las personas ya no viven en territorios aislados, la movilidad espacial y las nuevas tecnologías generalizan los deseos y las necesidades en cualquier lugar de Europa, y casi del planeta. Las iniciativas económicas necesitan también de un tejido social suficientemente dinámico para generar sinergias de enriquecimiento mutuo. Las empresas y los negocios se sostienen en personas que quieren y necesitan vivir en un entorno satisfactorio, para lo cual la dimensión social es determinante.

Según la OCDE, a partir de diferentes estudios sobre las asociaciones y la participación de nuevos agentes en la política rural, «las repercusiones de las asociaciones en el desarrollo rural, de las que informan los investigadores, han sido considerables, y en concreto han constituido un verdadero valor añadido en el proceso de desarrollo endógeno local. Aunque las investigaciones no son concluyentes aún sobre el efecto de las asociaciones en cuanto al empleo generado, la prestación de apoyo a empresas o la prestación de servicios, las repercusiones significativas estimadas atañen al refuerzo de las capacidades en las comunidades, al fomento de la participación de éstas, a la innovación y a una mejor integración de las iniciativas de desarrollo» (OCDE, 2006: 146).

Asimismo, en un estudio realizado por Gómez Benito y González (2008), tras haber entrevistado a cien gerentes de programas de desarrollo rural (LEADER+ y PRODER) en España, en lo referente a las causas de éxito de estas iniciativas apuntadas por los 66 gerentes que inciden más positivamente en los

resultados de los proyectos, estos autores llaman la atención sobre «la importancia que los gerentes conceden a los factores que, de manera genérica, podemos destacar como capital social: participación, asociacionismo, confianza, identidad [...] que ocupan el primer lugar en el diagnóstico de los gerentes. Este tipo de factores son aún más importantes si los englobamos junto con respuestas del tipo “cambio de mentalidad, concienciación”...» (p. 106). Así pues, los procesos de desarrollo rural implican también procesos de construcción de un tejido social suficientemente dinámico y cohesionado.

La promoción de la sostenibilidad social incide en la creación y el fortalecimiento de condiciones materiales y subjetivas que permitan una calidad de vida aceptable para la mayoría de los residentes en los territorios rurales, con la construcción de escenarios atractivos y socialmente bien valorados. Para ello, otro factor fundamental que se ha de destacar es la participación de las mujeres en igualdad de condiciones en el desarrollo sostenible y la construcción de la equidad entre mujeres y hombres en los territorios rurales. Diferentes estudios apuntan a las desigualdades de género como uno de los elementos que influyen en el éxodo rural femenino (Camarero *et al.*, 2006; Camarero y Sampedro, 2008; Cruz, 2006; Díaz y Dávila, 2006; Sampedro, 1995 y 2008, entre otros), en la medida en que las mujeres están «eligiendo» contextos que posibiliten facilidades de desarrollo personal, formación, inserción en el mercado de trabajo, etcétera.

Aunque las desigualdades de género están igualmente presentes en los entornos urbanos, en las ciudades parecen contrarrestadas por la oferta de servicios y empleos y por las comodidades y la facilidad de acceso a estilos de consumo actuales. Asimismo, uno de los aspectos más destacados por las propias mujeres, sobre todo las más jóvenes, es que el control social ejercido sobre ellas está más diluido en las grandes ciudades que en los núcleos rurales (Cruz, 2006).

La colonización económica del imaginario humano hace que se reconozca y se valore el trabajo productivo remunerado, mientras se oculta y se infravalora el trabajo reproductivo. Así, se perpetúa la división sexual del trabajo, en la que se asignan a las mujeres las tareas domésticas y de cuidados, y sobre todo la responsabilidad del ámbito reproductivo, limitando su participación en el ámbito público y productivo. Se siguen manteniendo dinámicas de dependencia financiera femenina y la invisibilidad del trabajo reproductivo y de su importancia para la calidad de vida. Como recuerda Camarero (2006), «los proyectos

de desarrollo se centran en la actividad productiva como motor para lograr la mejora de las condiciones de vida, y el trabajo reproductivo no consta en los proyectos de desarrollo, pero evidentemente ésta es una parte sustantiva en la mejora de las condiciones de vida y, efectivamente, el elemento central de la sostenibilidad social» (p. 186).

En España, la nueva Ley para el Desarrollo Sostenible del Medio Rural parece integrar algunos de estos elementos centrales de la sostenibilidad social al conceder «una atención preferente a las mujeres, a los jóvenes y a los mayores, como grupos de población básicos para el presente y el futuro de las zonas rurales [...] junto a la atención especial a diversos colectivos sociales citados específicamente en numerosos artículos de la ley» (Regidor y Navarro, 2008: 178). No obstante, en estos momentos, está por ver cómo el desarrollo y operatividad de la ley podrá servir de apoyo a la construcción de la sostenibilidad social en los territorios rurales españoles.

Para posibilitar la sostenibilidad social se constata la necesidad de incidir, entre otros, en las siguientes dinámicas y procesos:

- atracción y arraigo de población en los territorios rurales dispersos;
- fortalecimiento de las redes de apoyo social familiares y no-familiares;
- aplicación de la perspectiva de género a las políticas y proyectos de desarrollo rural;
- creación y mantenimiento de servicios de calidad;
- mejora de la accesibilidad a los recursos y servicios existentes para la población dependiente y también para las personas cuidadoras;
- articulación de los agentes económicos y sociales en los sistemas de producción, distribución y comercialización locales y regionales;
- organización de redes sociales fuertes, de consorcios, de proyectos e iniciativas colectivas.

Las conquistas colectivas refuerzan la cohesión social entre los grupos y comprometen a las personas con un proyecto de sociedad local. La sostenibilidad social se construye con un contexto acogedor para personas e iniciativas emprendedoras, y con la percepción de apoyo y seguridad que facilita el desarrollo económico en un territorio. A pesar del despoblamiento del medio rural, la

conservación medioambiental y las iniciativas económicas pueden funcionar mejor allí donde se fortalecen las dinámicas sociales, la conciencia ecológica, las asociaciones y redes de servicios, la satisfacción de las expectativas de bienestar y la valoración de la imagen rural. En este escenario de enriquecimiento de la sociabilidad, se destaca la realidad de complementariedad e interdependencia entre los ámbitos rural y urbano, aunque con sus diferencias territoriales, funcionales y organizativas.

Para concluir, la construcción de la sostenibilidad social no es una tarea sencilla y obvia, pero es imprescindible. La realidad humana en los territorios rurales es compleja y no puede reducirse solamente a lo económico o a lo medioambiental, ni como dilema desarrollo económico frente a preservación ambiental, ni como la relación entre la economía y el ambiente. Ambas posibilidades son reduccionistas y la realidad rural se presenta mucho más compleja, en una amplia trama formada por el paisaje y la naturaleza, por el sistema productivo, pero también por las relaciones sociales y políticas, en un marco histórico y cultural, local y, a la vez, globalizado, en el que entran en juego las necesidades y expectativas personales y colectivas. Construir la sostenibilidad significa afrontar esa complejidad y las diferentes dimensiones que la componen.

Lo que hemos sistematizado sobre la complejidad del desarrollo sostenible y de la sostenibilidad social todavía exige profundizar e investigar mucho más para poder ampliar la reflexión y facilitar el trabajo de los agentes sociales y políticos implicados. Pero, volviendo a enlazar con las políticas y programas europeos de desarrollo rural, hay buenos ejemplos de proyectos con un trabajo específico en la construcción de la sostenibilidad social⁽¹⁾ en el medio rural español. Sin embargo, habrá que incidir mucho más en visibilizar no sólo los resultados de las intervenciones y de las políticas, sino también las fragilidades del tejido social rural y sus relaciones con los sistemas productivos. Se observa que el impacto de la UE en las políticas de desarrollo rural está siendo significativo, tanto localmente en los territorios rurales como en las políticas

(1) Un buen ejemplo de intervención y de complementariedad rural-urbana es el proyecto de cooperación interterritorial «Abraza la Tierra», realizado con la participación de 18 grupos de acción local en cinco comunidades autónomas del territorio español (www.abrazalatierra.com). Un ejemplo también interesante es el proyecto de cooperación interterritorial AVANZA, que trabajó la perspectiva de género y la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres en territorios rurales de otras cinco comunidades autónomas. Ambos proyectos se realizaron en el marco de la iniciativa comunitaria LEADER+.

nacionales de los diferentes Estados miembros. Así se logra una consolidación cada vez mayor del enfoque territorial en el desarrollo rural, aunque también se revelan contradicciones y conflictos entre diferentes modelos de desarrollo económico y social y las condiciones para una sostenibilidad real en todas sus dimensiones. Precisamente por este último motivo, el hilo argumental de este trabajo nos lleva ahora a reconocer los escenarios principales donde se define la sostenibilidad social de la ruralidad. Un recorrido por y una reflexión sobre los diferentes hitos que constituyen las condiciones básicas de fragilidad y vulnerabilidad de lo rural, pero también los nuevos ámbitos de oportunidades.

II. Los desequilibrios demográficos y la generación soporte

Las distintas generaciones, aquellos grupos de personas que durante toda su existencia comparten la edad como característica común, son actores sociales. Los miembros de una generación actúan a lo largo del ciclo vital desde posiciones idénticas: serán niños, jóvenes, adultos o ancianos, pero lo serán todos ellos a la vez. Comparten la edad y a través de ella su posición diferencial en la estructura demográfica, su lugar entre los que nacieron antes y los que lo hicieron después. En la medida en que sus ciclos vitales individuales son paralelos, los miembros de una generación comparten intereses y se enfrentan a condiciones similares. La historia de una generación, y a la vez la de todos los que la componen, viene determinada por el momento que atraviesa la sociedad de la que forman parte. No es lo mismo ser joven en la España del desarrollismo de los sesenta que durante los ochenta, en una recién estrenada democracia; como tampoco lo es ser anciano en 1900 –y, por tanto, miembro de un grupo minoritario– que serlo en 2008 en el seno de una sociedad envejecida.

En la reciente historia del medio rural hay muchas generaciones que han tenido protagonismo en distintos momentos. Las líneas que siguen se ocupan de aquellos que nacieron en torno a la década de los sesenta en pueblos y pequeños municipios. Y, también, de aquellos que, de la misma generación, se fueron a vivir a zonas rurales. Como podremos ver, esta generación es un grupo clave en el desarrollo rural y en la vida actual de los pueblos. Es un grupo relevante no sólo por la edad madura en la que se encuentran ahora mismo sino, sobre todo, por la posición estratégica que ocupan como generación numerosa dentro de la irregular composición generacional que caracteriza al medio rural.

Por ello, por soportar la vida rural, son el sujeto y el protagonista principal de este libro acerca de la sostenibilidad social de las áreas rurales. Observaremos la formación histórica y la composición de la generación soporte y terminaremos analizando cómo, además, su presencia o ausencia expresa, a la vez que define, los distintos paisajes sociales que forman la ruralidad española.

2.1. Génesis de la generación soporte

La modernización de la economía española, que dejó atrás la situación de posguerra, tiene una de sus principales claves en el intenso transvase de la población que se produce entre el campo y la ciudad. La década que transcurre entre 1955 y 1965 se caracteriza por el éxodo rural y la transformación urbana. En esos años, España deja definitivamente atrás su pasado agrario y rural para convertirse en urbana y orientar la actividad hacia los servicios.

Este éxodo resultará muy selectivo y serán principalmente los jóvenes rurales los que alimenten la corriente migratoria. Se producirá así una transformación veloz de las estructuras demográficas rurales, que en poco tiempo perderán la mayor parte de toda una generación. Este proceso, cuando ha sido analizado en detalle, ha mostrado las siguientes características:

- En algunos casos el transvase de población campo-ciudad no se efectúa de forma directa y el asentamiento definitivo en una ciudad española se realiza después de una etapa migratoria en ciudades europeas. Un recorrido típico de los protagonistas del éxodo rural es abandonar el pueblo durante los años cincuenta en dirección a alguno de los suburbios centroeuropeos que se encuentran en pleno desarrollo industrial para posteriormente, en los setenta, retornar a alguna de las áreas urbanas españolas.
- La generación de jóvenes protagonistas del éxodo rural es una generación mermada, ya que una parte considerable de la misma la constituyen los nacidos en el período de la guerra civil. La reducción de la natalidad durante los años bélicos y la mortalidad infantil, agravada en esos momentos, producen una generación poco numerosa que, alrededor de 1960, se convierte en la generación joven y protagonista del éxodo. Los (pocos) nacidos entre 1936 y 1940 serán en 1960 los jóvenes de 20 a 24 años que emigrarán a las ciudades.

- Estos jóvenes rurales que emigran a las ciudades contribuyen a corregir en éstas el descenso de la natalidad acaecido durante el período bélico. Estas áreas, que comienzan su expansión industrial y de servicios, con la llegada de emigrantes se nutren de una generación joven y activa.

En definitiva, el medio rural pierde gran parte de los efectivos de una generación, por la doble vía de la disminución de la natalidad y del aumento de la emigración, y la ciudad se repone de los desastres demográficos de la guerra a expensas de los jóvenes rurales. La ciudad mantiene su equilibrio y consigue la vitalidad necesaria para su desarrollo a costa del campo.

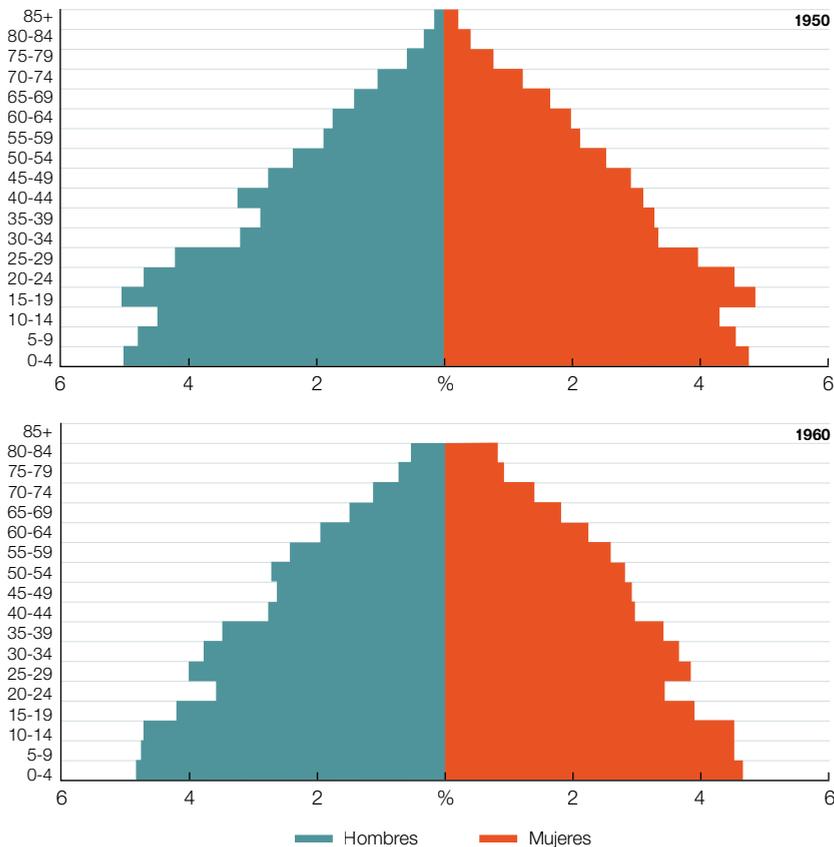
El gráfico 2.1 muestra la progresión de la emigración rural selectiva en las estructuras demográficas rurales. Al comienzo de la década de los ochenta observamos que la población rural está claramente envejecida, el vaciamiento de la generación central y fundamental –la generación más activa– y el vacío que ésta deja detrás de sí, visible en la reducción de los nacimientos. En contraste con todo este panorama, destaca la importancia relativa que tiene la generación de jóvenes rurales en los años ochenta –grupo de 15 a 19 años–. Esta generación, aunque en términos absolutos no es numerosa, sí tiene un tamaño significativo en comparación con las generaciones anteriores y posteriores debido a su adscripción al *baby-boom* (nacidos entre 1961 y 1966). En el medio rural, esta generación la componen los hijos de quienes no se fueron y continuaron residiendo en los pueblos. Dicha generación resulta, en el contexto del éxodo señalado, más numerosa al quedar situada entre los vacíos demográficos superiores, la generación que emigró, y las posteriores, las generaciones pequeñas, que producen tanto grupos genésicos cada vez menores como descensos en las altas tasas de fecundidad rural. La generación de hijos de los que no se fueron se convertirá, en el momento actual, en la generación soporte. Podemos definirla como los nacidos entre 1958 y 1977, que constituyen las cohortes más numerosas. El apelativo de soporte se debe a su actual posición central en la estructura demográfica, a su importancia numérica respecto a las generaciones anteriores y posteriores y al papel de cuidadores de mayores y pequeños, y su implicación en la actividad económica y dinámica social de las áreas rurales. El término generación soporte guarda cierto paralelismo con la «generación sándwich», expresión con la que popularmente, en las regiones anglosajonas, se hace referencia a los que tienen que cuidar al mismo tiempo a hijos y a padres. En este caso, soporte añade, además, el carácter de gene-

ración casi única, por la menor presencia de las inmediatamente anteriores y posteriores en el devenir cotidiano de las poblaciones rurales.

La fotografía de la última década del siglo xx la recoge la pirámide de 2001 (gráfico 2.2). Los cambios que se observan respecto a la década anterior (1991) son pocos. El más importante es la progresión en la caída de la natalidad, las cohortes de la base son cada vez más pequeñas. A consecuencia de ello, la población rural se hace más recesiva y las cohortes que hoy serán la generación soporte van adquiriendo importancia numérica por la merma que la emigra-

GRÁFICO 2.1

Evolución de las pirámides de población rural entre 1950 y 1981



Nota: entidades singulares de población menores de 2.000 habitantes.
Fuente: censos de población de 1950, 1960, 1970 y 1981. Elaboración propia.

ción, primero, y el descenso de la natalidad, después, producen en los grupos de edades superior e inferior. La pérdida de la base hace que el envejecimiento sea mayor. Si se tiene en cuenta que la población española está envejecida, podemos calificar al medio rural de sobre-envejecido. Básicamente, los pobladores rurales o bien son ancianos, mayores de 70 años, o bien pertenecen a la generación soporte.

Esta secuencia de procesos se altera durante los primeros años del siglo XXI. Se llega así a la situación actual (gráfico 2.3), una situación altamente contra-

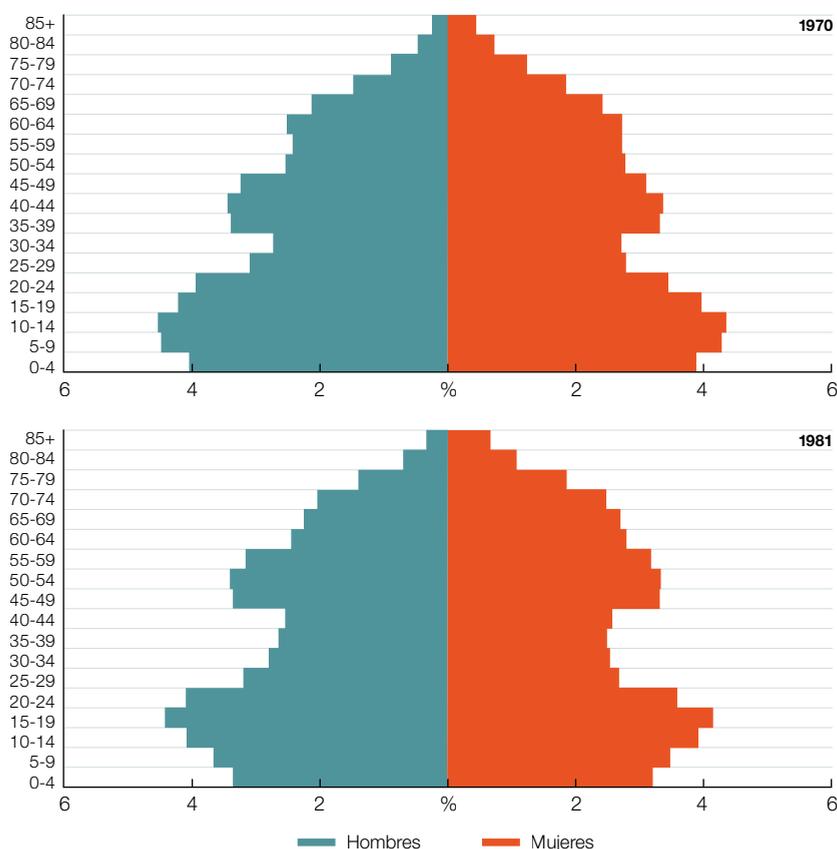
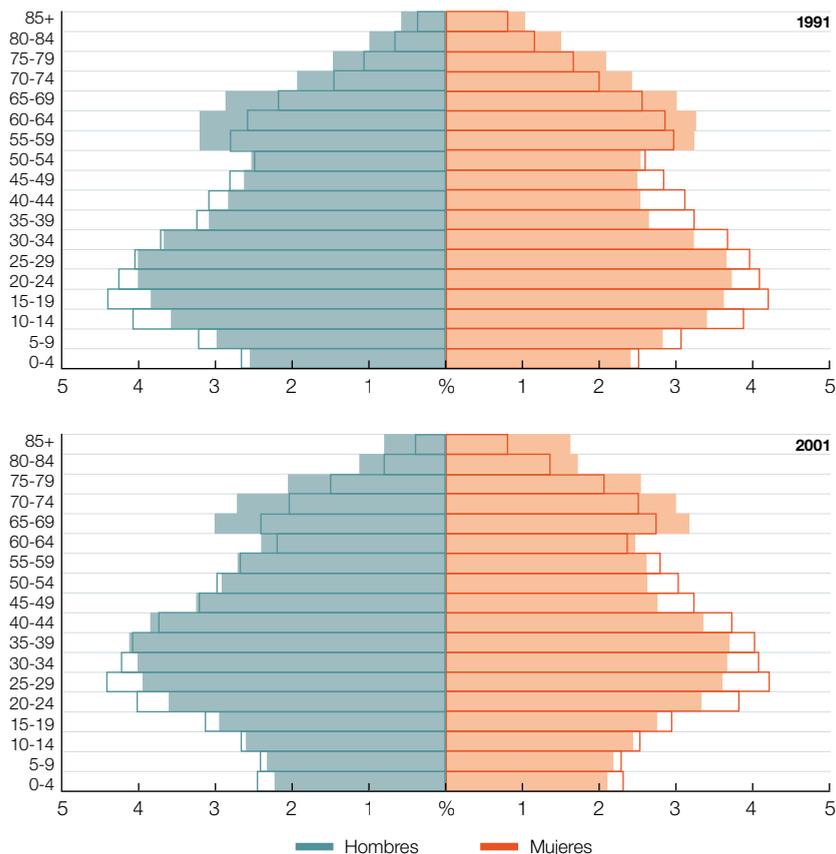


GRÁFICO 2.2

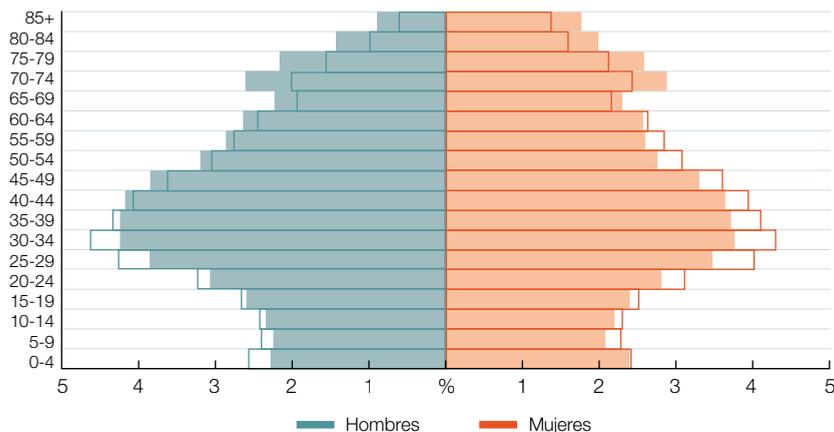
Pirámides de población rural 1991 y 2001



Nota: superpuesta (sin color) la estructura demográfica del conjunto de España.
 Fuente: censos de población de 1991 y 2001. Elaboración propia.

dictoria, como se verá. El medio rural está sobreenviejado, pero a su vez ha reducido el peso relativo de las generaciones mayores. Todo ello es producto de un conjunto de procesos. Por una parte, ahora llegan a edades avanzadas generaciones pequeñas por efecto de la emigración rural. Y por otra parte, la generación de nacidos entre 1958 y 1977, la generación soporte, ha crecido por la llegada de nuevos residentes, que refuerzan la población en las edades intermedias.

GRÁFICO 2.3

Población rural en 2007

Nota: superpuesta (sin color) la estructura demográfica del conjunto de España.

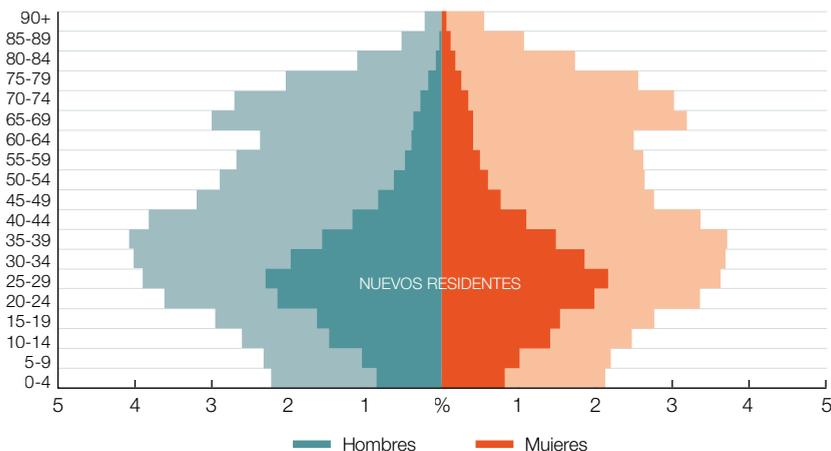
Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

El impacto que tienen los nuevos residentes podemos observarlo en el gráfico 2.4. Los nuevos residentes se concentran en las edades jóvenes, 20-34 años, que corresponden a las generaciones centrales. El envejecimiento de la población autóctona queda moderado así por el volumen que adquieren las generaciones intermedias. Otro efecto importante es que la natalidad no crece, aun cuando ha aumentado el peso de las generaciones en edad genésica, lo que quiere decir que la fecundidad rural sigue descendiendo.

Es importante destacar que el grueso de los nuevos residentes tiene una media de unos cinco años menos que la generación soporte, lo que no sólo añade efectivos a esta generación sino que le da continuidad. Si no fuera por los nuevos residentes, la población rural sería fundamentalmente una población anciana, y, lo que es también importante, la generación soporte sería mucho más reducida. El volumen de nuevos residentes afecta a las estructuras generacionales. Por una parte, el volumen y la amplitud de la generación soporte mantiene el relativo dinamismo de las poblaciones rurales; es ahora el centro de la población activa. De este modo, los nuevos residentes neutralizan las seculares tendencias de declive rural. Por otra parte, el hecho de que sean nuevos residentes quiere decir también que no tienen vinculación, fundamentalmente

GRÁFICO 2.4

Descomposición de la población rural por origen, 2001



Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

familiar, con las generaciones superiores y en este sentido su dedicación y atención a una población fuertemente envejecida y dependiente probablemente también sea menor. Si bien los nuevos residentes son centrales en el mantenimiento de la vida y actividad de los núcleos rurales, tal vez su función como soporte de la dependencia sea parcial, en la medida en que la gestión de la misma se realiza fundamentalmente en el ámbito doméstico y familiar.

2.2. La generación soporte en el hábitat y en el territorio

La fotografía realizada hasta aquí de la generación soporte es una fotografía de conjunto. Sin embargo, el territorio rural no es homogéneo. En la heterogeneidad de los territorios rurales intervienen muchos factores que reflejan las diferencias socioeconómicas que existen en España. Además, intervienen otros factores que tienen que ver con el propio volumen y la estructura del hábitat. En ámbitos pequeños el tamaño resulta importante. Es claro que los lugares muy pequeños no tienen las mismas condiciones de desarrollo que los lugares de mayor tamaño de población, ni que los asentamientos remotos tienen las mismas oportunidades que los lugares con mejores condiciones de comunicación.

El gráfico 2.5 examina las estructuras demográficas por tamaño de hábitat. Las diferencias entre municipios menores de 5.000 y los menores de 10.000 no son grandes. Los municipios menores de 5.000 habitantes tienen una composición que sigue las pautas observadas anteriormente para el conjunto de los municipios rurales, con el añadido de un pronunciado desequilibrio entre sexos.⁽¹⁾ Tenemos que descender a tamaños menores de 1.000 habitantes⁽²⁾ para observar mayores diferencias respecto al modelo general. En municipios muy pequeños, de menos de 1.000 habitantes, el envejecimiento se hace más patente y la masculinización rural se acentúa. Sin embargo, la generación soporte sigue destacando aunque se estrecha un poco, ciñéndose al grupo de 40 a 49 años. Esto nos indica que en municipios muy pequeños estamos ante una generación soporte en «estado puro», es decir, una generación que no se ha reforzado con la entrada de nuevos residentes. En los municipios muy pequeños la importancia social de la generación soporte es aún mayor si cabe que en las áreas rurales de mayor tamaño. Si no fuera por la importancia que tiene esta generación, la pirámide sería totalmente invertida.

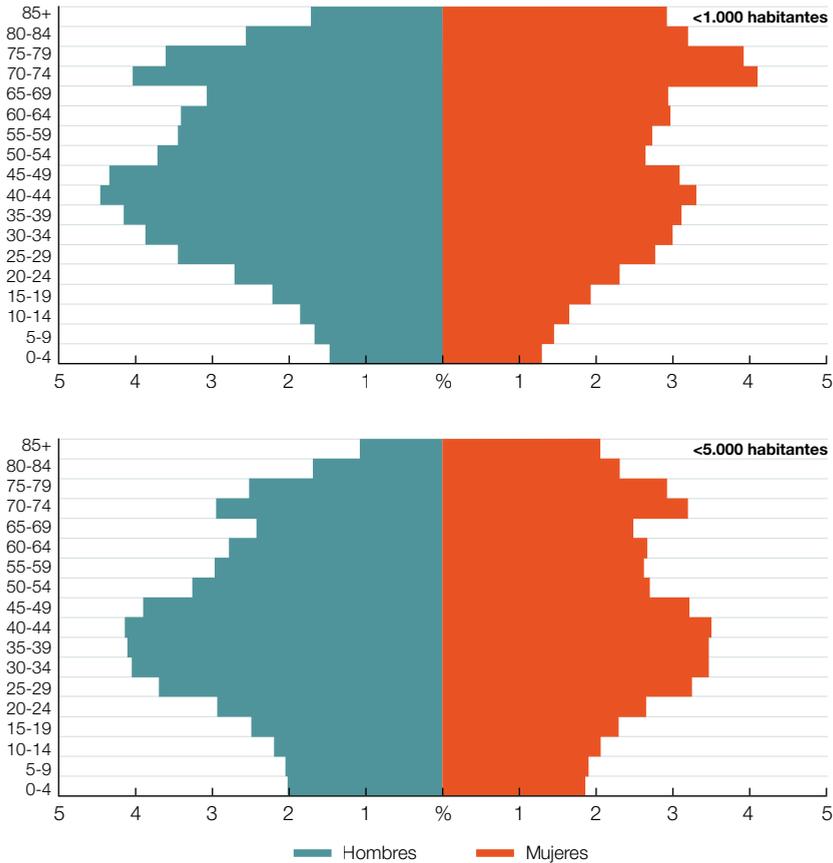
Como puede apreciarse, la generación soporte es una característica de las áreas rurales. El cuadro presenta también la estructura de las áreas urbanas, en los municipios mayores de 100.000 habitantes. La población urbana tiene una estructura equilibrada a partir de los 30 años, hay más activos que inactivos y una graduación constante en el volumen generacional desde las edades intermedias hasta las elevadas. Por debajo de la treintena se nota el descenso de la natalidad, correspondiente a las cohortes de nacidos después de 1975, momento en que se inició la caída hacia los mínimos históricos de fecundidad que se alcanzaron a finales de los noventa. Si bien la forma de las poblaciones urbanas no es una pirámide, la estructura está condicionada fundamentalmente por las pautas de natalidad, creciente hasta 1964, sostenida hasta 1975 y descendente hasta la entrada del presente siglo, en que se aprecia un ligero repunte.

(1) En el capítulo siguiente se explica en detalle la situación de masculinización que caracteriza las áreas rurales y supone otra importante fuente de desequilibrio demográfico.

(2) Es importante recordar que los municipios menores de 1.000 habitantes tienen una distribución muy irregular por el territorio nacional. Básicamente se concentran en el interior norte de la Península, Castilla y León, Aragón y La Rioja. En otras regiones la estructura administrativa municipal, por lo general, contiene varios asentamientos, por ejemplo, en Galicia y Asturias los municipios menores de 1.000 habitantes son una excepción, o en otras regiones del sur de la Península como Murcia. En este sentido hay que interpretar que, según bajamos en el tamaño de hábitat, los datos se hacen más regionales.

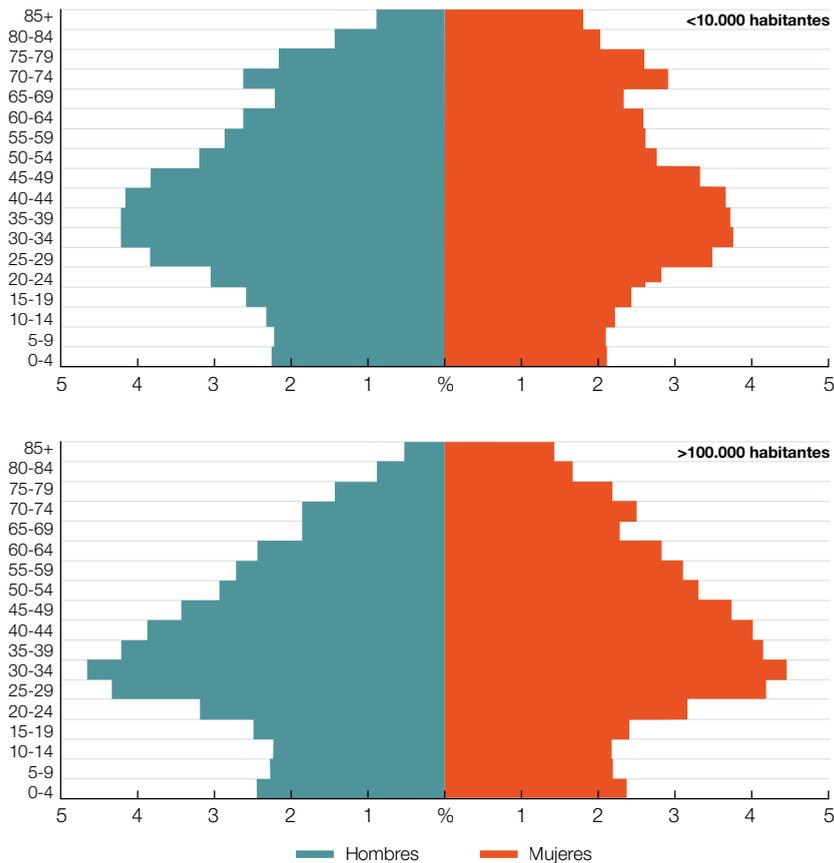
GRÁFICO 2.5

Estructuras demográficas por tamaño de hábitat



Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

En el medio rural, el fuerte desequilibrio demográfico originado por la emigración rural y los efectos de la contracción de la natalidad y el descenso de la fecundidad son los factores que han propiciado la aparición de la generación soporte, que, ahora vista en perspectiva, resulta una estrategia social de sostenibilidad demográfica y vital en el sentido más amplio. Esta generación numerosa queda «atrapada» entre generaciones más pequeñas y adquiere así la función de soportar la vida de las áreas rurales. Como veremos a continuación,



no es que haya grandes diferencias en el volumen relativo que tiene la generación que hemos denominado soporte entre áreas rurales y urbanas –en ambas zonas supone alrededor de la tercera parte–, sino que su importancia recae en la posición que ocupa entre las generaciones anteriores y posteriores.

La tabla 2.1 nos permite obtener una lectura rápida del peso de la generación soporte en el territorio. En el contexto demográfico actual, de envejecimiento y baja natalidad, la generación soporte supone la tercera parte (32,5%) de la

población española. En el territorio no hay grandes diferencias respecto a esta proporción. En los archipiélagos y en Madrid es un poco más elevada (34-35%) y algo menor (31-32%) en las comunidades del noroeste y del interior norte de la Península, que son áreas más envejecidas. Sin embargo, si observamos los datos por el tamaño del hábitat, encontramos diferencias notables. Así, el peso de un tercio que tiene esta generación se reduce a un cuarto en los municipios menores de 1.000 habitantes. Como ya hemos apuntado anteriormente, el peso que tienen los nuevos residentes es el factor que modula la importancia que tiene la generación soporte en las áreas rurales.

TABLA 2.1

La generación soporte (30-49) para distintos tamaños de hábitat

En porcentaje

	<1000	<5000	<10000	TOTAL	>10000	>100000
Andalucía	28,6	29,7	30,5	32,1	32,5	32,0
Aragón	27,1	29,6	29,9	31,5	32,3	32,2
Asturias	26,2	27,5	28,6	31,1	31,5	32,0
Baleares	32,2	32,9	33,2	34,1	34,3	33,9
Canarias	30,7	31,2	33,8	35,3	35,5	33,9
Cantabria	28,3	31,6	32,4	32,4	32,4	30,5
Castilla y León	26,6	28,7	29,6	30,5	31,2	30,5
Castilla-La Mancha	26,1	29,5	30,3	31,5	32,5	33,5
Cataluña	30,5	32,2	32,8	33,0	33,0	32,1
Com. Valenciana	27,9	30,5	31,4	32,5	32,7	32,9
Extremadura	26,6	28,1	28,7	30,4	32,3	32,6
Galicia	23,4	24,9	26,8	30,3	31,9	31,7
La Rioja	28,3	30,1	31,4	32,4	33,1	33,2
Madrid	33,4	35,8	37,0	34,4	34,2	33,5
Murcia	32,6	31,2	31,1	32,7	32,8	33,0
Navarra	30,8	31,5	32,4	32,5	32,5	31,7
País Vasco	33,2	34,0	33,9	32,7	32,4	32,4
España	27,8	29,9	30,9	32,5	33,0	32,6

Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

2.3. Paisajes sociales de la ruralidad española

Las variaciones territoriales en las estructuras demográficas esconden formas distintivas de ruralidad. Las estructuras demográficas no son sino el reflejo de los distintos procesos socioeconómicos de organización de los modos de vida en el territorio. Los modelos permiten una aproximación sintética a dichos procesos. Podemos interpretar los modelos como formas generatrices que, aunque irreales, constituyen formas básicas o «puras» de los procesos sociales. Los denominamos paisajes por su fuerza en cuanto a estructuras, como elementos que caracterizan el entorno social en el que los habitantes desarrollan su cotidianidad.⁽³⁾ Para la extracción de dichos modelos se han utilizado las distribuciones por edad (grupos quinquenales) y sexo de la población rural en cada una de las 50 provincias,⁽⁴⁾ a partir del conjunto de estas 36 variables (18 grupos de edad para cada sexo), se ha realizado un análisis de clasificación jerárquica⁽⁵⁾ de dichas estructuras. El resultado de esta agrupación figura en el gráfico 2.6.

El análisis realizado ha permitido distinguir cinco estructuras tipo⁽⁶⁾ de la población rural (gráfico 2.7), que abarcan en distintos grados la transición que existe entre un modelo recesivo de extremo desequilibrio por emigración y un modelo expansivo por inmigración. En este sentido, la lectura de los resultados debe hacerse pensando en que las estructuras reales, en cuanto imágenes de procesos de cambio social, provienen de uno de los modelos y se dirigen hacia otro. Es decir, los modelos obtenidos constituyen fotogramas intermedios del proceso de transición de las áreas rurales desde la progresiva desagrarización a la incorporación en los espacios socioeconómicos de orden regional.

La representación territorial de las estructuras tipo permite observar también algunos patrones regionales (mapa 2.1), hecho que redundaría en la validez del análisis realizado. No obstante, debe tenerse en cuenta que dichos patrones regionales no están bien delimitados, dado que se han utilizado datos agregados por provincias. Por ejemplo, los límites del modelo denominado «des-

(3) Para una discusión del concepto de paisaje social, véase Oliva y Camarero (2002).

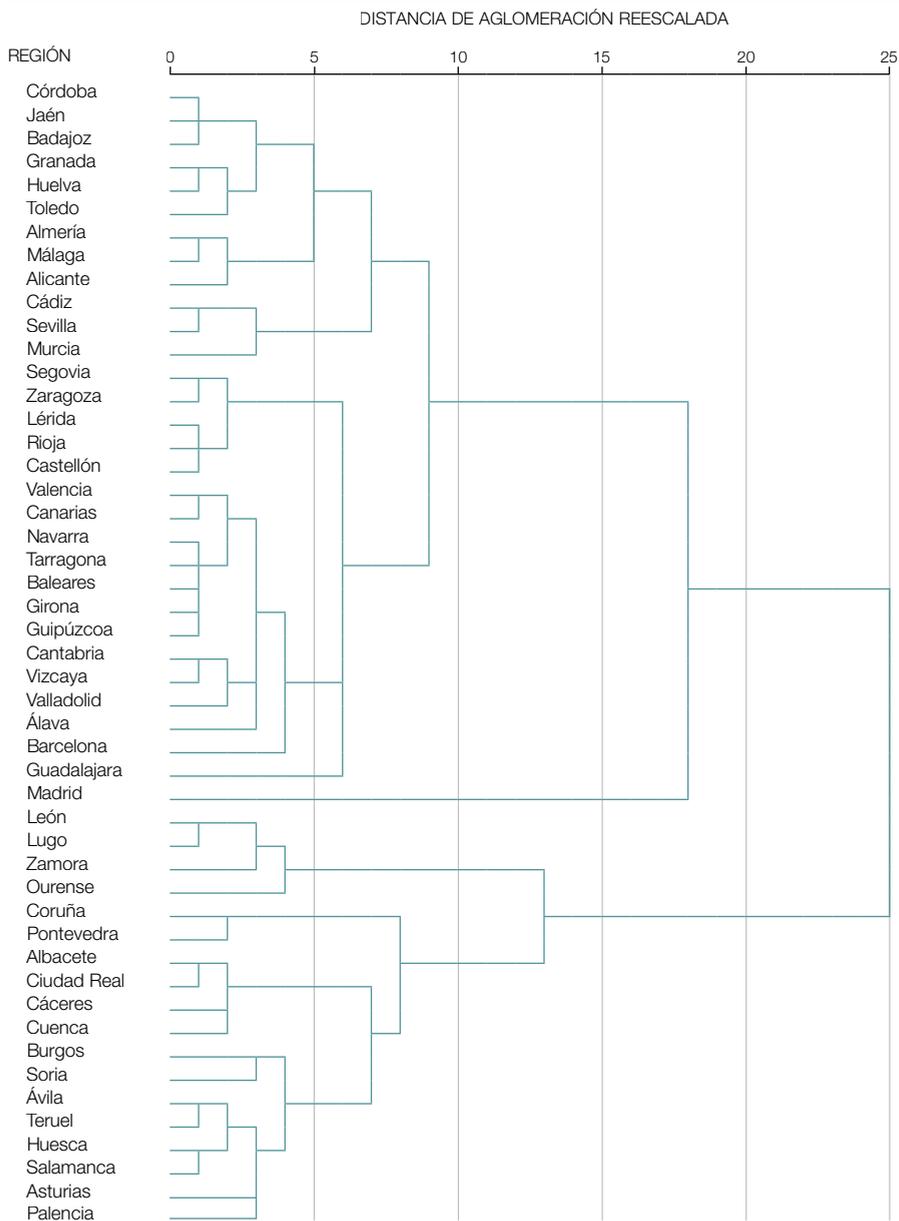
(4) Dada la particularidad territorial del Archipiélago Canario, se ha optado por considerar las dos provincias canarias como un único agregado territorial. De este modo el análisis se basa en 49 áreas territoriales.

(5) Método: entre los grupos. Métrica: la distancia euclidiana al cuadrado. Mediante este método se busca que las agrupaciones formadas se diferencien lo máximo posible unas de otras.

(6) Mediante el cálculo de los valores medios de las unidades territoriales pertenecientes a cada grupo.

GRÁFICO 2.6

Similitudes en las estructuras demográficas rurales por unidades territoriales

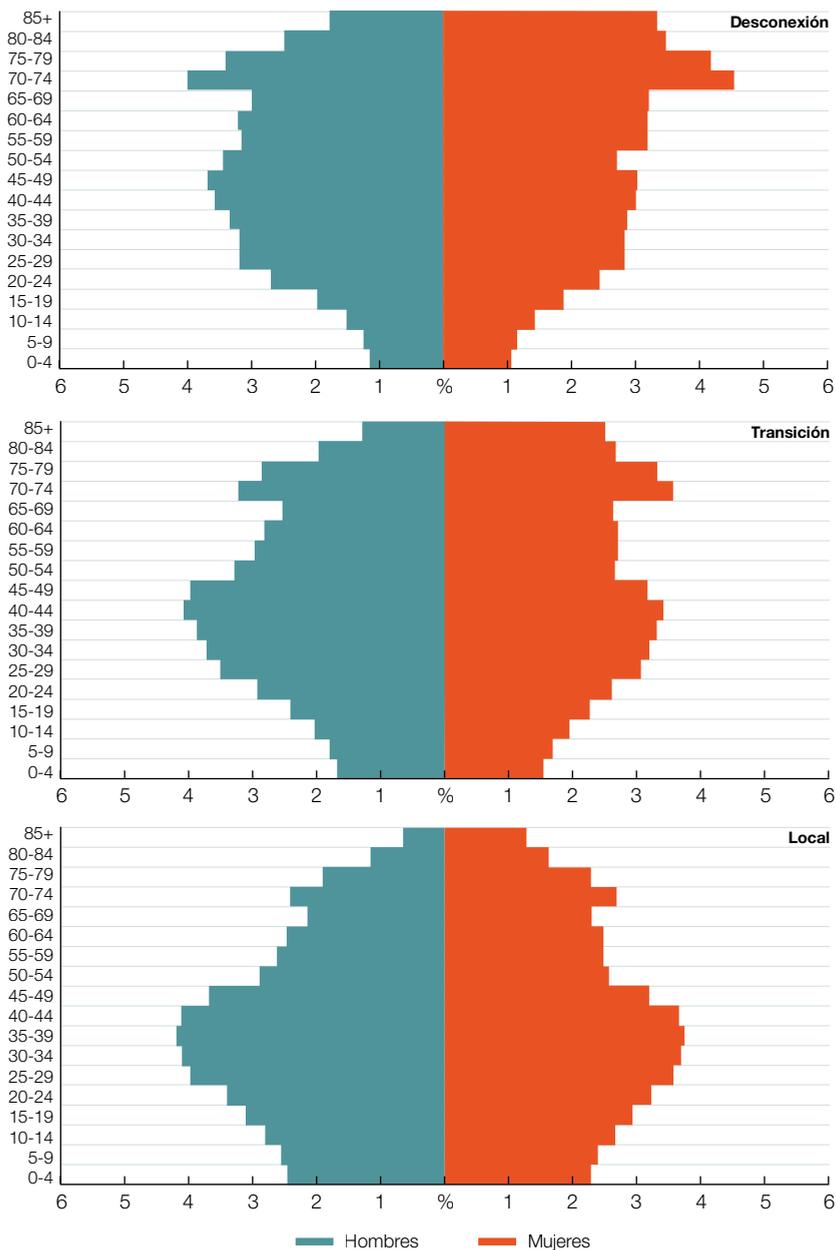


Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

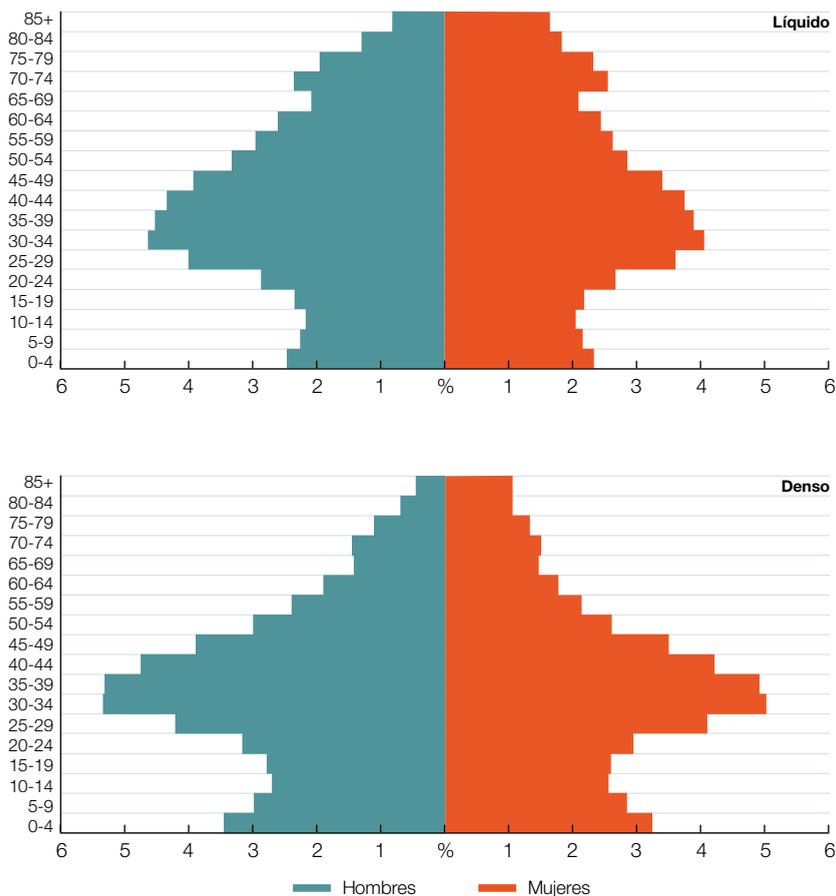
GRÁFICO 2.7

Modelos de estructuras demográficas rurales

(1 de 2)

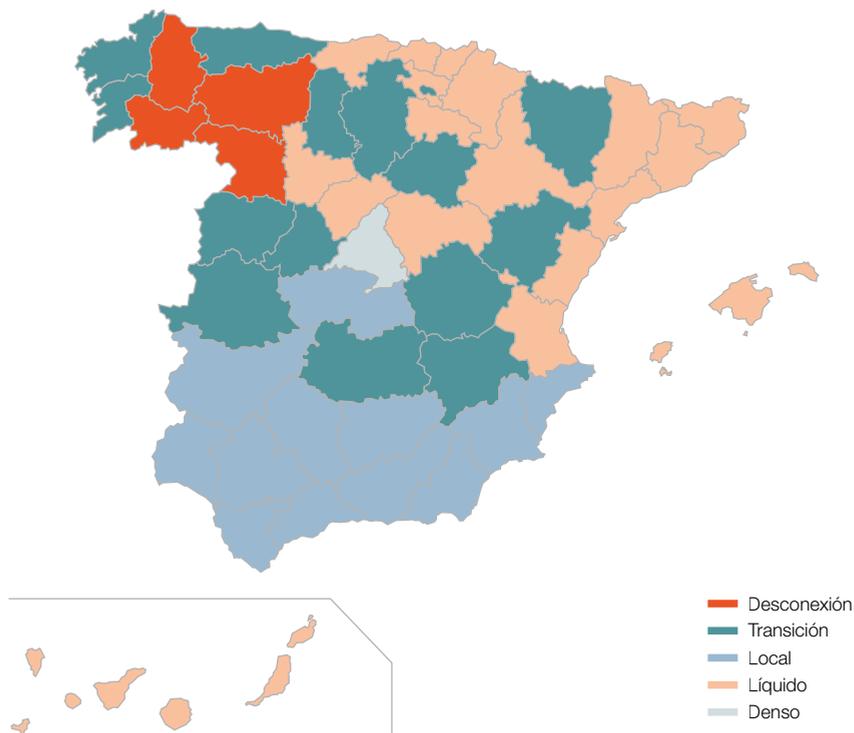


Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.



conexión» alcanzan también a lugares del interior de Asturias y de Pontevedra. Partes de Guadalajara y Segovia pertenecen al modelo «denso», mientras que el resto de estas provincias están más cercanas al modelo de «transición».

Modelos de ruralidad



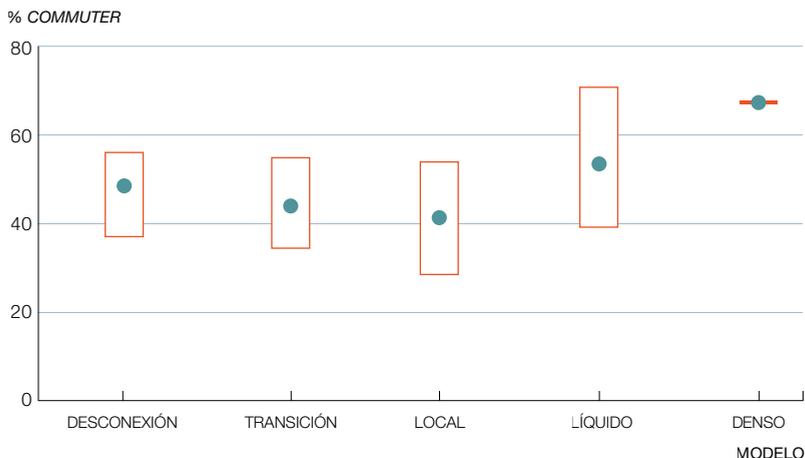
Para ayudar a la descripción de los fenómenos que encierran las estructuras demográficas resultantes se han calculado las tasas provinciales de *commuting*⁽⁷⁾ y de nuevos residentes:⁽⁸⁾ los resultados se muestran en los gráficos 2.8 y 2.9. Mediante la atenta observación del gráfico de estructuras y de la representación cartográfica y de los rangos de variación de los indicadores de movilidad (*com-*

(7) *Commuting*: desplazamientos cotidianos de casa al trabajo y viceversa. El término *commuter* se aplica a los trabajadores pendulares que recorren a diario una distancia importante para trabajar en un lugar distinto del que residen.

(8) Los indicadores de *commuting* se han construido mediante el porcentaje de población rural de 30-49 años cuyo lugar de trabajo está fuera del municipio de residencia. El indicador de nuevos residentes se ha definido como la proporción de residentes rurales de 30-49 años que una década antes residían en un municipio distinto del de residencia. Ambos indicadores están referidos a 2001.

GRÁFICO 2.8

Variación en las tasas de *commuting* (30-49 años) según modelos



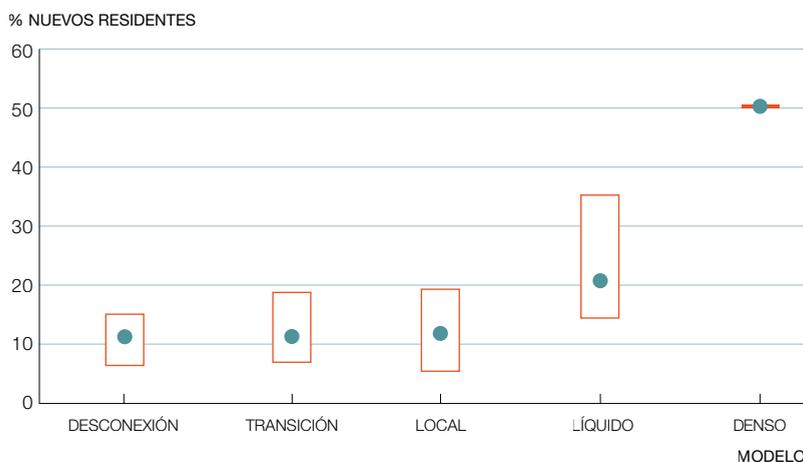
Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

muting) y origen poblacional (nuevos residentes) podemos describir y situar a la generación soporte dentro de los distintos tipos de ruralidad.

- **Desconexión.** En un polo encontramos el área galaico-leonesa (León, Zamora, Lugo y Orense) que presenta un notable envejecimiento y reducción drástica de la base generacional. La generación soporte está reducida al máximo y la masculinización juvenil es importante. Con esta tarjeta de presentación constituye la ruralidad más «extrema» en el sentido de las condiciones de vida. Son lugares a veces de localización remota con dificultades para superar un modelo de desarrollo tradicional muy vinculado al aprovechamiento agropecuario del territorio en régimen familiar. Es una ruralidad desconectada no sólo por la situación remota de los asentamientos, sino también por no encontrar un lugar adecuado a nuevos modos de desarrollo. Paradójicamente, esta situación de desconexión hace que el *commuting* resulte significativo en el funcionamiento de los reducidos mercados laborales. No atraen población y el agotamiento demográfico dibuja un paisaje social en el que las huellas del pasado priman sobre las oportunidades de futuro.

GRÁFICO 2.9

Proporción de nuevos residentes (30-49 años) según modelo



Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

- Transición.** El interior de la Península mantiene una estructura similar al modelo anterior: alto envejecimiento, masculinización y reducción de la base. Pero en este caso la fortaleza de la generación soporte mantiene una posición de relativa vitalidad en estas poblaciones. El fuerte desequilibrio es contrarrestado por la vitalidad de la generación soporte. Ésta sostiene íntegramente la vida local y la dependencia que genera el envejecimiento. No hay nuevos residentes pero se observan procesos de reconversión en un contexto en que la localidad sigue teniendo importancia; conviven actividades agrarias, *commuting* y otras actividades locales que el relativo dinamismo de estas áreas permite. Son regiones que se han defendido mejor que las anteriores de los efectos de la desagrarización pero con importantes carencias para afrontar el futuro. La generación soporte es protagonista en el proceso de reestructuración, pero la fuerte masculinización constituye el principal obstáculo de cara a la sostenibilidad social.
- Local.** Un modelo intermedio y muy homogéneo territorialmente lo constituye el sur de la Península: Andalucía y las regiones limítrofes. Este modelo tiene una sólida generación soporte y un envejecimiento menor. Se trata de un modelo de interior con la excepción de que en estas regiones

la fecundidad era tradicionalmente más alta y ha comenzado el descenso también más tarde. Se observa que es un modelo que favorece el arraigo poblacional, así lo indica un marcado equilibrio por sexos en los grupos de edad joven e intermedios. Bajo *commuting* y un amplio espectro de situaciones de atracción de nuevos residentes muestran que es un modelo que se sostiene en el entorno local.

- **Líquido.** El polo contrario de los paisajes de desconexión lo constituye un modelo de territorio difuso donde los asentamientos forman una malla muy interrelacionada, de modo que puede hablarse de ciudad difusa o, de manera más precisa, de territorios difusos. Alta movilidad pendular, *sprawling* y el desarrollo de un amplio espectro de nuevas actividades diseminadas por el territorio –centros comerciales, mantenimiento de infraestructuras, gestión medioambiental, polígonos de logística– permiten una estructura de asentamientos expansiva que alcanza a las zonas rurales. Básicamente, Cataluña, la Comunidad Valenciana, el valle del Ebro y las regiones adyacentes a Madrid, además del Archipiélago Canario conforman este modelo. Como muestra la importante población que atrae, se trata de una ruralidad que se ha integrado plenamente en los cambios socioeconómicos. Sin embargo, la importante masculinización que existe en edades intermedias indica una importante fuente de heterogeneidad. Es un modelo líquido no sólo en el territorio, sino también en su composición social. En este contexto, la generación soporte no sostiene la actividad local –el *commuting* es el principal modo de integración en los mercados de trabajo–, ni tampoco la dependencia, pues se encuentra más desconectada de las otras generaciones, como muestra la diversidad de orígenes de los integrantes de la generación soporte.
- **Denso.** El caso extremo del modelo anterior lo constituye el área rural de influencia de la región metropolitana de Madrid. En esta región la presión de nuevos residentes convierte las áreas rurales en un paisaje patrimonio de las generaciones activas y jóvenes. La generación soporte es una generación únicamente activa y soporta la dependencia que generan, no las generaciones mayores, sino las inferiores.

En suma, las importantes variaciones territoriales en cuanto a la composición demográfica nos muestran de forma sintética las distintas situaciones que condicionan el futuro de las áreas rurales y nos hablan, así, de distintos escenarios

en relación con la sostenibilidad social. Centrándonos en la generación soporte, encontramos desde áreas en las que sus oportunidades, como generación, son reducidas por la importante carga que supone el mantenimiento de una población muy envejecida y dependiente, hasta aquellas en las que se ve fuertemente comprometida por su responsabilidad generacional en la dinamización económica y social de los territorios rurales. Lo que revela que, en ningún caso, puede sustraerse a su papel protagonista en el escenario de la ruralidad española contemporánea.

III. La masculinización rural y las estructuras de convivencia familiar

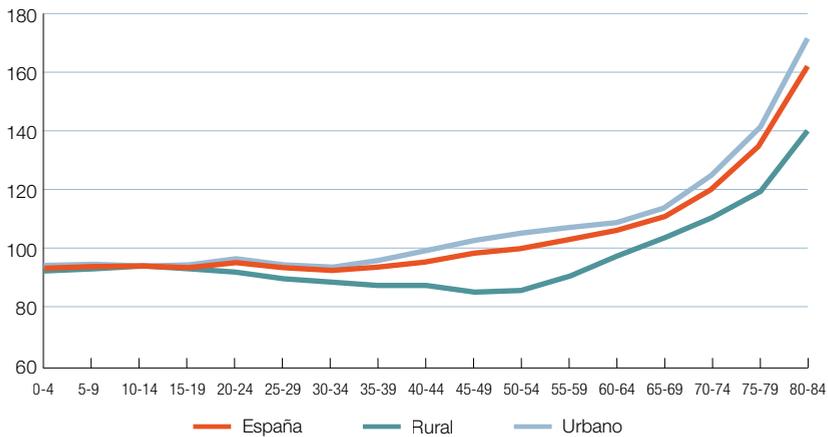
3.1. Los territorios de la masculinización

Uno de los principales rasgos que caracterizan a las poblaciones rurales es la considerable *masculinización*. Cuando hablamos de masculinización rural nos referimos a un desequilibrio demográfico que se concreta en un déficit de mujeres respecto a la proporción que naturalmente debiera existir entre los dos sexos o razón biológica. Podemos captar visualmente este desequilibrio en el gráfico 3.1, en el que se refleja la razón entre sexos en el ámbito rural y urbano.

GRÁFICO 3.1

Relación de masculinidad

Mujeres por cien hombres



Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

Este desequilibrio demográfico puede tener consecuencias sociales muy relevantes cuando se presenta, como suele suceder, en la edad genésica, es decir, cuando se forman las parejas y se tienen los hijos (20-34 años), o afecta a la que hemos definido como generación soporte (30-49 años), pues, como se ha comprobado en el capítulo anterior, integra a la mayoría de la población que trabaja –tanto en el ámbito productivo como reproductivo– y «sostiene» al grueso de la población más dependiente, ya sean niños, adolescentes y jóvenes o ancianos. La falta de mujeres en esas edades estratégicas tiene un tremendo impacto en la *sostenibilidad social* de las comunidades rurales. Ello se debe, en primer lugar, a que las mujeres son un elemento imprescindible en la formación de familias, y a la importancia que la formación de familias tiene no sólo en el sostenimiento demográfico de la población mediante la fecundidad, sino también en el equilibrio emocional y el bienestar social de las personas. En segundo lugar, por el papel que las mujeres desempeñan tradicionalmente en la provisión de atención y cuidados a la población dependiente, y que se añade a su actividad económica propiamente dicha dentro de la generación soporte.

3.2. Las causas de la masculinización rural: de los fenómenos biológicos a las relaciones sociales

La masculinización rural no es un fenómeno nuevo. En realidad, aparece ligado a los procesos de industrialización y urbanización, hasta el punto de que desde el enfoque teórico del *continuum rural-urbano* desarrollado por Sorokin y Zimmerman en 1929 –enfoque que sostiene que las diferencias entre las sociedades rurales y las urbanas no son cualitativas sino graduales, no existiendo un punto de ruptura entre ambas– uno de los hechos empíricos que conforman la diferenciación rural-urbana es la mayor feminización de las áreas urbanas frente a las áreas rurales. En principio, la situación esperada sería precisamente la inversa, ya que si el medio rural está más envejecido y la feminización aumenta con la edad, como consecuencia de la mortalidad diferencial de género, sería lógico pensar que el medio rural debería estar más feminizado que el medio urbano. La realidad es justo la contraria.

La búsqueda de explicaciones a esta particularidad demográfica tiene también una larga tradición. En un principio se centró en las causas biológicas o «natu-

rales», entendiendo por tales las que tienen que ver con el movimiento natural de la población, por efecto de la natalidad y la mortalidad. Adna Weber en su clásica obra *The growth of cities in nineteenth century*, de 1899, señala como causa de la feminización urbana la mayor mortalidad masculina, causada por la dedicación a determinados trabajos insalubres y peligrosos, así como por hábitos poco recomendables ligados a los estilos de vida urbanos (y aquí la autora se refiere a vicios, crímenes y excesos de todo tipo). Weber menciona también la mayor feminización de los nacimientos de las áreas urbanas, debida a una mayor mortalidad infantil, a la que están más expuestos los niños varones.

Sorokin y Zimmerman, a los que nos hemos referido más arriba, ya descartaron en la década de los veinte del pasado siglo estas causas biológicas, y vinculan la feminización urbana a comportamientos migratorios diferenciales de hombres y mujeres, tras los que hay motivos de orden social. Es decir, los procesos demográficos están expresando determinadas *relaciones e identidades sociales*. Estos autores definen lo que consideran factores principales que actúan atrayendo o expulsando de las áreas urbanas o rurales a las mujeres (*push and pull*): entre los primeros, por un lado, la demanda específica de mano de obra femenina en las áreas urbanas, tanto en sectores industriales de tipo manufacturero como en el sector servicios; por otro, la psicología femenina que provoca una mayor «atracción» de las mujeres por la bulliciosa y colorista vida urbana. Entre los segundos, nos encontramos con el carácter familiar de la actividad agraria que únicamente permite a las mujeres de los pueblos una inserción laboral de tipo familiar y doméstico, así como con el sistema de herencia de los predios, que favorece la transmisión por vía masculina y el consiguiente arraigo de los varones.

Durante mucho tiempo, poco más se añadirá a las explicaciones en torno al desarraigo femenino respecto al medio rural y, en general, a las pautas migratorias diferenciales de hombres y mujeres, cuando nos referimos a las migraciones entre medio rural y urbano. La estructura de los mercados de trabajo y los empleos accesibles en ambos entornos se plantean como la clave del tema. En los años setenta, el trabajo de la economista Ester Boserup sobre el papel de las mujeres en el desarrollo económico de los países del Tercer Mundo confirma que, efectivamente, la vinculación masculina y femenina al trabajo agrario y a los empleos no agrarios urbanos está detrás de la masculinización

o feminización rural –feminización que también se da en el caso africano, por ejemplo–. Asimismo, Boserup (1970) señalará la existencia de restricciones culturales a la movilidad femenina que deben ser tenidas en cuenta.

3.3. Masculinización rural, género y estrategias educativas: la huida ilustrada

En los años ochenta, los estudios realizados desde una perspectiva de género introducen un nuevo enfoque en la indagación sobre el desarraigo femenino respecto al mundo rural. Es precisamente la ausencia de mujeres jóvenes –y la consiguiente soltería de los varones rurales– lo que estimula la aplicación de esta perspectiva, que hace aflorar estrategias de «huida» y rechazo femenino ante unos esquemas patriarcales que ocultan el trabajo de las mujeres en la economía rural de base familiar y reducen sus ámbitos de influencia y decisión al estricto dominio de lo emocional y lo privado (Whatmore, 1991). En una afortunada expresión, Sarah Whatmore dice que las mujeres rurales «votan» con los pies –es decir, se expresan políticamente– al abandonar el medio rural en busca de nuevas oportunidades, más allá del estrecho abanico de viejas opciones que se les ofrece en la comunidad agraria (Whatmore, 1990).

El interés comienza, por lo tanto, a centrarse en las *estrategias* que las personas y las familias ponen en marcha para conseguir determinados objetivos. En este sentido cabe señalar como el proceso de desagrarización del medio rural y el paso de una agricultura campesina a una agricultura moderna y profesionalizada, en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, van acompañados de procesos, cuando menos, paradójicos para la estructura demográfica y la sostenibilidad social del medio rural. Al mismo tiempo que se mantienen las formas tradicionales de transmisión del oficio y el patrimonio en la agricultura y otros negocios familiares, que priman la permanencia de los varones frente a las mujeres, la desvalorización social de tales patrimonios frente al modelo salarial urbano convierte a los herederos en malos partidos en el mercado matrimonial.

En *El baile de los solteros* Pierre Bourdieu retratará magistralmente cómo estos herederos se convierten en tristes guardianes del patrimonio familiar, incapaces de conseguir esposas que mantengan y den sostenibilidad social a los mismos (Bourdieu, 2004). Las estrategias matrimoniales de las mujeres

priman el matrimonio con aquellos hombres que pueden asegurarles el acceso a la condición de «ama de casa», presentada todavía en los años setenta como el estado ideal de la mujer casada, al mismo tiempo que para muchas mujeres rurales la educación se convierte tanto en una vía para alejarse del pueblo como para acceder al mercado de trabajo de forma cualificada y con unas expectativas, por primera vez, de auténtica profesionalización. Estas estrategias educativas, que están detrás de lo que en nuestro país se ha denominado la «huida ilustrada» (Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos, 1991), están vinculadas especialmente a la agricultura familiar con base patrimonial. Es esta agricultura familiar la que más dramáticamente experimenta las paradojas sociales de la modernización. Las diferentes estrategias familiares desplegadas en el caso de los hijos varones –preparados para heredar la explotación, convertida ahora en empresa modernizada, pero aún familiar– y de las hijas –a las que se dota de estudios, como capital básico de ascenso social–, terminará teniendo efectos perversos para la propia reproducción de las explotaciones familiares, al dejar sin esposas a muchos titulares de explotaciones profesionales y modernizadas, pero cada vez más devaluados en el mercado matrimonial (González, 1993).

Estas estrategias educativas son responsables también de un espectacular cambio en el perfil académico de las mujeres rurales españolas que, en pocos años, no sólo han superado la desventaja histórica respecto a los varones, sino que alcanzan unos niveles educativos netamente superiores a ellos. De hecho, hoy por hoy, uno de los pocos rasgos característicos de la juventud rural es el considerable gap académico que existe entre chicos y chicas rurales (González y Gómez Benito, 2002). Esta mayor inclinación de las mujeres rurales hacia la formación y la educación se ha querido ver también como la causa principal del progresivo alejamiento de sus potenciales compañeros rurales, en cuanto a valores y expectativas vitales (De la Fuente, 1987), de su vinculación a empleos cualificados poco abundantes en los pueblos y, en definitiva, de una mayor «valoración» de la vida urbana, considerada un elemento clave en el desarraigo. En este sentido hay que señalar que muchos escritos en torno al desarrollo rural comparten una visión crítica y ambivalente de la «educación», a la que se acusa, amargamente, de promover el abandono del medio rural y sacralizar los valores y formas de vida urbanas. El binomio educación y desarraigo rural se ha considerado durante mucho tiempo la causa fundamental

de la huida juvenil del medio rural, y especialmente de la huida de las mujeres, siendo por lo tanto el elemento clave de la masculinización rural.

3.4. La evolución reciente de la masculinización rural en España

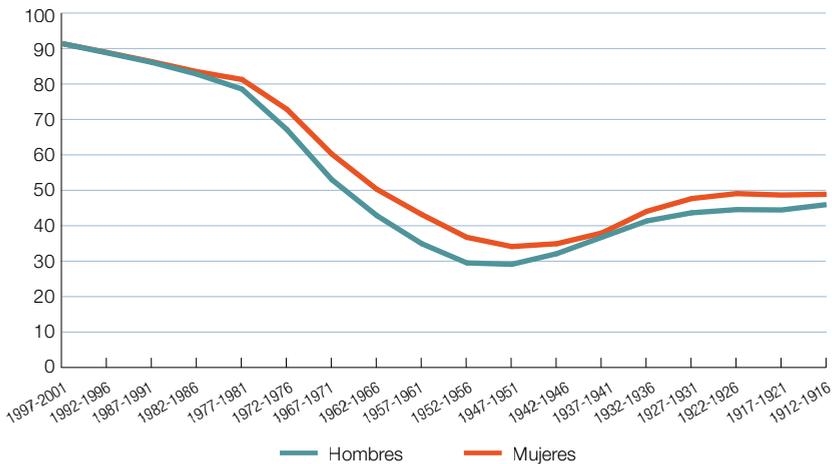
Si atendemos a la evolución histórica de la masculinización rural en España, hay que señalar que el momento culminante corresponde a los años setenta (gráfico 3.2), momento en que la sobreemigración femenina rural alcanza un mayor volumen.

Es un momento en que el éxodo rural se está ralentizando por el proceso de colmatación de las actividades económicas que habían actuado como motor de la emigración: actividades mineras, siderúrgicas, metalúrgicas y las relacionadas con la construcción, que demandaban mano de obra masculina en los centros urbanos, y por la crisis económica que afectará especialmente a la industria pesada a finales de la década de los setenta. En estos años, sin embargo, *la emigración femenina rural se mantiene*, coincidiendo con un cambio en

GRÁFICO 3.2

Tasas (x100) de permanencia de la población española nacida en municipios rurales

Municipios rurales < 5.000 habitantes



Fuente: censo de población de 2001.

la estructura productiva de la economía española hacia un mayor peso de las actividades terciarias y de servicios, y especialmente hacia empleos de cualificación media y alta en la administración, así como en educación y sanidad, empleos que exigen ya un nivel académico acreditado.

En definitiva, son las generaciones nacidas en los años cincuenta, que emigran en los setenta, las que presentan unos desequilibrios por sexo más acentuados en el medio rural. En los años ochenta y noventa la masculinización rural se moderará, en parte por la emigración masculina juvenil, que se produce como reacción a la sobreemigración femenina rural. Conviene resaltar el hecho de que nos encontramos ante procesos demográficos y sociales que se retroalimentan, transformando de forma continua los paisajes sociales del medio rural y las condiciones materiales en las que la población rural percibe diferentes oportunidades y desarrolla diferentes estrategias. El considerable desequilibrio entre sexos observado en edades jóvenes en el medio rural tiene inmediatas consecuencias en el desajuste de lo que podría denominarse «mercado matrimonial». En un período corto de tiempo, y en un proceso que podríamos vincular al equilibrio ecológico poblacional, tiene lugar un éxodo masculino que tiende a equilibrar las diferencias.

A pesar de estos procesos de reequilibrio ecológico de las poblaciones, las migraciones del campo a la ciudad van dejando huellas en la estructura demográfica rural, con el resultado de generaciones ausentes: los nacidos en los años cuarenta y cincuenta, y de generaciones mermadas: los hijos de los pocos de estos últimos que se quedaron, nacidos en los sesenta y setenta, que componen hoy el grueso de una mermada generación soporte. La masculinización, aunque atenuada respecto a las generaciones anteriores, sigue siendo una fuente de vulnerabilidad más de la generación soporte en el medio rural. Como podemos observar en la tabla 3.1, la masculinización es particularmente importante en los núcleos más pequeños, aunque sigue siendo relevante en las cabeceras de comarca (municipios de 2.000 a 5.000 habitantes, con 89 mujeres por cada 100 hombres en la generación soporte, y municipios de 5.000 a 10.000 habitantes, con 92 mujeres por cada 100 hombres en esta misma generación).

Los estudios más recientes sobre la masculinización rural han centrado la atención de los investigadores en la configuración de los mercados de trabajo rurales –cada vez más extralocales y articulados según la movilidad pendular

TABLA 3.1

Relación de masculinidad en la generación soporte

TAMAÑO DEL MUNICIPIO	MUJERES POR 100 HOMBRES EN EL GRUPO DE EDAD 30-49 AÑOS
Menos de 2.000	80,1
De 2.000 a 5.000	89,0
De 5.000 a 10.000	92,0
De 10.000 a 30.000	93,9
De 30.000 a 50.000	95,6
De 50.000 a 100.000	98,0
Mayor de 100.000	100,1
Total	95,6

Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

de los trabajadores, el antes citado *commuting* rural–, y en las diferencias de género asociadas a la movilidad (Camarero y Sampedro, 2008).

La falta de movilidad, ligada a los cometidos familiares, limita de una forma muy importante el abanico de opciones laborales al alcance de las mujeres, en un contexto en que existe una marcada segmentación de los mercados de trabajo rurales, entre los empleos y los trabajadores localizados, y los empleos y los trabajadores deslocalizados. Una investigación reciente muestra cómo la llegada a las edades críticas de formación de familias supone para las mujeres rurales un cambio muy significativo de su perfil laboral, pues su empleo pasa a ser más local, menos asalariado y más vinculado a negocios de tipo familiar (Camarero *et al.*, 2006). Esta transformación va ligada a un aumento considerable de la precariedad laboral, tanto por lo que respecta a la temporalidad del trabajo como a la irregularidad de los vínculos laborales. Son las mujeres con más formación –aquellas que tienen estudios superiores a los primarios– las más duramente castigadas en este sentido, lo que explicaría el efecto de desarraigo que tiene la formación. Ello no quiere decir que las mujeres con menos formación estén en una situación mejor en términos relativos, es decir, con un mercado de trabajo suficiente o más adecuado a sus expectativas. Muy al contrario, la sobreemigración femenina es especialmente notable en la población con menos formación académica; es decir, hombres y mujeres formados tienden a emigrar más, pero en la misma medida, mientras que las mujeres con niveles educativos más bajos emigran mucho más que sus homó-

logos varones (Camarero y Sampedro, 2008). Esto sugiere que la permanencia en el medio rural penaliza laboralmente más a las mujeres que a los hombres con bajos niveles de estudios, lo que puede razonablemente asociarse a la movilidad diferencial por género. En este sentido, la sobreemigración femenina no sería más que el correlato, entre las mujeres, de la mayor movilidad laboral masculina o *commuting*.

3.5. La demografía rural y las estructuras de convivencia: familias y hogares rurales

En este apartado trataremos de señalar las principales características de la composición de los hogares rurales y las principales tendencias que han seguido en los últimos lustros, al hilo de aquellos factores que ya han sido señalados en relación con la estructura de la población rural y con su dinámica. En efecto, la composición familiar de los hogares rurales, como en el caso de cualquier sociedad, responde tanto a la estructura de las poblaciones rurales en función del sexo y la edad como a sus dinámicas, bien sean producto del ciclo vital (crecimiento vegetativo) o de los movimientos en el espacio de la población (migraciones). Los procesos de envejecimiento y masculinización, junto a las dinámicas migratorias, determinan, en gran medida, la situación de la población rural actual y se presentan como factores explicativos clave para interpretar la realidad.

Comenzaremos señalando las principales tendencias en la conformación de los hogares españoles, según el tamaño del hábitat, utilizando los últimos datos censales, tal y como se refleja en la tabla 3.2.

Por lo general, la inmensa mayoría de los hogares están compuestos por personas vinculadas por lazos de parentesco, consanguíneo o político, que forman una familia o incluso en algunos hogares más de una. En 2001 los hogares que agrupaban al menos dos personas con lazos familiares alcanzaban casi el 79%, mientras que los que agrupaban únicamente a personas no emparentadas no llegaban al 1% y los hogares unipersonales, alrededor del 20%.

La composición modal de los hogares españoles responde al patrón familiar clásico, que agrupa únicamente a personas de una familia (hogares unifamiliares exclusivos). Más concretamente, las familias nucleares, es decir, formadas

TABLA 3.2

Composición de los hogares en España

TIPO DE HOGAR (GRANDES GRUPOS)	URBANO	RURAL	URBANO (%)	RURAL (%)
Total	9.343.648	4.843.521	100	100
Hogares unipersonales	1.828.165	1.048.407	19,6	21,6
Hogares multipersonales que no forman familia	103.681	35.545	1,1	0,7
Una familia sin otras personas	7.185.823	3.671.190	76,9	75,8
Una familia, con otras personas no emparentadas	178.906	71.153	1,9	1,5
Dos o más familias sin otras personas	33.108	13.603	0,4	0,3
Dos o más familias con otras personas no emparentadas	13.965	3.623	0,1	0,1

Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

por una pareja y los hijos, constituían en 2001 el 39,1% de los hogares, mientras que los hogares formados sólo por una pareja alcanzaban el 17,3%.

Casi telegráficamente diremos que los cambios en la composición familiar caminan desde los años setenta en dirección a una reducción del tamaño de los hogares (de 3,9 miembros por hogar en 1970 a 2,8 en 2005) y a una mayor pluralidad de formas de convivencia. El gráfico 3.3 muestra algunas de las principales tendencias de la composición familiar en la década de los años noventa, tendencias que siguen vigentes y que seguramente se acentuarán durante la década presente.

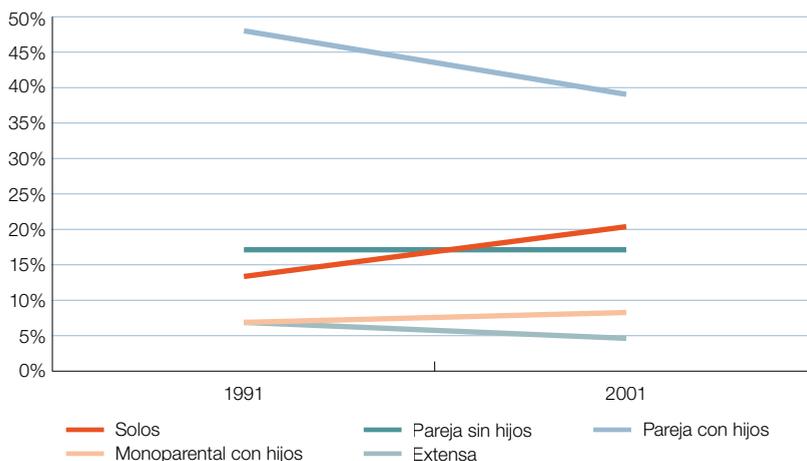
En términos generales, la dinámica de los hogares, urbanos y rurales, muestra las siguientes características:

- Existe un aumento de los hogares unipersonales. El envejecimiento de la población y el aumento de la esperanza de vida han condicionado un aumento de los hogares unipersonales extraordinario. En general, los hogares unipersonales son, en su mayoría, resultado de la extinción de núcleos familiares previos, ya sea por ruptura o por deceso de un miembro de la pareja. El aumento de la esperanza de vida hace que estas situaciones sean cada vez más frecuentes y duren más tiempo. Por otro lado, la atomización de las formas familiares, dentro del proceso de individuación,

GRÁFICO 3.3

Hogares por tipo

España 1991-2001



Fuente: censos de población de 1991 y de 2001. Elaboración propia.

permite que la soledad residencial se conciba de manera creciente también como una alternativa de emancipación.

- Se produce un descenso importante de los hogares constituidos por parejas con hijos. Además de la reducción proporcional al crecimiento de los hogares unipersonales, los procesos de transición residencial y de formación de hogares en las grandes cohortes nacidas durante el *baby-boom* se han retardado y diversificado, con el consiguiente descenso en la formación de nuevos hogares. Por otro lado, existe una cierta diversificación de las formas de hogar, con repuntes aún pequeños pero significativos de los hogares multipersonales que no forman familia.
- Asimismo, las nuevas posibilidades de ruptura y recomposición familiar que van calando en la sociedad española desde los años ochenta han conducido a un significativo aumento de los hogares monoparentales, especialmente de los dirigidos por mujeres. Aunque en el gráfico se computan únicamente los hogares monoparentales exclusivos, que son los mayoritarios, existe una variedad de formas monoparentales de hogar no exclusivas, en

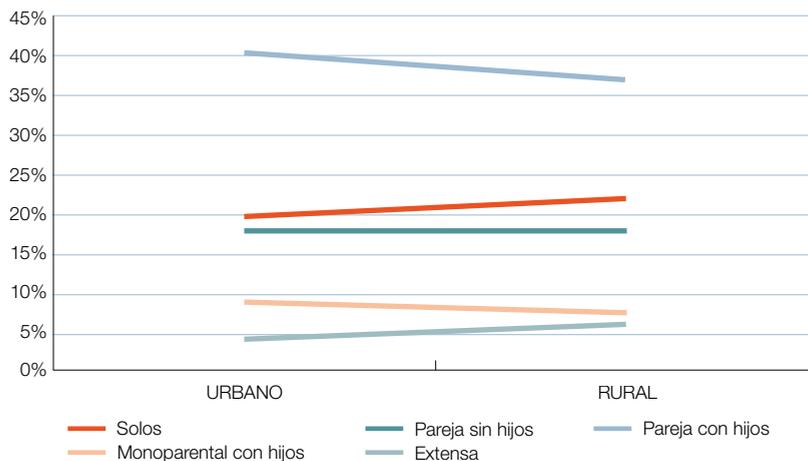
la que los núcleos monoparentales conviven junto a otros familiares u otras personas no emparentadas. En general, estas estrategias de recomposición familiar han aumentado la pluralidad de la composición de los hogares.

- Por último, continúa observándose un aumento de la familia nuclear frente a la familia extensa.⁽¹⁾ Aunque se trata de un proceso que comenzó hace décadas y prácticamente está terminado, aún se registran descensos intercensales en la proporción de hogares extensos.

Los hogares rurales siguen el patrón general que hemos señalado, aun cuando éste está determinado por el peso cuantitativamente superior de los hogares urbanos. No obstante, si observamos las diferencias entre los hogares rurales y los urbanos (gráfico 3.4), vemos que los hogares rurales destacan en términos relativos por el alto porcentaje de personas que viven solas, por el menor peso de las parejas con hijos y por un significativo incremento del peso de las familias extensas, de más de dos generaciones.

GRÁFICO 3.4

Hogares por tipo y hábitat



Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

(1) Entendemos aquí por familia extensa la formada por una familia con uno o más núcleos que alberga a individuos de al menos tres generaciones. Esta definición no coincide exactamente con la terminología clásica de Laslett, que distingue hogares extensos (un núcleo con otras personas emparentadas o no, que se extiende en vertical o, en caso de parientes, lateralmente) y hogares múltiples (formados por dos núcleos con vinculación filial), pero resulta operativa para el análisis de la encuesta a la población rural que presentamos.

En realidad, buena parte de las diferencias globales entre los hogares rurales y los urbanos se refieren a la composición demográfica y, particularmente, a la estructura por sexo y edad. Una población masculinizada y envejecida constituye, de este modo, un campo abonado para los hogares de solitarios como fruto, por un lado, de la disolución de núcleos por fallecimiento de uno de los miembros de la pareja, y por otro, por las dificultades que surgen, en un contexto de escasez relativa de mujeres, para la formación de nuevas parejas.

3.6. Las formas de convivencia familiar de la generación soporte

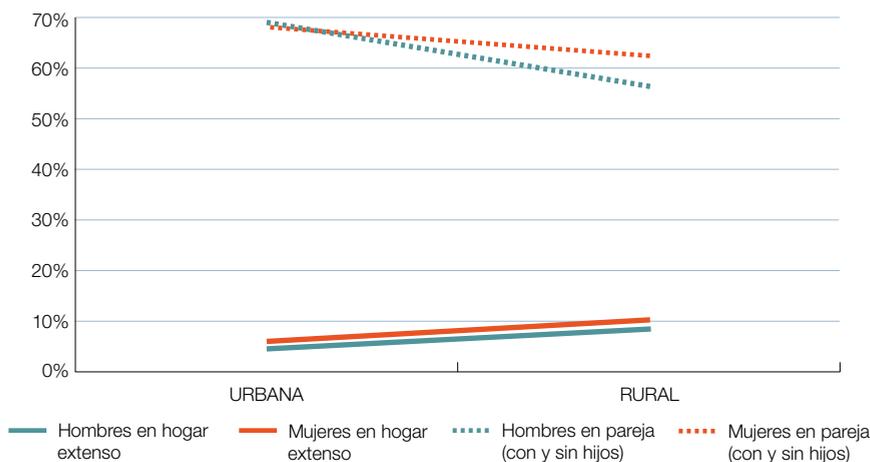
Desde el punto de vista del ciclo vital, la generación soporte debería estar vinculada a estructuras familiares en fase de consolidación o ya consolidadas, en las que los miembros de la generación formarían parte del núcleo origen de la unidad familiar y, en gran medida, se encontrarían en la fase genésica y de crianza. En este sentido, resulta lógico que casi el 60% de los miembros de esta generación en 2001 formara parte de hogares compuestos por parejas con hijos, muy por encima de la media del total de la población en las zonas rurales. Sin embargo, si comparamos estos datos con los de la misma generación en áreas urbanas, vemos que existe una menor vinculación a las formas nucleares de familia y un protagonismo mayor de las familias extensas.

Ya hemos señalado que envejecimiento y masculinización son los principales factores que explican la diferente composición de los hogares rurales y urbanos. Sin embargo, cuando circunscribimos nuestro análisis a la generación soporte, al eliminar los efectos de las diferencias por edad entre el medio rural y urbano, se manifiestan más claramente las consecuencias del desequilibrio por sexos en el primero. Como veremos a continuación, hombres y mujeres de la generación soporte en el medio rural están vinculados en mayor o menor grado a las diferentes formas de convivencia familiar.

En primer lugar, las mujeres se vinculan con mayor vigor que los hombres a las formas de convivencia familiar más propias del ciclo vital. El gráfico 3.5 muestra que las mujeres de la generación soporte rural apenas reducen su participación en las familias nucleares (parejas solas o con hijos) frente a las urbanas, reducción que compensan y superan mediante su inclusión en familias extensas. Los hombres, que incrementan igualmente su participación en las familias extensas rurales, sufren, sin embargo, una caída muy importante

GRÁFICO 3.5

Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y tipo de hogar (extenso y en pareja)



Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

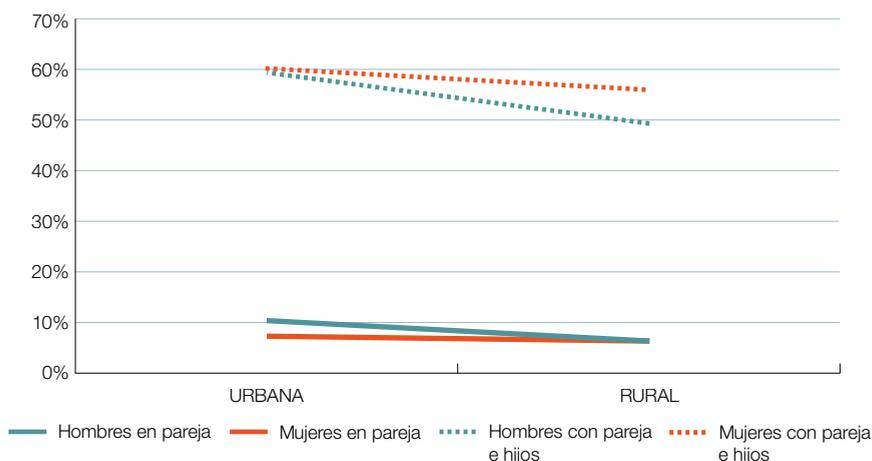
en las formas de familia nuclear, hasta niveles extraños en una generación que, en razón de la edad, le corresponde aplicarse a la formación o consolidación de nuevos hogares.

Esta mayor relación entre las mujeres y la formación de familias, se agudiza cuando comparamos los núcleos formados por parejas y los que están formados por pareja e hijos (gráfico 3.6). En el caso de las mujeres, la pertenencia a núcleos familiares de pareja con hijos es significativamente mayor que entre los hombres, mientras que en el caso de los núcleos formados sólo por una pareja, las diferencias son menores. Esto nos indica que en la vinculación de las mujeres a las áreas rurales pesan bastante las formas familiares y, muy especialmente, el tener una familia con hijos. Esta relación no se produce de la misma manera entre los hombres, cuya permanencia en las áreas rurales no parece depender de su implicación en la formación de nuevos núcleos familiares.

Si analizamos la presencia de hogares solitarios en la generación soporte, volvemos a encontrar diferencias significativas por sexo. En general, el porcentaje de personas de la generación que viven solas en el ámbito rural no es

GRÁFICO 3.6

Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y tipo de hogar (en pareja y en pareja con hijos)



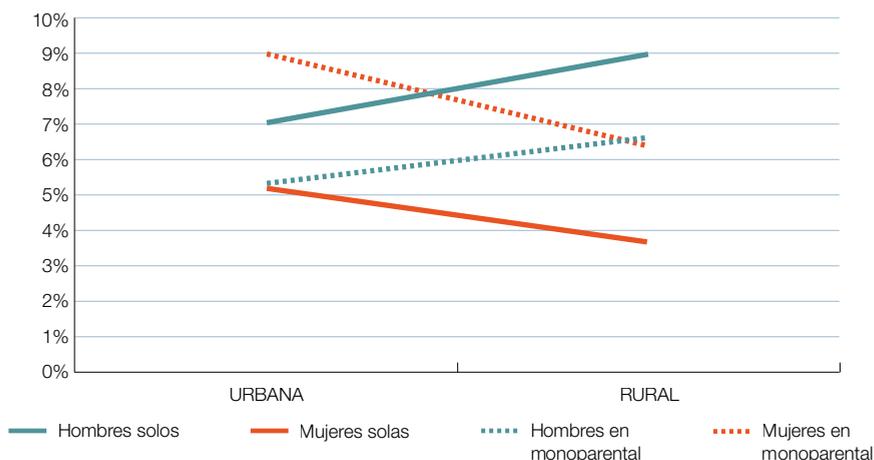
Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

muy diferente del urbano (en torno al 6%). Sin embargo, el análisis por sexos resulta revelador para comprender la naturaleza de los procesos de aislamiento residencial. En el gráfico 3.7, observamos que los hombres tienden a vivir solos en mayor proporción, sea cual sea el hábitat. Pero mientras las diferencias entre hombres y mujeres solitarios son pequeñas en el ámbito urbano, los solitarios rurales superan con mucho a las solitarias rurales. Aparte de la mayor libertad de la que secularmente han gozado los hombres para establecer hogares independientes en soledad, lo que explicaría las diferencias globales entre hombres y mujeres, la explicación de estas diferencias en el ámbito rural tiene que ver necesariamente con la masculinización, que favorece la constitución de estos hogares por parte del grupo de hombres que no llegan a emparejarse. Como veremos más adelante, la inserción de este excedente de solteros rurales en otras formas familiares refuerza la singularidad de esta situación.

Siguiendo con el gráfico 3.7, nos referimos finalmente a las familias monoparentales exclusivas: las formadas por un progenitor y sus hijos. Esta categoría, cuyo peso cuantitativo es parecido al de los hogares unipersonales, presenta las paradojas propias de la composición familiar rural respecto al sexo. En térmi-

GRÁFICO 3.7

Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y tipo de hogar (solos y monoparentales)



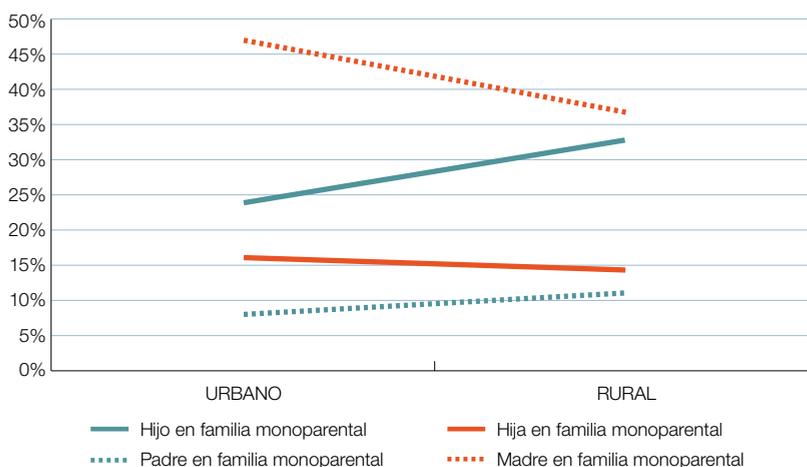
Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

nos generales, las cifras relativas muestran que las mujeres entre 30 y 49 años son más propensas que los hombres a formar parte de familias monoparentales urbanas, mientras que en el ámbito rural, hombres y mujeres forman parte de este tipo de familias por igual. Estas diferencias deben ponerse en relación con la posición que ocupan los integrantes de la generación soporte en estas familias, es decir, si se sitúan en esa familia como padres/madres o como hijos/as. Las familias monoparentales tienen mayoritariamente dos orígenes. O bien son producto de rupturas en la pareja, tales como la separación o el divorcio, o bien obedecen a la extinción de la pareja por la muerte de uno de sus componentes. Las primeras responderían a un esquema familiar contemporáneo, donde se aprueba socialmente la ruptura como solución a las crisis de pareja, y que, por lo general, confían la vinculación de la prole a la madre, estableciendo de este modo las nuevas familias monoparentales. El segundo modelo respondería a un esquema tradicional, en el que la ruptura sólo se produce por la muerte de uno de los miembros de la pareja, quedando los hijos mientras son pequeños a cargo del otro. Sin embargo, una vez llegado el momento generacional de emancipación de los hijos, la existencia de estos hogares monoparentales no sólo depende de la trayectoria vital de los padres, sino también de la creación

GRÁFICO 3.8

Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y posición familiar

Porcentaje en familias monoparentales exclusivas



Fuente: censo de población 2001. Elaboración propia.

o no de nuevos hogares por parte de los hijos. Todos estos elementos, es decir, la formación de hogares monoparentales por ruptura o deceso y la situación de permanencia o no dentro del hogar de los hijos, se entrecruzan en los hogares monoparentales de la generación soporte. Por lo tanto, es necesario analizar la posición que ocupan los miembros de esta generación –padres/madres o hijos/as– dentro de las familias monoparentales.

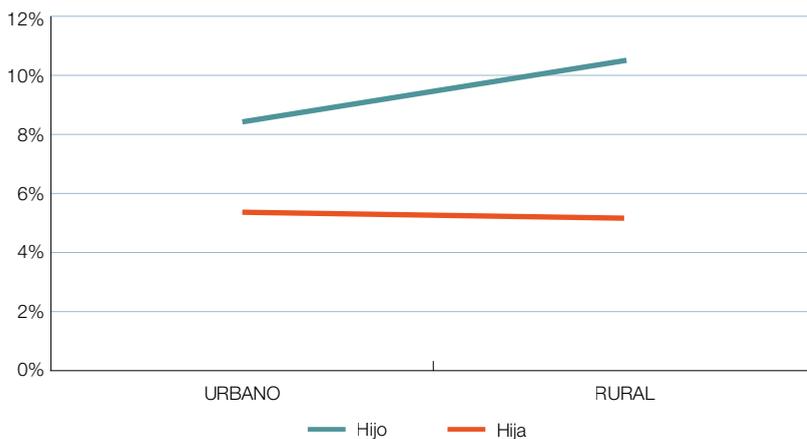
El gráfico 3.8 muestra las diferencias existentes por sexo, según la posición familiar que ocupan y el ámbito territorial. Mientras que los miembros de la generación soporte que viven en familias monoparentales exclusivas suelen ser, en los hogares urbanos, mujeres que ocupan el lugar de «madres», en el ámbito rural, las madres disminuyen significativamente, creciendo, en la misma medida, los hombres que ocupan el lugar de «hijos».

Las familias monoparentales rurales, por tanto, no invierten completamente el esquema urbano, pero ofrecen un giro en el sentido apuntado en el presente análisis de la composición familiar. Nos encontramos, en definitiva, a las mujeres rurales de la generación soporte vinculadas a formas familiares de reproducción –parejas con hijos o familias extensas–, mientras que los hombres

GRÁFICO 3.9

Personas de la generación soporte con posición de hijo en familias nucleares exclusivas por hábitat

Porcentaje en estas familias



Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

aparecen mucho más ligados a hogares solitarios y familias monoparentales donde ocupan el lugar de hijos.

Algo parecido puede decirse de la posición de los miembros de la generación soporte en las familias nucleares (gráfico 3.9). Aunque en este caso la inmensa mayoría de la generación son padres, resulta interesante observar la diferenciación por sexo y hábitat, pues revela nuevamente que es más probable que sean los hijos varones de estas edades los que permanezcan junto a sus padres, especialmente en el ámbito rural.

En definitiva, a pesar de la vinculación natural, de acuerdo con el ciclo vital, con estructuras familiares relacionadas con la reproducción, la característica más sobresaliente de las formas de convivencia rurales de la generación soporte es, precisamente, el elevado porcentaje de individuos que viven al margen de las estructuras de reproducción, bien a través de la prolongación del vínculo residencial con los progenitores, bien a través de la constitución de hogares de solitarios.

3.7. Dinámica familiar y trayectorias de emancipación por sexo: los persistentes efectos de la masculinización rural

Hasta aquí la fotografía familiar de la generación soporte en 2001, año al que corresponden los últimos datos censales disponibles. La generación analizada hasta ahora cuenta en la actualidad con ocho años más, conformando la actual generación 38-57 (nacidos entre 1952 y 1971). Por otra parte, la generación que analizamos a continuación, utilizando los datos de la Encuesta de Población Rural 2008, tenía en el momento censal entre 23 y 42 años (nacidos entre 1959 y 1978). En este sentido existe un gran solapamiento entre ambas generaciones, doce años de los veinte que conforman la generación. Sin embargo, desde ese año a la actualidad se han producido dos cambios importantes que deben ser introducidos en el análisis.

Por una parte, la generación soporte se ha nutrido de las últimas cohortes numerosas del *baby-boom*, constituyendo una generación homogénea ya que los nacidos en la década de los años cincuenta no formaban parte de este proceso. Por otra parte, como se ha comentado ya en la caracterización de la generación, durante esta primera década del siglo XXI han surgido nuevas dinámicas de relación entre los espacios urbanos y rurales, algo que se ha traducido en la incorporación de nuevos residentes en las áreas rurales. La llegada de nuevos residentes no se debe sólo a la búsqueda del ideal rural por parte de urbanitas desencantados o en retirada, sino también a la búsqueda de nuevas oportunidades residenciales y de actividad, en el marco de territorialidades difusas, es decir, que no influyen tanto los tamaños de la población o las distancias como la disponibilidad de oportunidades y la gestión del tiempo.

De este modo, en relación con la evolución de las formas familiares durante los primeros años del nuevo siglo, la composición de los hogares rurales de la generación soporte presenta nuevas dinámicas que parecen reflejar algunos de los principales cambios analizados en este trabajo. A saber, que junto a las estructuras dependientes y fuertemente ligadas al doble proceso de envejecimiento de la población y de masculinización, se van fijando corrientes de cambio que desdibujan las fronteras de la ruralidad para situarla en el seno de la sociedad que la alberga, no como un espacio aislado ni relacionado funcionalmente con el territorio urbano de la modernidad, sino como una realidad interdependiente, ligada a las corrientes sociales generales de la era posindus-

trial. En la tabla 3.3 se presenta la evolución de los primeros siete años del siglo, a partir de dos fuentes dispares: el censo y la encuesta de Población Rural 2008, que, sin embargo, señalan las líneas de cambio que atraviesa la familia rural de la generación soporte.

Así pues, hay una profundización en los elementos modernizadores de la estructura familiar, por ejemplo, el declive de la familia extensa, entendida como la convivencia en el hogar de al menos tres generaciones de una familia.

También podemos apreciar los efectos de la masculinización y las dificultades de reproducción en algunas estrategias residenciales. Los hogares de solitarios siguen en porcentajes relativamente altos, pese a que experimentan una disminución significativa. Resulta más sorprendente, a este respecto, el crecimiento de las personas que permanecen en el hogar de origen junto a sus padres, bien sea en solitario o acompañadas de hermanos. Este fenómeno revela cierto estancamiento de los procesos de emancipación y, por otra parte, parece indicar también el papel de soporte que venimos observando en esta generación diezmada de «presentes» rurales. La comparación con el censo indica un gran incremento de estas formas familiares –de 7,5% en 2001 a 12,5% en 2008–; no obstante, este dato debe ser explicado con más detenimiento. Aunque es

TABLA 3.3

Personas de la generación soporte por tipos de hogar

En porcentaje

	EPR-2008	CENSO 2001
Solo	4,3	5,9
En pareja	9,2	7,2
En pareja con algún hijo < 6	20,7	15,5
En pareja con un hijo > 5	36,0	38,5
Monoparental con algún hijo < 6	0,5	0,6
Monoparental con hijos > 5	2,1	2,4
Solo con padre/s	8,9	7,5
Solo con padre/s y hermano/s	3,6	
Extenso	8,8	9,2

Nota: en ambos casos la generación soporte se define por el grupo de edad de 30 a 49 años. Únicamente se presentan las principales categorías de hogares incluidas en el análisis, por lo que no suman 100.
Fuente: censo de 2001 y EPR-2008.

indudable que se ha producido un significativo crecimiento de las personas de la generación soporte que siguen siendo «hijos» en núcleos de pareja o monoparentales, sólo podemos ofrecer una proporción aproximada, puesto que la encuesta no discierne entre hermanos y cuñados, sin que podamos distinguir los casos que se refieren a la existencia de un nuevo núcleo en el hogar, lo que encuadraría estos hogares dentro de los polinucleares.⁽²⁾

Finalmente, se aprecia una regeneración de los hogares, con un importante aumento de las familias con hijos menores. Este indicador muestra no sólo que estos cambios se están produciendo en una generación que, como hemos visto, adolecía de cierto dinamismo en la renovación de los hogares, sino que, además, apunta a que el cambio es, efectivamente, reciente, toda vez que muchos de los hijos referidos son pequeños. El análisis de los protagonistas de este cambio deberá realizarse más adelante.

Estas nuevas dinámicas familiares no bastan, sin embargo, para borrar los efectos que la masculinización de las áreas rurales tiene en las formas de convivencia familiar de hombres y mujeres de la generación soporte. Como podemos ver en la tabla 3.4, alrededor de tres cuartas partes de las mujeres conviven en pareja y, de ellas, la gran mayoría tiene hijos, situación que contrasta con la de los varones, pues sólo la mitad convive en pareja.

Los datos mostrados en relación con la formación de hogares tienen su correlato en el hecho de que mujeres y hombres presentan porcentajes diferentes de permanencia en el hogar de origen. La proporción de los que siguen viviendo con sus padres va cayendo, por efecto del ciclo vital, a lo largo de toda la generación. Cabe destacar la vinculación al hogar de origen por parte de los varones rurales, cuyo ingreso en la actividad laboral no parece tener una relación inmediata con la emancipación residencial y, en todo caso, se produce con cierto retraso respecto al proceso de emancipación de las mujeres, como se observa en el gráfico 3.10, sin llegar en ningún caso a igualarse. El caso de

(2) Los hogares polinucleares de la encuesta se han englobado mayoritariamente entre las familias extensas y los otros tipos de familia. Para una comparación con el censo –que discrimina en otras categorías las familias con más de un núcleo–, la tabla 3.3 ofrece el porcentaje de «solo con padre/s y hermano/s» reducido mediante una estimación del máximo de hogares polinucleares que pueden haber entrado en esta categoría, basada en el porcentaje de familias de esta categoría que incluyen al menos dos hermanos de sexo diferente en la familia. Dicha estimación reduce en un 20% el porcentaje de «solo con padre/s y hermano/s», lo que da como resultado el porcentaje de 3,6. Esta estimación sólo se utiliza en esta tabla con fines comparativos.

los solitarios resulta especialmente curioso en el estudio de estas diferencias. Pese a tratarse de una estrategia residencial de emancipación, pues es la forma de hogar de un porcentaje importante de varones de hasta 34 años, representa un paso intermedio entre el hogar de origen y el hogar de destino, idealmente formado junto a una pareja encontrada ya en la treintena, tal y como muestran las cohortes de más edad.

Las diferencias señaladas tienen como trasfondo las estrategias de emancipación por género y, particularmente, el ritmo y la forma con que estos procesos se llevan a cabo en el medio rural. La emancipación tiene tres componentes

TABLA 3.4

Personas de la generación soporte con pareja o con hijos, por sexo

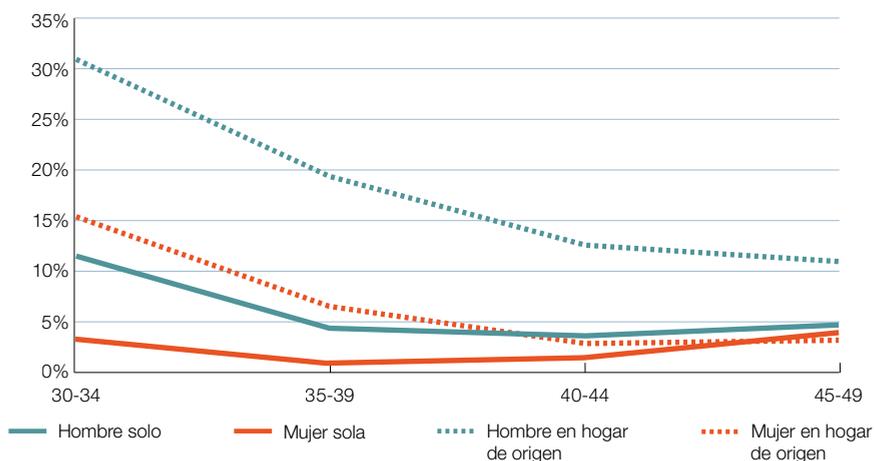
En porcentaje

	HOMBRE	MUJER
Pareja	51,6	76,8
Hijos	45,4	70,2

Fuente: EPR-2008.

GRÁFICO 3.10

Personas de la generación soporte por edad, sexo y tipo de familia (solo y en hogar de origen)



Fuente: EPR-2008.

básicos: la independencia económica, la independencia residencial y la formación de nuevos hogares. Sin embargo, la independencia residencial y la formación de nuevos hogares van prácticamente de la mano, toda vez que la inmensa mayoría de los hogares son mononucleares.⁽³⁾ La diferencia en el ritmo de ambos procesos, el económico y el familiar, resulta habitual en las sociedades avanzadas, como confirma desde hace décadas el retraso en la formación de familias, vinculada a la consolidación previa de la propia posición económica, no ya sólo de los hombres sino también de las mujeres, que empiezan a acceder al mercado de trabajo con unas expectativas de autonomía y profesionalización muy similares a las de sus compañeros varones.

Las áreas rurales, desagrarizadas y diversificadas, masculinizadas y envejecidas, constituyen un campo particular para la adopción de estrategias de emancipación diferenciadas por sexo. Dos circunstancias han contribuido especialmente a configurar este panorama. La primera, los mercados de trabajo están segmentados y son fundamentalmente extralocales para las mujeres, de modo que el objetivo de emancipación económica aleja a las mujeres de su lugar de origen y las vincula a los centros urbanos. La segunda es una consecuencia de la anterior: la situación demográfica de partida de la generación indica una descompensación numérica entre hombres y mujeres. Tales circunstancias inciden notablemente en el aspecto reproductivo, como hemos explicado. Si las parejas potenciales se reducen pero la situación laboral permite la permanencia en el pueblo, el excedente (en este caso, en su mayoría masculino) adopta estrategias de reclusión en el núcleo familiar de origen o, a lo sumo, realiza una emancipación por pasos, como parecen indicar los hogares de solitarios. Si, por el contrario, el mercado matrimonial es favorable en términos numéricos pero las oportunidades de empleo se sitúan fuera del pueblo, las estrategias viran hacia la movilidad o, en el caso de permanencia, tienden a vincularse a la formación de una familia propia. Esto quiere decir que el proceso de emancipación preponderante ha pasado a ser, en todo caso, el económico, basado en mercados laborales y relaciones salariales, como corresponde a una sociedad avanzada, tanto para hombres como para mujeres. De este modo, los hombres

(3) Esta relación directa entre emancipación familiar y residencial no es tan clara en otros países europeos. En los escandinavos, por ejemplo, la emancipación residencial precede normalmente a la formación de núcleos familiares. Pero en España, pese a notarse un incremento significativo de los hogares sin núcleo ya en los años noventa, la inmensa mayoría están constituidos por núcleos familiares.

aparecen más vinculados a las áreas rurales porque constituyen su campo de producción, de la misma manera que las mujeres emigran para asegurar su independencia económica.

Si para los hombres la emancipación económica no se ve amenazada por la vinculación al entorno más local, la residencial queda mermada por las dificultades para formar nuevos hogares, consecuencia de la estructura demográfica. En el caso de las mujeres, cuya principal estrategia de emancipación económica ha sido durante décadas la emigración, encontramos una generación soporte cuya estrategia de emancipación se basa en la creación de hogares y, por lo tanto, en la emancipación residencial, incluso a costa de disminuir su participación en los mercados de trabajo extralocales.

Bajo el peso de una todavía persistente masculinización y con los mimbres de esta generación de hombres y mujeres presentes que despliegan complejas estrategias de supervivencia económica y reproducción social, se desarrolla buena parte de la acción social que sostiene, con sus problemas y sus bondades, la vida de los pueblos.

IV. Envejecimiento y dependencia en las poblaciones rurales

La sociedad española de finales del siglo xx, al igual que la mayoría de las del Occidente europeo, es una sociedad cada vez más envejecida. En la actualidad el 12,6% de los españoles supera los 70 años de edad, cifra que es todavía más elevada en el medio rural. El grado de envejecimiento de una población repercute directamente en el aumento de la población dependiente. El problema no reside en que hay más ancianos, ni en que se vive más, sino en el progresivo deterioro de las condiciones de autonomía personal propio de las edades avanzadas. Ello es especialmente importante en sociedades mediterráneas como la española, donde la gestión de la dependencia descansa de forma generalizada en el seno de la institución familiar y aún más en las áreas rurales. La dependencia se convierte en un problema cuando la atención de la misma genera cadenas de dependencia sobre otras personas, frecuentemente las mujeres que componen la generación soporte.

El envejecimiento poblacional depende principalmente de la fecundidad. La caída de la fecundidad trae consigo menos nacimientos y, como consecuencia de la reducción de la base demográfica, aumenta el peso de los mayores. Además del efecto de la baja fecundidad, el aumento de la esperanza de vida es hoy un factor importante en el envejecimiento de la población. Ahora las generaciones viven más años y por lo tanto la probabilidad de llegar a edades adultas es cada vez mayor. Pero no sólo aumenta la esperanza de vida al nacimiento, sino también la vida media. La esperanza de vida al nacimiento es el número medio de años que viviría una generación de mantenerse las tasas de mortalidad por edad como en la actualidad. Históricamente, esta esperanza de vida ha venido creciendo fundamentalmente por la reducción de la mortalidad infantil. En los últimos años, sin embargo, la mayor esperanza de vida está relacionada con el aumento de la vida media a edades elevadas. En España,

desde aproximadamente los años setenta, el grupo que mayor crecimiento ha experimentado en esperanza de vida han sido los mayores de 65 años.⁽¹⁾ Cada vez se vive más y las poblaciones son más longevas. El aumento de la esperanza al nacimiento hace que haya más ancianos, pero a su vez el crecimiento en la edad media de las generaciones implica que los ancianos vivan aún más que quienes eran ancianos en las generaciones anteriores.

En España, la caída de la fecundidad fue importante durante el último tercio del siglo pasado. Se llegó a mínimos históricos en la década de los noventa y, comparativamente con otros países, a tasas de fecundidad menores. También los indicadores de esperanza de vida han ido progresivamente creciendo hasta situarse entre los más altos del mundo. En este contexto, el envejecimiento de la población española ha alcanzado niveles elevados.

4.1. El envejecimiento de las poblaciones rurales

Si España está envejecida, el medio rural lo está aún más. También en el medio rural ha caído la fecundidad, la esperanza de vida es, incluso, mayor que en las zonas urbanas⁽²⁾ y además se ha reducido el volumen de las generaciones intermedias como consecuencia del intenso éxodo rural. Es decir, a lo sucedido en el conjunto de España hay que añadir, en el caso de las áreas rurales, la emigración de los jóvenes. Como se ha comentado en las páginas anteriores, en el medio rural las actividades productivas y reproductivas se concentran en la generación soporte. La conclusión es que la población rural está sobre-envejecida y su corolario: el aumento de la presión que la dependencia genera sobre esta generación.

El gráfico siguiente muestra la evolución reciente del envejecimiento en España (gráfico 4.1). En él se aprecia que el crecimiento más elevado tuvo lugar durante la década de los noventa del siglo anterior. En el inicio del siglo XXI, aunque el número de ancianos sigue creciendo, se modera su peso poblacional por dos

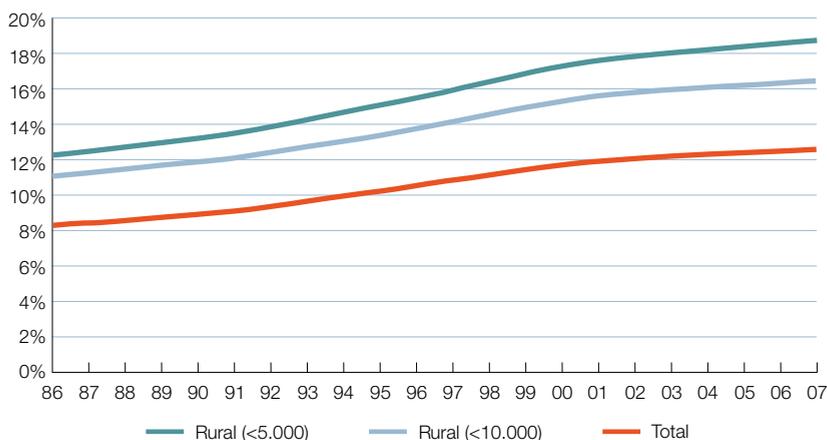
(1) Un pormenorizado recorrido de este proceso en España puede seguirse en Gómez, Génova y Robles (2007).

(2) Las diferencias en mortalidad por hábitat es un tema muy poco estudiado. No obstante, los trabajos realizados ofrecen unas diferencias en esperanza de vida significativas, especialmente en el caso de los hombres. En el período 1990-1992, los datos de esperanza de vida al nacimiento para los hombres rurales son 74,52 años, y para los urbanos 72,85. Para las mujeres rurales, 81,04, y para las urbanas, 80,53. Véase Camarero, Gómez y Jiménez (1999).

GRÁFICO 4.1

Evolución del envejecimiento

Porcentaje de mayores de 70 años



Fuente: padrón municipal de 1986, censo de población de 1991, padrón municipal de 1996, censo de población de 2001 y padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

motivos. Uno es la llegada de población en edades activas, los inmigrantes, que contribuyen a un relativo rejuvenecimiento de la población. Y el otro, el ligero repunte de las tasas de natalidad, lo que hace que la base demográfica no siga estrechándose. En el medio rural, sin embargo, aunque la tendencia es similar a la del conjunto de España, la ralentización del envejecimiento no es la misma que en el conjunto, dado el menor impacto que dichos motivos (llegada de inmigrantes y repunte de la natalidad) tienen en su población.

La incidencia del envejecimiento en las áreas rurales se resume con un único dato: en el año 2007, más de uno de cada seis habitantes rurales tiene más de 70 años (16,4% en municipios menores de 10.000 habitantes). Esta cifra resulta más extrema y se acerca a uno de cada cinco habitantes en municipios menores de 5.000 habitantes (18,8%). Es sobre todo en estos últimos municipios donde más han crecido las diferencias respecto a la media nacional. La moderación del crecimiento del envejecimiento ha sido principalmente urbana, por el gran impacto de la inmigración en estas zonas, pero en las áreas rurales de menor tamaño, ni siquiera ha empezado a ralentizarse.

El envejecimiento de la población rural y especialmente el aumento de la longevidad de la población anciana tienen dos importantes efectos. El primero es la feminización progresiva de la población en edades elevadas a causa de las diferencias en la esperanza de vida por sexos, mayor entre las mujeres que entre los hombres. El segundo es la mayor dependencia de la población. La mayor longevidad hace que los ancianos tengan ahora edades medias más elevadas. Dicho de forma gráfica, los viejos son más viejos. Por ello, a la vez que crece el envejecimiento, también aumenta la probabilidad de ser dependiente, y este incremento se agudiza en las edades más elevadas.⁽³⁾ Aumenta, por tanto, la dependencia, pero no sólo porque aumenten los ancianos sino porque a la vez aumentan las probabilidades de los ancianos de ser dependientes.

El impacto del envejecimiento en la generación soporte varía en el tiempo, ya que, aunque los ancianos crezcan continuamente en proporción, el peso de la generación que actúa en cada momento como soporte resulta también variable en función del volumen que tienen las distintas generaciones de habitantes rurales. El gráfico siguiente (4.2) nos ayuda a comprender esta situación.

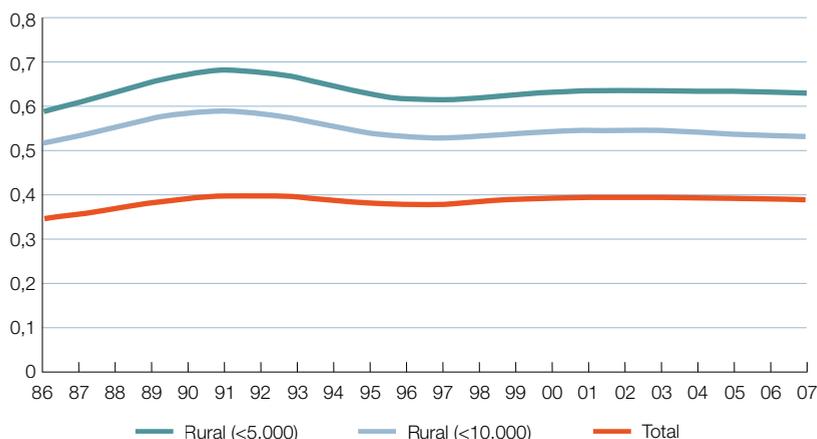
Se observa una relación casi constante en el índice de dependencia del conjunto de la población española desde principios de los noventa. Sin embargo, en el medio rural la situación presenta más oscilaciones, con tasas más elevadas a comienzos de la década de los noventa. Precisamente en 1991 el grupo de 30-49 años era muy reducido. En ese momento, en las edades centrales de la población estaban quienes no se sumaron a las corrientes de éxodo rural. En términos generales, lo que el indicador de dependencia señala es que, para la población española, la relación es de dos ancianos por cada cinco soportes, mientras que en las poblaciones rurales esta relación ha llegado a ser de tres soportes para cada dos ancianos. La situación actual, a pesar de la intensa carga que muestran los indicadores de dependencia, vuelve a valores cercanos a los de hace veinte años. Este dato ratifica la importancia crucial que tiene la actual generación soporte. La situación de sobre-envejecimiento rural es hoy relativamente moderada por el volumen de la generación soporte.

(3) Veremos más adelante que la probabilidad de dependencia aumenta considerablemente en edades muy elevadas. En 1991, en las áreas rurales, las personas de 85 y más años eran el 13,4% de los mayores de 70 años. Y en el año 2007 suponían el 16,4%.

GRÁFICO 4.2

Índice de dependencia

Relación de mayores de 69 sobre el grupo de 30-49 años

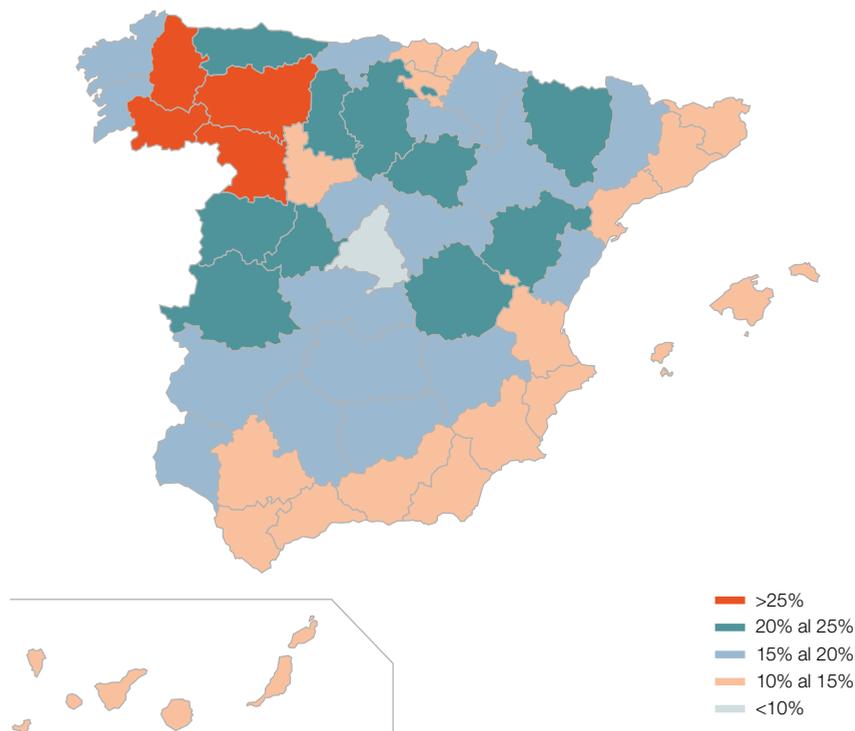


Fuente: padrón municipal de 1986, censo de población de 1991, padrón municipal de 1996, censo de población de 2001 y padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

Las diferencias en el volumen de la generación soporte producen ahora mismo las elevadas diferencias de envejecimiento rural en el territorio. Por ejemplo, mientras en Orense el 28,3% de la población rural es mayor de 70 años, en las áreas rurales de Madrid la cifra es sólo de un 8,8%. El mapa 4.1 detalla la gran diversidad que existe.

La cartografía del envejecimiento rural reproduce los modelos de ruralidad que se han comentado en el capítulo 2. Así, en el paisaje de desconexión que se corresponde con el área del interior galaico-leonés donde la situación llega a ser extrema, más de la cuarta parte de los habitantes rurales son mayores de 70 años. Las áreas circundantes, que componían el paisaje de transición, muestran valores también elevados, más de uno de cada cinco supera los 70 años. A este paisaje se añaden áreas de montaña de Aragón, tanto del Pirineo como del Sistema Ibérico. En líneas generales, el sur está menos envejecido porque la fecundidad ha mantenido niveles más elevados que en el norte, y también las costas mediterráneas, donde el impacto de los nuevos residentes y las propias dinámicas de desarrollo rural producen un paisaje social más «lí-

Proporción de mayores de 70 años en la población rural



Fuente: padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

quido». La ruralidad densa de Madrid y el impacto de otras ciudades-región, como en el caso del País Vasco, moderan el envejecimiento rural.

4.2. Discapacidad y dependencia

El problema del sobre-envejecimiento rural es aún mayor si cabe por dos motivos fundamentales. Primero por la gran dispersión del hábitat, lo que implica mayores demandas de movilidad. Hábitat más remoto, mayor dispersión de centros asistenciales y de servicios, y carencias de infraestructuras de transporte hacen que la necesidad de transporte privado sea alta. Esta situación en edades elevadas produce generalmente la necesidad de recurrir a los familiares para ser transportado, algo que es menos intenso en las áreas urbanas.

El otro motivo es la fuerte relación que existe entre envejecimiento y discapacidad ya que la discapacidad aumenta con la edad y en muchos casos se traduce en dependencia. La situación en relación con la discapacidad en las áreas rurales apenas se ha tratado, pero los indicadores disponibles, como veremos a continuación, señalan que las tasas de discapacidad son más elevadas en el medio rural que en el urbano. Además, los problemas de movilidad y las situaciones de discapacidad, elementos ambos que generan el grado de dependencia de la población, están muy relacionados. Vamos a observarlo con cierto detalle utilizando los datos de la Encuesta de Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud (EDDES, 1999).⁽⁴⁾

La distribución por edad de la discapacidad sigue una tendencia de crecimiento exponencial, función típica de aquellos procesos que siguen patrones biológicos (gráfico 4.3). La discapacidad es producto del deterioro de las condiciones fisiológicas y de la exposición a los factores de riesgo (accidentes o enfermedades). Ambas causas se incrementan con la edad.

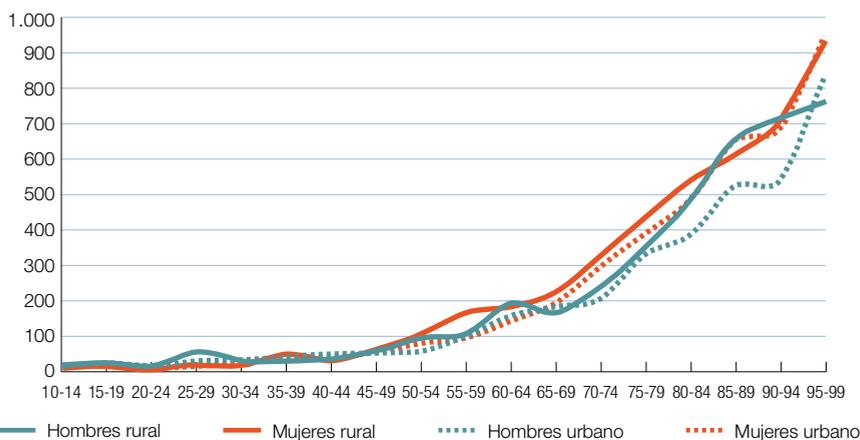
Los datos muestran que la peor situación en relación con la discapacidad corresponde a las mujeres rurales. A partir de los 60 años éstas alcanzan valores más elevados hasta que son igualadas, en edades cercanas a los 90, por los hombres rurales y las mujeres urbanas (gráfico 4.3). Por lo general, a partir de los 45 años las mujeres están, en cuanto a tasas de discapacidad, en peor situación que los hombres,⁽⁵⁾ de los cuales son los hombres urbanos quienes en los últimos años del tramo del ciclo vital alcanzan las menores tasas. En las edades muy elevadas, mayores de 90, la situación se iguala por sexo y por hábitat alcanzándose valores en torno al 80% de personas que presentan alguna discapacidad. Es en las edades finales de la setentena cuando se alcanzan las mayores diferencias, entre hábitats y entre sexos, en la prevalencia de la discapacidad. Por ejemplo, en el grupo de 75-79 años hay un 43% de mujeres

(4) La EDDES es una amplia encuesta dirigida a una muestra compuesta por 80.000 hogares representativos del conjunto de la población española. Para la definición y tratamiento de la discapacidad, la encuesta se basa en los criterios de la Clasificación Internacional de Deficiencias, Discapacidades y Minusvalías (CIDDM) elaborada por la OMS. Es importante tener en cuenta que esta encuesta está referida a personas que residen en viviendas familiares, es decir, los datos excluyen a las personas que residen de forma permanente en instituciones como, por ejemplo, residencias u hospitales.

(5) Antes de esta edad suelen ser mayores las tasas de los hombres que las de las mujeres. La peor situación de los hombres en edades jóvenes suele atribuirse a factores culturales que inciden en una detección más precoz de ciertas insuficiencias, así como a la mayor exposición a situaciones de riesgo.

GRÁFICO 4.3

Tasas de discapacidad por 1.000 habitantes, por sexo y hábitat



Fuente: EDDDES 1999. Elaboración propia.

rurales con alguna discapacidad, los hombres rurales tienen tasas notablemente inferiores, un 35%, los hombres urbanos un 33% y las mujeres urbanas un 39%.

El porqué de la mayor incidencia de la discapacidad en las áreas rurales que en las urbanas no ha sido investigado hasta el momento de manera detallada. No obstante, los pocos datos disponibles apuntan a la mayor esperanza de vida de las áreas rurales. Si bien quienes tienen un deterioro mayor de las funciones vitales, de movilidad o mentales, probablemente fallezcan antes,⁽⁶⁾ también es cierto que quienes tienen mayor esperanza de vida tienen más probabilidad de vivir con discapacidad. Todo ello sugiere que, probablemente, la situación en cuanto a discapacidad sea peor en las áreas rurales porque sus habitantes viven más. Las explicaciones de la peor situación de las mujeres respecto a los hombres recogen también la misma idea: la mayor supervivencia de las cohortes femeninas sobre las masculinas. No obstante, en la investigación de estas

(6) No obstante, el incremento de la esperanza de vida ha sido también importante en personas con discapacidad. Precisamente la alta incidencia de la discapacidad en edades elevadas es por el aumento de los años vividos con una discapacidad.

diferencias, habría que considerar también otras hipótesis relativas a la posible existencia de una mayor atracción de ciertos entornos y tipos de hábitat sobre personas con discapacidad. En algunos casos de discapacidad, un entorno rural podría adaptarse mejor a las necesidades diarias de población en situación de discapacidad. Tal vez por el tipo de hábitat menos denso, con edificaciones más adaptables –plantas bajas– y con un entorno que, aunque sea limitado en cuanto a servicios, resulta más accesible y menos exigente para su adaptación a las condiciones de las personas con problemas de movilidad.⁽⁷⁾

La definición de discapacidad es tan amplia que no sirve para valorar el grado de dependencia. No todos los tipos de deficiencias tienen por qué generar dependencia. Muchas de las discapacidades, aun siendo importantes para el sujeto que convive con ellas, no implican la necesidad de demandar ayuda de otras personas. Por ejemplo, no tiene las mismas repercusiones para la vida práctica el tener deficiencias en la visión de colores que tenerlas respecto a la movilidad de las manos. Los contextos culturales y generacionales moderan o amplifican también la conversión de la discapacidad en dependencia. Personas invidentes pueden ser totalmente autónomas en edades jóvenes pero, probablemente, sean dependientes en edades avanzadas.

Las dificultades de movilidad son, como puede apreciarse, las que tienen mayor prevalencia en edades elevadas y también las que establecen mayor diferencia tanto por sexo como por hábitat (tabla 4.1). Casi la cuarta parte de las mujeres mayores de 59 años tienen problemas para desplazarse fuera del domicilio.⁽⁸⁾ Un 15% de las mujeres rurales, es decir, una de cada seis de dicho grupo de edad, tienen incluso dificultades de desplazamiento por el interior de su vivienda, cifra que alcanza a uno de cada diez hombres rurales. Hay otros tipos de discapacidad que alcanzan valores importantes como son las dificultades para realizar tareas domésticas; sin embargo, este indicador tiene un claro sesgo de género: es elevado en mujeres y bajo en hombres. La adscripción de género a ciertas tareas domésticas es la razón de que haya hombres que no

(7) Por otra parte, hay que tener en cuenta las limitaciones de los datos. Las encuestas como la EDDDES no incluyen a personas residentes en residencias y asilos. Y tal vez por esto pueda haber diferencias entre pautas urbanas y rurales respecto al internamiento de mayores, especialmente de quienes estén en situaciones de discapacidad.

(8) La definición de dificultades para desplazarse fuera del hogar que emplea la EDDDES-1999 incluye: deambular sin medio de transporte, desplazarse en transporte público y conducir vehículo propio. La conducción de vehículo sólo contempla a personas de 18 a 74 años. Y las discapacidades para desplazarse en transporte público y vehículo propio se refieren únicamente a quienes sólo pueden utilizar vehículos adaptados.

TABLA 4.1

Tipos de discapacidad, prevalencia (%) en mayores de 59 años por sexo y hábitat

	HOMBRES RURALES	MUJERES RURALES	HOMBRES URBANOS	MUJERES URBANAS
Discapacidad para ver	8,5	10,7	7,6	10,4
Discapacidad para oír	8,4	9,6	8,5	8,5
Discapacidad para comunicarse	3,1	3,8	2,7	3,8
Aprender, aplicar conocimientos y desarrollar tareas	3,8	5,6	3,0	5,0
Desplazarse	9,9	15,0	7,1	12,6
Utilizar brazos y manos	7,7	10,6	6,3	10,5
Desplazarse fuera del hogar	15,4	24,6	12,8	20,9
Cuidar de sí mismo	6,2	8,7	4,8	8,0
Realizar tareas del hogar	9,7	19,1	7,4	17,1
Relación con otras personas	3,8	5,6	3,1	5,2

Nota: una persona puede tener más de un tipo de discapacidad.
Fuente: EDDDES 1999. Elaboración propia.

tengan dificultades para realizar tareas domésticas en la medida en que no las realizan, ni tampoco nunca las han realizado de forma habitual.

Por lo general, las distintas categorías de discapacidad están asociadas y cuando uno de los problemas alcanza un grado importante se refleja finalmente en la pérdida de movilidad. La tabla siguiente (tabla 4.2) evidencia claramente este hecho, con excepción de las dificultades visuales y auditivas la gran mayoría de las discapacidades afectan también a la movilidad.

Con el fin de acercarnos y evaluar la incidencia de la dependencia vamos a concentrarnos en dos tipos de discapacidad que difícilmente permiten el desarrollo de la vida diaria con plena autonomía personal y que, por lo general, requieren ser atendidos por otras personas. El primero es la pérdida de movilidad –problemas para desplazarse fuera del hogar–. El segundo son los problemas para cuidar de sí mismo.⁽⁹⁾

(9) La encuesta EDDDES-1999 define las dificultades para cuidar de sí mismo como los problemas para que una persona pueda realizar sola las siguientes actividades: asearse, utilizar el servicio, vestirse, comer y beber.

TABLA 4.2

Relación entre tipos de discapacidad y dificultades para desplazarse fuera del domicilio

	% QUE TIENEN PROBLEMAS PARA DESPLAZARSE FUERA DEL HOGAR
Discapacidad para ver	53,8%
Discapacidad para oír	42,7%
Discapacidad para comunicarse	91,8%
Aprender, aplicar conocimientos y desarrollar tareas	97,5%
Desplazarse	85,0%
Utilizar brazos y manos	72,6%
Cuidar de sí mismo	92,2%
Realizar tareas del hogar	87,3%
Relación con otras personas	93,9%

Nota: total de mayores de 6 años.

Fuente: EDDDES 1999. Elaboración propia.

Si bien se están manejando datos de hace varios años,⁽¹⁰⁾ la evolución de la discapacidad no parece mostrar cambios significativos respecto al momento actual, al menos para el grueso de la población que se encuentra en esta situación: los mayores de 69 años.⁽¹¹⁾ Para la categoría de personas que tienen problemas para «cuidar de sí mismo», como puede observarse en la tabla 4.3, la prevalencia mantiene cifras muy similares entre ambos períodos.⁽¹²⁾ Ambas fuentes muestran que la mayor prevalencia de discapacidad masculina en las áreas rurales frente a las urbanas se mantiene constante.

A partir de la suma de las discapacidades de movilidad fuera del domicilio y de cuidados de sí mismo, hemos elaborado un índice que estima el grado

(10) Los datos de EDDDES son de 1999. En la actualidad existe una nueva encuesta, Encuesta de Discapacidad, Autonomía personal y situaciones de Dependencia (EDAD) realizada en 2008, pero hasta finales de 2009 no estarán disponibles los microdatos.

(11) Para los datos referentes a 2006 se utilizan los datos procedentes de la Encuesta de Condiciones de Vida de los Mayores del IMSERSO dirigida a personas mayores de 65 años. El trabajo de campo fue realizado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) (Estudio 2.647). La comparación de estos datos con los de la EDDDES no resulta demasiado orientativa dada la diferencia en metodología y definición de ambas fuentes. Por ejemplo, no ha sido posible comparar los datos sobre dificultades de movilidad al utilizarse definiciones muy distintas entre ambas fuentes.

(12) Si tenemos en cuenta que los ancianos han aumentado el número de años vividos entre ambos períodos, el mantenimiento de la prevalencia sugiere distintas líneas de explicación: por una parte, la correlativa mejora en la detección y prevención de ciertas dolencias y, por otra, tal vez, la extensión de centros de internamiento para personas con este tipo de discapacidad.

TABLA 4.3

Población de 70 y más años con problemas para «cuidar de sí mismo»

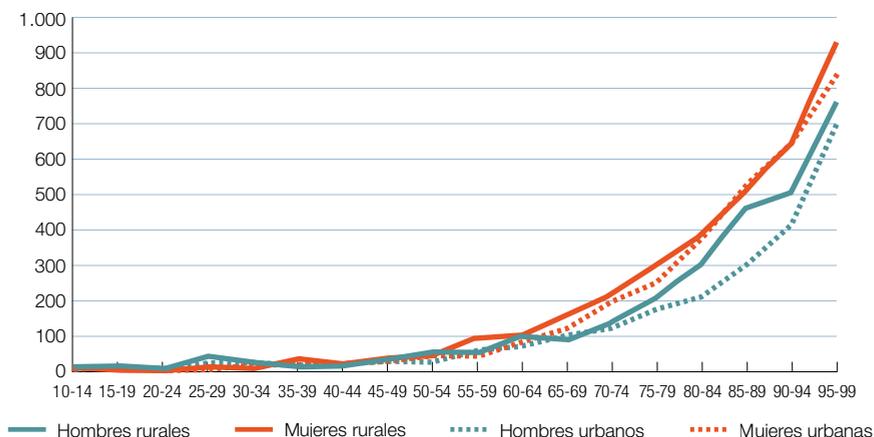
	2006	1999
Hombres rurales	8,3	9,2
Hombres urbanos	6,6	7,5
Mujeres rurales	12,1	12,9
Mujeres urbanas	12,0	12,6

Fuente: EDDDES 1999 y estudio CIS 2.647 (2006). Elaboración propia.

GRÁFICO 4.4

Estimación de la población dependiente para 2007

(Tasas x 1.000)



Fuente: estimación a partir del padrón municipal de 2007 y EDDDES 1999. Elaboración propia.

de dependencia. Los resultados de este indicador nos muestran de una forma aproximada cuál es la población realmente dependiente que reside en las áreas rurales (gráfico 4.4). La principal lectura es que las diferencias en dependencia entre hombres y mujeres son más acusadas que las respectivas a discapacidad en función del hábitat (compárense los gráficos 4.3 y 4.4). Los hombres generan menor dependencia, especialmente los urbanos, mientras que la situación de dependencia de las mujeres rurales y urbanas resulta casi idéntica pero es más elevada que la de los hombres.

Podemos evaluar orientativamente cuál es la situación en la actualidad. Para ello se ha realizado una proyección, según el método de las tasas tipo, a la estructura actual de la población rural. Nótese que al utilizarse tasas tipo la prevalencia de las discapacidades contempladas se considera invariable en el tiempo.⁽¹³⁾ En total la estimación señala que alrededor de 780.000 habitantes rurales mayores de diez años conforman una población dependiente, o bien tienen dificultades para salir del propio domicilio, o bien no pueden cuidar de sí mismos de forma autónoma, o ambas cosas a la vez (tabla 4.4).

TABLA 4.4

Estimación de la población dependiente en áreas rurales para 2007

	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
10-14	3.241	2.272	5.513
15-19	4.053	1.336	5.389
20-24	2.963	1.546	4.510
25-29	17.388	4.745	22.133
30-34	10.807	4.664	15.471
35-39	5.635	11.913	17.548
40-44	7.443	8.708	16.151
45-49	15.473	11.911	27.384
50-54	17.322	12.206	29.528
55-59	15.898	24.564	40.462
60-64	26.044	27.037	53.081
65-69	19.859	36.978	56.837
70-74	36.322	63.411	99.733
75-79	45.094	77.905	122.999
80-84	43.793	77.404	121.196
85+	44.644	100.612	145.255
	315.978	467.212	783.189

Nota: población que no puede cuidar de sí misma o no puede salir del propio domicilio.
Fuente: estimación a partir del padrón municipal de 2007 y EDDES 1999. Elaboración propia.

(13) En el análisis anterior sobre la evolución entre 1999 y 2006 no se han encontrado indicios claros sobre variaciones significativas en los grupos de edad más elevados.

4.3. La carga de la dependencia sobre la generación soporte

Los datos, aunque deben tomarse con cierta cautela, nos permiten observar la incidencia del envejecimiento en la formación de población dependiente y obtener una referencia de su magnitud para analizar el esfuerzo en atención a la dependencia que realiza la generación soporte. En concreto, en las áreas rurales nos encontramos con 783.000 dependientes con más de 10 años, para una generación soporte de 2.972.000 personas (personas entre 30 y 49 años no dependientes). La relación resultante es un índice de dependencia de 0,264, lo que en términos más sencillos quiere decir que corresponde aproximadamente una persona dependiente por cada 3,8 personas entre 30-49 años.

Es importante observar que la dependencia, aunque se concentra en las edades elevadas, también incide en grupos jóvenes (gráfico 4.5). El examen atento de la población dependiente revela la importancia que algunas discapacidades tienen en edades jóvenes, especialmente en hombres de 25 a 34 años⁽¹⁴⁾ (tabla 4.4). En la generación soporte, aunque la dependencia es menor, las tasas⁽¹⁵⁾ se sitúan alrededor del 4% (tabla 4.5). Por tanto, los indicadores relativos a la carga que supone la dependencia deben considerarse como mínimos. Los denominadores reales son menores y los numeradores reales mayores.

TABLA 4.5

Porcentaje de discapacidad en la generación soporte en áreas rurales

	EPR-2008	EDDES
Hombres	3,9%	4,0%
Mujeres	3,8%	4,2%
Total	3,9%	4,1%

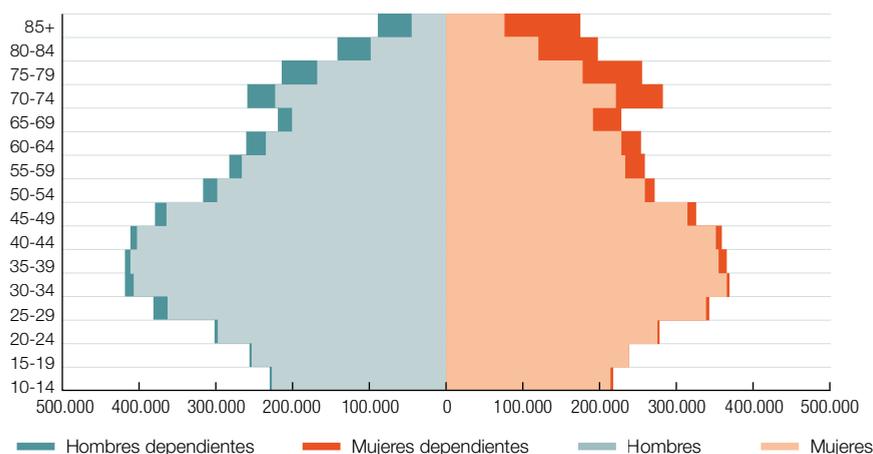
Fuente: los datos EDDES proceden de aplicar las tasas de 1999 a la estructura poblacional de 2007. Elaboración propia.

(14) Hecho que está muy asociado a los accidentes de tráfico. Los estudios sobre mortalidad comparada en áreas rurales y urbanas han mostrado el mayor impacto de este tipo de siniestros en las poblaciones de jóvenes rurales (Camarero, Gómez y Jiménez, 1999).

(15) La tabla 4.5 compara las tasas obtenidas en la encuesta EPR-2008 con las obtenidas en la EDDES. Ambas fuentes son muy convergentes en resultados.

GRÁFICO 4.5

Incidencia de la población dependiente en la estructura demográfica rural



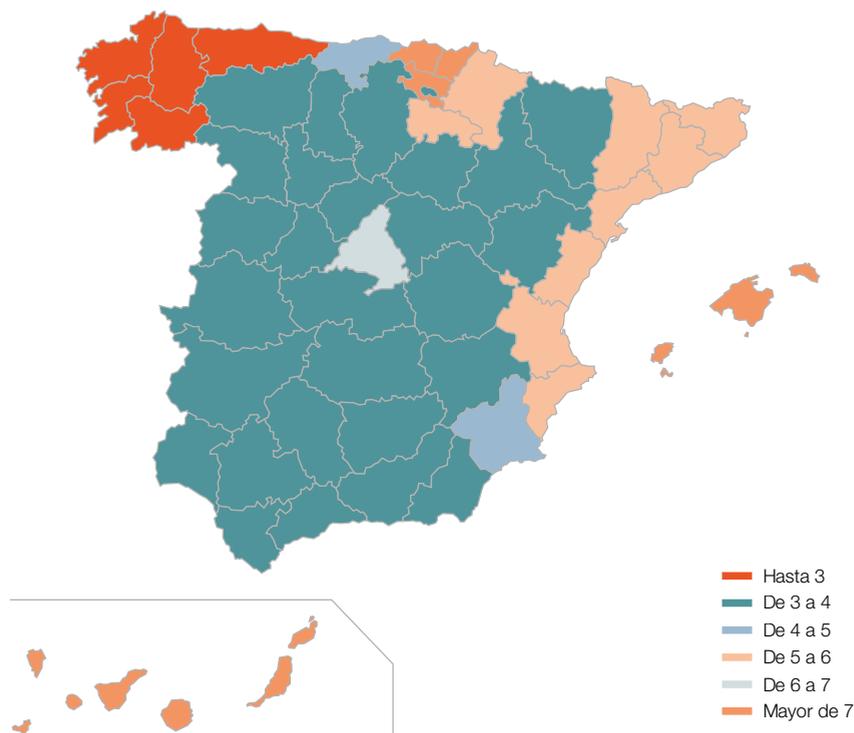
Fuente: estimación a partir del padrón municipal de 2007 y EDDES 1999. Elaboración propia.

La relación entre dependencia y generación soporte no es homogénea en el territorio. El centro e interior de la Península mantienen unas cifras situadas en torno a tres personas de la generación soporte por cada dependiente; en cambio, en el noroeste, la situación es de mayor presión, que en Galicia supone una relación de dos personas por cada dependiente. Por lo general, los litorales más septentrionales del Mediterráneo mantienen una relación de menor presión de la dependencia. En las áreas rurales con mayor grado de conexión urbana como Madrid y el País Vasco,⁽¹⁶⁾ la situación se alivia de forma significativa. La cartografía de la carga que la dependencia supone para la generación soporte es producto de distintos procesos anteriormente señalados que tienen que ver con las respuestas dadas por las poblaciones de cada territorio a los fuertes desequilibrios producidos por el éxodo rural. Fuerte envejeci-

(16) En el caso del País Vasco, si se examina el mapa 4.2, los datos son claramente diferentes, hay más de siete soportes por cada dependiente en las áreas rurales. Buena parte de la explicación de este hecho viene determinada por los bajos índices de envejecimiento rural y por la fortaleza de la población soporte (la explicación es también válida para la situación de Madrid). En el caso vasco se suele emplear el término de ciudad-región para mostrar la elevada interconexión que existe entre los distintos núcleos, tanto urbanos como rurales, que configuran un tipo de asentamiento residencial de baja densidad, extenso y continuo por el territorio, y en función de ello las estructuras demográficas rurales no se diferencian sustantivamente de las urbanas.

MAPA 4.2

Relación de personas de la generación soporte por cada dependiente en áreas rurales en áreas rurales



Fuente: estimación a partir del padrón municipal de 2007 y EDDDES 1999. Elaboración propia.

miento en el noroeste; declive de las generaciones intermedias y crecimiento significativo de la generación soporte, en los litorales; y nuevos procesos de organización territorial, como en Madrid y el País Vasco, que producen otros patrones de distribución poblacional por edad.

Asimismo, hay otros factores que también inciden en las diferencias regionales, como variaciones culturales en las formas de atención de la dependencia, familiar o institucional, y diferencias autonómicas en las políticas sanitarias de detección, prevención y asistencia.

El mapa 4.2 nos habla de la presión que la dependencia ejerce sobre las generaciones activas pero también nos indica la capacidad real que tienen las ge-

neraciones centrales para abordar distintos procesos de desarrollo en las áreas rurales. Por ejemplo, Galicia, con un dependiente por aproximadamente dos personas de la generación soporte, queda en una situación de extrema limitación en la que la actividad de su población activa está estrechamente ligada a la atención a la dependencia. Sus posibilidades e iniciativas están fuertemente condicionadas por este hecho.

Si a este panorama añadimos el paisaje generalizado de masculinización –existen menos mujeres en las generaciones intermedias–, y si tenemos en cuenta que, como se ha visto, la asignación del rol de cuidador en los atributos del género hace que la atención a los dependientes recaiga de forma mayoritaria y con mayor intensidad sobre las mujeres, el corolario es evidente. En términos generales, como es fácil suponer, en las áreas con fuerte presión de la dependencia las capacidades reales de desarrollo rural se reducen. Pero no sólo eso. Cada acción cotidiana que acumulativamente dibuja las trayectorias vitales de la generación soporte, especialmente de las mujeres que la componen, se encuentra más condicionada. Así, ellas y ellos, en cierta medida, acaban participando también, si se permite, de la condición dependiente.

V. Las redes familiares de ayuda y de atención a la dependencia

El estudio de la dependencia se ha centrado generalmente en los propios dependientes, en su situación y especialmente en las causas de su dependencia, pero muy poco en quienes les atienden. Precisamente, la encuesta que presentamos (EPR-2008) busca reflejar el impacto de la dependencia en los cuidadores, en concreto en la generación soporte, situándolo en el contexto real en el que se articulan las estrategias de cuidado; es decir, en la reciprocidad de las redes de cuidados y ayuda familiar, tanto a las personas mayores como a los menores.

En consecuencia, este capítulo se centra en lo más desconocido aunque cotidiano de la actividad que lleva a cabo la generación soporte: el cuidado de los otros. En este recorrido, se hace especial hincapié en cómo el cuidado de los demás condiciona sus oportunidades de inserción laboral y cómo incide en sus relaciones de vecindad, de familia y de pareja.

5.1. La presencia de personas dependientes

Los datos muestran que aproximadamente uno de cada diez habitantes rurales de la generación soporte convive en el hogar con alguna persona que necesita cuidados de forma habitual. Si añadimos a esta cifra la convivencia con menores de seis años, resulta que alrededor de un tercio tiene cargas familiares generadas por personas dependientes en su propio hogar⁽¹⁾ (tabla 5.1).

(1) En la tabla 5.1, el total, aunque incluye a los dependientes menores, no corresponde a la suma de ambos, puesto que hay entrevistados que presentan ambas situaciones. En las dos tablas siguientes (tablas 5.2 y 5.3) sucede lo mismo.

TABLA 5.1

Indicadores de cargas familiares en la generación soporte

	CONVIVEN CON UN DEPENDIENTE	CONVIVEN CON MENORES DE 6 AÑOS	TOTAL CON CARGAS FAMILIARES
Hombres	10,8%	20,4%	29,5%
Mujeres	9,9%	24,8%	32,5%
Total	10,3%	22,4%	30,9%

Fuente: EPR-2008.

TABLA 5.2

Indicadores de cargas familiares y atención a mayores en la generación soporte

	CONVIVEN CON UN DEPENDIENTE	CON MENORES DE 6 AÑOS	CUIDARON DE ALGÚN MAYOR LA SEMANA PASADA	TOTAL CON ATENCIÓN A FAMILIARES
Hombres	10,8%	20,4%	22,1%	43,9%
Mujeres	9,9%	24,8%	30,8%	53,3%
Total	10,3%	22,4%	26,2%	48,3%

Fuente: EPR-2008.

Esta proporción de cargas se amplía significativamente si añadimos el peso de los mayores (tabla 5.2). Aunque no sean dependientes, las personas mayores demandan atenciones y ayudas que aumentan la carga sobre la generación soporte. Y el sobreenvjecimiento rural aumenta la población que tiene necesidad de cuidados. Una cuarta parte de los entrevistados señala que en la última semana tuvo que desempeñar alguna tarea de cuidado de sus ascendientes. Si sumamos la atención a los dependientes, el cuidado de los menores y la ayuda a ascendientes en general, la cifra de los miembros que tienen cargas familiares corresponde a la mitad de la generación soporte.

No obstante, la atención a la dependencia traspasa los límites del hogar y la cadena de cuidados se amplía considerablemente en el entorno local. Cerca de la mitad de los entrevistados han señalado que ayudan en el cuidado de familiares de primer grado (ascendientes o colaterales) que no residen en su domicilio (tabla 5.3). Estas cifras de ayuda familiar tan abultadas tienen que ser interpretadas en el contexto de las propias relaciones familiares. Es importante tener presente que la atención a otras personas se inscribe en redes de

TABLA 5.3

Atención familiar en relación con el hogar en la generación soporte

	CONVIVEN CON UN DEPENDIENTE	AYUDAN AL CUIDADO DE FAMILIARES QUE NO RESIDEN EN EL HOGAR	TOTAL DE AYUDA A FAMILIARES (CONVIVEN O AYUDAN)
Hombres	10,8%	47,0%	51,0%
Mujeres	9,9%	50,8%	55,1%
Total	10,3%	48,8%	52,9%

Fuente: EPR-2008.

reciprocidad y que las ayudas que se prestan varían mucho en función de los distintos grupos sociales. No hay una correspondencia exacta entre la oferta o la demanda de ayuda y la situación de persona dependiente. De hecho, podríamos decir que todos somos en alguna medida dependientes y a la vez cuidadores, ya que, por lo general, todos recibimos cotidianamente algún tipo de ayuda y también prestamos ayuda a otros. En la práctica, se ayuda tanto a familiares dependientes como a otros que no lo son, dentro de una lógica de intercambio que busca mejorar la calidad de vida del conjunto familiar. La reflexión que sigue parte de la óptica de quienes prestan cuidados y ayudas sin diferenciar la situación de estricta dependencia de los receptores de las ayudas, ya que esta distinción resulta muy difusa para quienes ayudan.

Este estudio no trata de calcular el esfuerzo que se dedica al cuidado de los demás, sino únicamente de expresar en qué medida y de qué forma las distintas actividades asistenciales condicionan la vida cotidiana. Con este propósito se utilizan dos indicadores distintos para observar las diferencias que se establecen entre los diferentes grupos sociales. Por un lado, se analiza la presencia de personas dependientes en el hogar bajo el supuesto de que la convivencia implica tareas de atención personal por parte del entrevistado. Para conocer de un modo más preciso a la población dependiente, en este indicador se excluye directamente la atención a la infancia (menores de seis años), que tiene un apartado propio al final de este capítulo. Es decir, nos referimos ahora a aquella población que en circunstancias normales no podría desenvolverse con autonomía en el sentido más amplio del término. Por otra parte, se emplea un indicador compuesto por la suma de la presencia de dependientes que residen en el hogar y la ayuda que se presta a familiares directos en grado ascendente o colateral que no residen en el hogar. Este indicador expresa ampliamente la

percepción de los entrevistados acerca de las tareas que realizan de atención a sus familiares. Percepción que, aunque subjetiva, tiene consecuencias directas sobre la población soporte en la medida en que, como se verá, termina condicionando su vida cotidiana.

En una primera lectura, la atención a los familiares no diferencia entre hombres y mujeres (tabla 5.3). En ambos casos, alrededor de la mitad declaran que ayudan a ascendientes o a hermanos. Las escasas diferencias que se observan por sexo pudieran sorprender algo en la medida en que se supone que la implicación en las tareas de cuidado recae de forma más intensa en las mujeres que en los hombres. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que lo que refleja la tabla es la percepción que tienen de su implicación unos y otras. Ambos lo expresan con una intensidad muy similar. Otra cuestión distinta es el grado de implicación de cada uno y cómo afecta a la vida cotidiana.

En este sentido, la primera pregunta pertinente es si existen diferencias en el desarrollo laboral y profesional de hombres y de mujeres en función de la presencia de dependientes cercanos. Los datos ofrecen entonces una lectura distinta de la situación. Las mujeres que conviven con dependientes reducen significativamente su actividad profesional, pero los hombres no se ven afectados en absoluto por este hecho (tabla 5.4).

Si ahora nos detenemos en la relación entre las distintas formas de inserción en la actividad y las prácticas de cuidado familiar, observamos que en el caso de los hombres dicha relación no parece existir. Los valores (tabla 5.5) que toma la proporción de ayuda en función de la relación con la actividad son muy similares respecto del valor medio (51%) en su caso. En el caso de las mujeres hay, sin embargo, varias categorías cuyos valores divergen significa-

TABLA 5.4

Actividad de la generación soporte y presencia de dependientes en el hogar

	HOMBRE		MUJER	
	SIN DEPENDIENTES	CON DEPENDIENTES	SIN DEPENDIENTES	CON DEPENDIENTES
Inactivo/a	2,5%	2,3%	19,1%	30,8%
Activo/a	97,6%	97,7%	80,8%	69,2%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: EPR-2008.

TABLA 5.5

Porcentajes de la generación soporte que conviven o ayudan a familiares por tipo de relación con la actividad

	HOMBRES	MUJERES
Inactivo/a	45,7%	58,3%
Asalariado/a fijo/a	51,4%	52,5%
Asalariado/a eventual	51,9%	53,5%
Por su cuenta	48,6%	56,4%
Negocio familiar	51,4%	64,8%
Agricultor/a	50,4%	55,2%
Parado/a	53,8%	53,6%
Total	51,0%	55,1%

Fuente: EPR-2008.

tivamente de la media. Las tasas son menores entre las asalariadas y mayores en las inactivas, pero aún más elevadas para los grupos de trabajadoras dentro de negocios familiares y especialmente en los agrícolas, ya que éstos tienen a menudo también un carácter familiar. Es decir, en las actividades más vinculadas al entorno rural, la atención y presumiblemente la carga de familiares es mayor. Ello nos lleva a concluir que la presencia de dependientes en el ámbito familiar se asocia en el caso de las mujeres con determinadas situaciones laborales, mientras que en el caso de los hombres no es así. La existencia de dependientes predispone a las mujeres a integrarse en actividades situadas en el entorno local.

Lo anterior quiere decir que si bien la presencia de dependientes es común a ambos, la atención a los mismos se reparte de forma desigual y, sobre todo, tiene consecuencias distintas en las trayectorias profesionales de unos y de otras.

Como se indicaba al principio del apartado, la interpretación que dan los propios sujetos a las acciones de atención familiar resulta muy variable y las diferencias entre lo que unos y otras entienden también lo es. Por ello, si analizamos el tipo de ayudas que prestan, observamos que la implicación en actividades cotidianas es de naturaleza muy distinta, dando lugar en la práctica a situaciones de desigualdad en el reparto de las cargas entre los miembros de la generación soporte (tabla 5.6).

TABLA 5.6

Tipos de ayudas que prestan los miembros de la generación soporte que atienden a familiares

	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
Cuidado de niños	14,7%	25,0%	19,8%
Cuidado de personas mayores	6,9%	15,0%	10,9%
Ayuda en caso de enfermedad	8,0%	9,8%	8,9%
Ayuda en el trabajo	7,7%	4,0%	5,9%
Ayuda en tareas domésticas	35,6%	34,1%	34,9%
Ayuda económica	3,3%	2,0%	2,7%
Transporte	26,6%	23,8%	25,2%
Apoyo moral / compañía	15,5%	11,9%	13,7%
En todo / en lo que necesiten	2,6%	2,4%	2,5%
Otras actividades	2,6%	2,3%	2,4%

Nota: una persona puede prestar más de un tipo de ayuda, por eso los porcentajes no suman 100.
Fuente: EPR-2008.

Las tareas domésticas, que son prestadas por una tercera parte de la población, y las ayudas a la movilidad (transporte) por la cuarta parte, son las actividades que concentran la atención de los familiares. Por género se observan diferencias significativas; si bien parece que tanto hombres como mujeres prestan ayudas en tareas domésticas, hay que tener en cuenta que el contenido de dichas ayudas pertenece a ámbitos muy distintos. Mientras que en el caso de las mujeres las respuestas han destacado las actividades generales de cuidado del hogar (limpieza, cocina, plancha...), en el caso de los hombres las respuestas se han centrado en mayor medida en torno a actividades muy concretas (arreglos, reformas, alguna compra). Son las mujeres las que destacan actividades con mayor implicación en la atención cotidiana relacionada directamente con el cuidado de las personas mayores (por ejemplo, aseo y atención constante), mientras que los hombres se encargan de las ayudas relativas a facilitar la movilidad. Resulta evidente que si bien la atención a los dependientes implica tanto a hombres como a mujeres, existe una clara diferencia por género en relación con las tareas asumidas. Y es aquí donde se producen las principales diferencias en las oportunidades de unos y de otras.

Las diferencias no proceden de situaciones de asimetría en la atención ni de que la atención a los dependientes sea femenina y no masculina. La impor-

tancia de las ayudas es elevada tanto para hombres como para mujeres, la distinción se produce en el tipo de ayudas que se prestan. De carácter más permanente y continuado en el caso de las mujeres, y de carácter más irregular en el caso de los hombres. Esto les permite una gestión más flexible en la distribución temporal de las ayudas y, por tanto, de su tiempo y desarrollo profesional; en tanto que ellas asumen actividades de cuidado que implican una mayor rigidez en la distribución de dichos tiempos.

Si descendemos en el análisis para observar si existen diferencias entre hombres y mujeres en las formas de convivencia doméstica en función de la presencia de dependientes en el hogar, observamos que efectivamente la dependencia condiciona también las estrategias familiares.

Para los hombres en situaciones donde no hay dependientes, el modelo familiar de pareja con hijos mayores de 5 años alcanza una proporción elevada, casi podría considerarse la forma familiar dominante (tabla 5.7). Sin embargo, cuando existen dependientes, casi el 40% de los hombres son solteros que viven con sus padres. Las mujeres en esta situación se agrupan en mayor proporción en familias extensas; es decir, a la pareja e hijos se incorporan los dependientes. Encontramos nuevamente diferencias de género. Las mujeres

TABLA 5.7

Composición de los hogares de los hombres y mujeres de la generación soporte, según la presencia de dependientes

	HOMBRES		MUJERES	
	SIN DEPENDIENTES	CON DEPENDIENTES	SIN DEPENDIENTES	CON DEPENDIENTES
Vive solo	7,1%	0,0%	2,6%	0,0%
Vive en pareja sin hijos	10,4%	2,9%	8,8%	7,4%
Vive en pareja con hijos mayores de 5 años	33,4%	20,4%	45,5%	28,9%
Vive en pareja con algún hijo menor de 6 años	19,3%	14,2%	22,6%	13,4%
Familia monoparental	2,6%	1,9%	4,7%	1,7%
Soltero con mayores	19,7%	38,9%	6,8%	13,1%
Extensa	5,2%	20,3%	7,5%	34,1%
Otro tipo familiar	2,4%	1,5%	1,5%	1,4%
Total	100,1%	100,1%	100,0%	100,0%

Fuente: EPR-2008.

integran a los dependientes en el contexto familiar. Ello tiene relación con lo observado anteriormente: son en mayor proporción inactivas y también se integran más en actividades de orden familiar. En el caso de los hombres la situación resulta algo distinta. La familia extensa también adquiere relevancia pero, para ellos, la forma familiar característica es la de convivencia con los padres sin formar una familia propia.

Este hecho nos permite introducir nuevos elementos en el debate sobre la masculinización rural. Los «solterones» rurales aparecen ahora como un soporte crucial en el mantenimiento de la población rural. En cierta medida las trayectorias ocupacionales de los hombres no resultan afectadas por el cuidado a los dependientes, como veíamos anteriormente, pero sí lo son sus relaciones familiares, disminuyendo sus oportunidades de formar un núcleo familiar propio.

5.2. Las redes de ayuda

La distinción analítica entre dependientes y cuidadores resulta correcta formalmente. Existen personas que demandan cuidados y otras, casi siempre sus familiares, que ofrecen las ayudas necesarias. Sin embargo, en la práctica, en muchos casos la población dependiente lo es únicamente en algunas circunstancias y ámbitos muy concretos de su vida cotidiana. La atención familiar establece múltiples relaciones que incluyen la atención a los dependientes, pero al mismo tiempo dichas relaciones traspasan las meras atenciones y conforman redes de solidaridad familiar. No sólo se presta ayuda a familiares sino también se recibe ayuda de ellos. Quienes la ofrecen también insertan sus acciones de ayuda dentro de un complejo entramado de situaciones de reciprocidad. Precisamente es mediante ese juego de reciprocidad de ayudas como se establecen las estrategias de atención a la población dependiente. Los resultados de la encuesta son muy claros en este sentido, evidenciando una enorme densidad de intercambios de actividades domésticas y de acciones de atención y de cuidado entre los distintos miembros familiares, siendo éstas, las situaciones de intercambio, más numerosas que las situaciones asimétricas: aquellas en las que sólo se da o sólo se recibe. La red de ayudas queda descrita en la tabla 5.8.

TABLA 5.8

Balance de la red de ayuda familiar en la generación soporte

		NI RECIBE NI PRESTA	SÓLO AYUDA	SÓLO RECIBE	AYUDA Y RECIBE	TOTAL (N)	BALANCE AYUDA - RECIBE
Total		30,7%	23,5%	9,3%	36,5%	(1.795)	14,2%
Sexo	Hombre	33,4%	25,5%	8,0%	33,1%	(795)	17,5%
	Mujer	27,7%	21,2%	10,7%	40,4%	(1.000)	10,5%
Nuevo residente: tiempo que lleva viviendo en la localidad	Menos de 5 años	48,6%	14,2%	11,0%	26,2%	(138)	3,2%
	De 5 a 10	32,7%	25,0%	8,4%	34,0%	(164)	16,6%
	Más de 10	29,2%	25,7%	7,5%	37,6%	(421)	18,2%
	Toda la vida	28,0%	23,9%	9,9%	38,2%	(1.062)	14,0%
Composición familiar	Vive solo	50,2%	30,1%	6,0%	13,6%	(70)	24,1%
	Vive en pareja sin hijos	53,2%	27,5%	3,1%	16,2%	(145)	24,4%
	Vive en pareja con hijos mayores de 5 años	25,7%	27,5%	9,2%	37,6%	(792)	18,3%
	Vive en pareja con algún hijo menor de 6 años	17,1%	12,3%	16,1%	54,5%	(320)	-3,8%
	Familia monoparental	30,8%	29,6%	6,8%	32,7%	(68)	22,8%
	Soltero con mayores	40,3%	22,9%	6,6%	30,2%	(215)	16,3%
	Extensa	29,0%	23,3%	9,7%	38,1%	(154)	13,6%

Nota: los valores de *n* se presentan sin ponderar.

Fuente: EPR-2008.

Como puede apreciarse, la participación en la red de intercambio, bien recibiendo o bien ofreciendo ayuda, es elevada. Un poco más de la tercera parte de la generación soporte presta y recibe ayudas de forma simultánea en sus relaciones de parentesco directo con ascendientes y colaterales. Un 30% queda fuera de las relaciones de intercambio de ayuda familiar. Evidentemente, el balance global de la generación soporte es positivo, pues ofrecen más ayuda que la que reciben. Quienes menos participan de la red de ayudas son principalmente los nuevos residentes (los llegados en los últimos cinco años) y quienes viven solos o en pareja sin hijos. Éstos tienen mayor probabilidad de quedarse fuera de la red, ni prestan ni reciben. Las mujeres participan más y

lo hacen dentro de un contexto de gran reciprocidad, el 40% ayudan y reciben a la vez.

Son especialmente los hogares con hijos los que con mayor intensidad entran en la red de ayudas, si bien la presencia de niños pequeños sitúa de forma diferente a las familias: reciben más aquellas con menores a su cargo y ofrecen más quienes han superado la etapa de crianza. No obstante, el saldo final de las familias con hijos pequeños está muy próximo a «cero», porque aunque demandan ayuda, lo hacen desde posiciones de alta reciprocidad –la mitad de ellas da y recibe ayuda a la vez–. Los núcleos familiares más reducidos –quienes viven solos o sólo con su pareja o son padres o madres que no conviven con su pareja– presentan los balances globales más generosos.

El balance en cuanto a las actividades de ayuda vuelve a incidir en el esfuerzo que realiza la generación soporte (tabla 5.9). Sus miembros prestan más ayuda que la que reciben. La excepción es el cuidado de niños; en esta tarea la generación soporte se encuentra en la situación opuesta: recibe más ayuda que la que presta. En términos generales, la atención a dependientes y familiares recibe su contraprestación también en cuidados familiares. El transporte, el cuidado de personas mayores y las tareas domésticas constituyen las actividades donde el intercambio es más desigual entre hombres y mujeres y así se refleja

TABLA 5.9

Balance de la colaboración por tipo de ayuda en la generación soporte

	HOMBRE			MUJER		
	RECIBEN	AYUDAN	SALDO	RECIBEN	AYUDAN	SALDO
Cuidado de niños	58,2%	15,6%	-42,6%	64,6%	25,8%	-38,8%
Cuidado de personas mayores	3,8%	5,8%	2,0%	5,1%	13,5%	8,4%
Ayuda en caso de enfermedad	5,8%	7,9%	2,1%	5,7%	9,2%	3,5%
Ayuda en el trabajo	4,5%	6,9%	2,4%	3,5%	3,6%	0,1%
Ayuda en tareas domésticas	22,0%	33,7%	11,7%	15,9%	32,9%	17,0%
Ayuda económica	4,6%	3,3%	-1,3%	2,3%	2,2%	-0,1%
Transporte	6,4%	25,8%	19,4%	10,2%	23,5%	13,3%
Apoyo moral / compañía	5,9%	17,7%	11,8%	4,6%	13,6%	9,0%
En todo / en lo que necesiten	0,7%	2,3%	1,6%	1,4%	2,8%	1,4%
Otras actividades	2,9%	3,1%	0,2%	2,4%	2,0%	-0,4%

Fuente: EPR-2008.

en los saldos (que nos muestran la diferencia entre los que ayudan y los que reciben ayuda). Los hombres sólo superan a éstas claramente en el transporte. Ello indica que la movilidad es una tarea asumida por los hombres, lo que les permite también un mayor control sobre el entorno familiar.

5.3. Cuidado y atención a los menores

La generación soporte cuida no sólo de los mayores sino también de la infancia. Como acabamos de ver, la importancia de las redes de cuidados en este ámbito es fundamental. Otro pilar fundamental sobre el que reside la atención a los menores es la existencia de guarderías y centros educativos, instituciones centrales en la dinámica de conciliación de la vida laboral con la familiar. En el medio rural, la baja densidad poblacional aminora la oferta de servicios, y la dispersión territorial de la población dificulta el acceso a los mismos. Aun así los datos muestran que la situación no es tan negativa como pudiera pensarse. Las tres cuartas partes de los entrevistados señalan que hay una guardería en el municipio (tabla 5.10). No obstante, esta cifra es más reducida en los lugares de menor tamaño, y la tercera parte de quienes residen en municipios menores de 5.000 habitantes responden que no hay guarderías en su entorno. Si distinguimos al grupo de potenciales usuarios, los que tienen niños pequeños, las cifras incluso mejoran relativamente, especialmente en los hábitats de menor tamaño.

Sin embargo se aprecian importantes diferencias territoriales en la dotación de equipamientos educativos y guarderías para niños en edad de crianza. A

TABLA 5.10

Disposición de guarderías en la localidad según la generación soporte

CONSIDERAN QUE EXISTEN GUARDERÍAS EN EL MUNICIPIO	MENOS DE 5.000 HAB.	DE 5.000 A 10.000 HAB.	TOTAL
Total entrevistados	65,2%	87,8%	74,3%
Con hijos menores de 6 años	74,7%	81,8%	77,8%

Fuente: EPR-2008.

pesar de la prevención con la que hay que considerar estos datos,⁽²⁾ pueden precisarse con gran nitidez tres situaciones muy diferenciadas. En el noroeste peninsular (Galicia, Asturias, Cantabria, Castilla y León) así como en Canarias, es donde se da la peor situación. Las cifras de disposición de guarderías no superan el 60%. En el extremo opuesto se encuentran las comunidades del litoral mediterráneo y Madrid, donde este indicador supera el 80%.

El mapa vuelve a reflejar la oposición entre la «ruralidad líquida» de las áreas mediterráneas y la ruralidad desconexionada anclada en el noroeste de la Península. Este hecho revela hasta qué punto los procesos de reproducción social están implicados en el desarrollo rural. Es decir, la centralidad que tienen los aspectos más cotidianos y domésticos en cuanto instrumentos con capacidad de desarrollo y de dinamismo socioeconómico. Resulta claro que la escasez de dotaciones de servicios es la causa de que el cuidado de los niños se inserte con mayor intensidad en formas únicamente familiares y ello modifica las posibilidades de conciliación de la vida laboral con la familiar. Cuando las formas de conciliación y reparto de las tareas domésticas son menos flexibles, se condicionan también las distintas oportunidades de desarrollo.

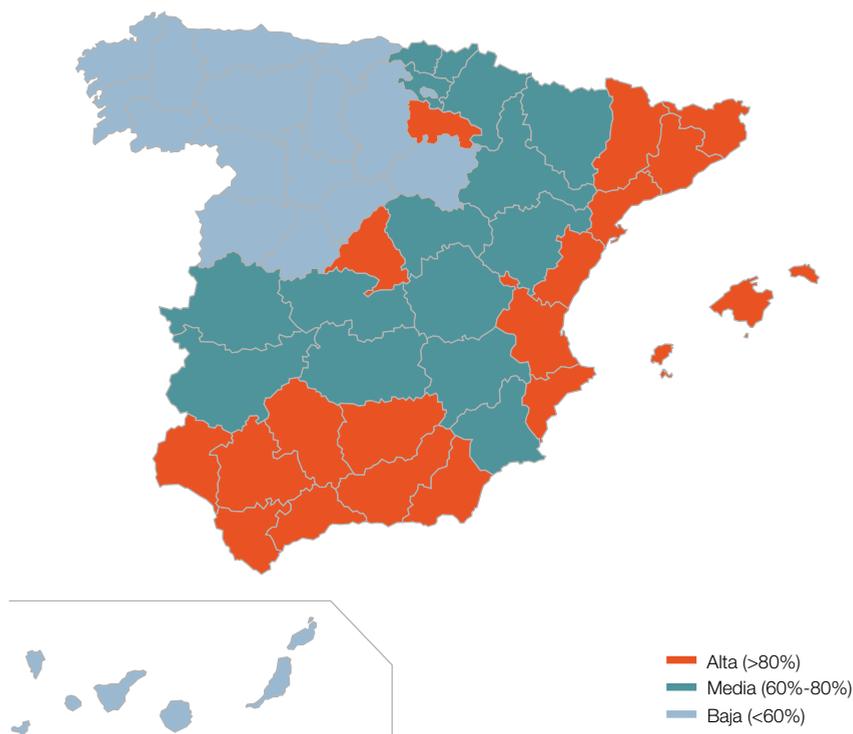
Evidentemente, la existencia de servicios de guardería es una condición necesaria pero no suficiente. Que existan no quiere decir que se usen o que se tenga un acceso sencillo a las mismas. Cuando se pregunta a los entrevistados con hijos pequeños por las prácticas de cuidado de los niños se observa que sólo la cuarta parte recurren a las guarderías (tabla 5.11). Aproximadamente el 22% recurren a la guardería como único recurso y un 4% combina la guardería con los otros sistemas de cuidado. De hecho, lo que sorprende es que el uso no esté relacionado con la oferta. Así, aunque la cifra de asistencia a guarderías es mayor en los municipios más grandes, las diferencias son discretas, máxime si se tiene en cuenta que en estos últimos la oferta es bastante mayor.

La clave reside en la importancia que tienen las personas contratadas para cuidar niños. Alrededor de la cuarta parte de las familias recurren a una persona contratada para hacerse cargo de los niños, cifra que resulta aún más importante en los municipios de mayor tamaño. En los de menor tamaño, probable-

(2) Los datos del mapa 5.1 son aproximados. Para algunas comunidades autónomas, la muestra tiene tamaños reducidos y el error estadístico se aproxima e incluso supera el 10% (comunidades uniprovinciales de Asturias, Murcia y La Rioja). Además, se trata únicamente de la percepción que tienen los habitantes.

MAPA 5.1

Disposición de guarderías en áreas rurales según la opinión de la generación soporte



Fuente: EPR-2008.

TABLA 5.11

Formas de cuidado de los menores de 6 años de la generación soporte

	MENORES DE 5.000 HAB.	DE 5.000 A 10.000 HAB.	TOTAL
Únicamente la familia	48,6%	41,6%	45,6%
Guardería	21,2%	24,2%	22,5%
Un familiar ajeno al hogar	7,2%	4,8%	6,2%
Una persona contratada	18,9%	25,3%	21,6%
Mixta	4,1%	4,2%	4,1%
Total	100%	100%	100%

Fuente: EPR-2008.

TABLA 5.12

Formas de cuidado de los menores de 6 años de la generación soporte en función de la existencia de guarderías cercanas

	EXISTEN GUARDERÍAS	NO EXISTEN GUARDERÍAS
Únicamente la familia	41,2%	60,7%
Guardería	26,4%	8,9%
Un familiar ajeno al hogar	6,8%	4,4%
Una persona contratada	21,3%	23,4%
Mixta	4,3%	2,6%
Total	100,0%	100,0%

Fuente: EPR-2008.

mente, las dificultades para recurrir a personas contratadas aumentan el peso de las redes de cuidados familiares. Si observamos con mayor detalle cuál es la relación entre oferta y demanda de guarderías, lo que concluimos es que la ausencia de guarderías no repercute en el aumento de personas contratadas sino únicamente en una mayor asunción del cuidado en el seno familiar (tabla 5.12).

En cualquier caso, la mayor parte de las familias con menores no cuenta con ningún recurso fuera del hogar que les ayude en la atención a la infancia. No tiene sentido mostrar, ya que es bien sabido, que la atención a los menores suele corresponder con mayor intensidad a las mujeres y que sobre ellas termina descansando dicha responsabilidad. Mayor interés tiene si cabe observar hasta qué punto las guarderías juegan un papel importante en las prácticas de cuidado de los menores, en función de la actividad de los miembros de la pareja. Esto se hace en la tabla 5.13.⁽³⁾

La relación es sencilla: cuando ambos son activos se recurre en mayor medida a instituciones o personas para el cuidado de los menores y entonces se reduce el cuidado únicamente familiar. Pero lo más llamativo de esta relación es que el uso de las guarderías es relativamente independiente⁽⁴⁾ de la situación

(3) Se han omitido los casos en que ambos miembros de la pareja son inactivos y aquellos en que ella es activa y él es inactivo. Su escaso número no permite realizar análisis mínimamente significativos.

(4) Todas las diferencias de proporciones en la tabla son significativas para niveles de confianza del 99,7%, con excepción de la categoría guarderías que no alcanza siquiera el 95%.

TABLA 5.13

Relación de actividad en las parejas y formas de cuidado de los menores en la generación soporte

	AMBOS ACTIVOS	ÉL ACTIVO / ELLA INACTIVA
Únicamente la familia	34,5%	70,4%
Guardería	24,0%	19,4%
Otro familiar	8,5%	0,9%
Persona contratada	27,1%	9,3%
Mixta	5,8%	0,0%
Total	100%	100%
(n)	(258)	(108)

Fuente: EPR-2008.

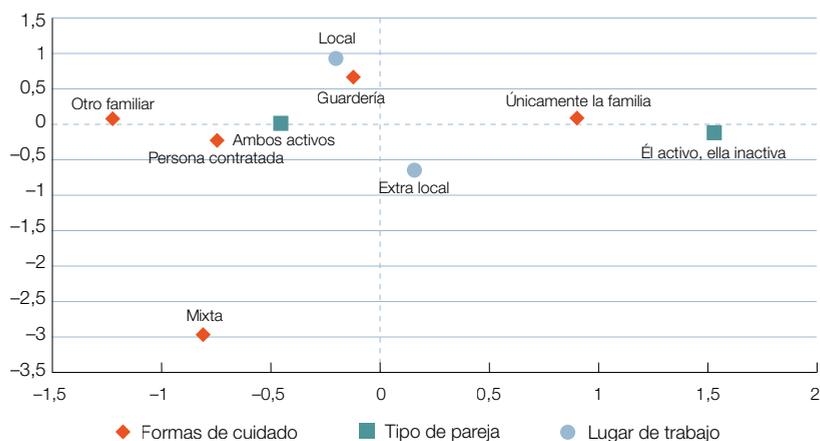
laboral de las parejas. Cuando la mujer trabaja, las diferencias aparecen en el recurso a personas contratadas. Esta constatación señala que la actividad de la mujer depende muchísimo de la posibilidad de contratación de personas para el cuidado de los niños.

Las guarderías, a pesar de que son un instrumento importante para el cuidado de los niños, curiosamente no guardan relación con las situaciones de actividad de las mujeres respecto a sus parejas. Si nos preguntamos por la causa de tal fenómeno, podemos apuntar una única explicación: la compleja relación que tienen los habitantes rurales con el lugar de residencia y el de trabajo, especialmente la de las mujeres, por las elevadas tasas de *commuting*. La movilidad exige alargar la jornada laboral al incluir en la misma el desplazamiento y también exige una mayor flexibilidad de tiempos. Sin duda en estas circunstancias las instituciones escolares no pueden ajustarse adecuadamente a dicha demanda y las parejas deben recurrir a soluciones personalizadas, lo que implica la contratación de personas, además del recurso a las redes familiares.

Cuando se introduce el lugar de trabajo en la relación que existe entre actividad de las parejas y las estrategias de cuidado de los niños, los resultados avalan la anterior suposición (gráfico 5.1). El análisis de correspondencias múltiples muestra cómo las parejas en las que ambos miembros son activos están asociadas al recurso de personas contratadas, a familiares extradomésticos o a estrategias mixtas de cuidado de los niños. El hecho de que la mujer sea inactiva se asocia con el cuidado familiar únicamente doméstico. Dentro

GRÁFICO 5.1

Relación de actividad en las parejas, *commuting* y formas de cuidado de los menores



Nota: $\lambda_1=43,4\%$, $\lambda_2=38,5\%$, total: 81,9%
Fuente: EPR-2008.

de esta primera dimensión que muestra el análisis, las guarderías se sitúan en el centro y no se asocian claramente con ninguna estrategia de actividad de las parejas. La segunda dimensión señala que, cuando el lugar de trabajo está en la localidad, las guarderías tienen importancia, en cambio, si éste está fuera del municipio, adquieren relevancia las personas contratadas y especialmente las formas mixtas de cuidado. Todo ello sugiere que las guarderías son un recurso importante pero sólo útil en la medida en que no exista movilidad laboral.

Cuando se observa atentamente al grupo de mujeres activas, la movilidad laboral incide fundamentalmente en el recurso a estrategias combinadas de cuidado de los niños y en la reducción del cuidado únicamente familiar (tabla 5.14). En el caso de los hombres, la movilidad aumenta el recurso a personas contratadas y se asocia con una mayor proporción de las formas exclusivas de cuidado familiar de los niños. Probablemente porque las situaciones de movilidad de los hombres estén relacionadas con un aumento de la inactividad de sus parejas (tabla 5.15).

TABLA 5.14

Incidencia de la movilidad de los activos en las formas de cuidado de los menores en la generación soporte

	MUJERES		HOMBRES	
	LOCAL	EXTRALOCAL	LOCAL	EXTRALOCAL
Únicamente la familia	34,3%	21,3%	44,5%	50,0%
Guardería	24,4%	21,7%	31,9%	18,9%
Otro familiar	11,1%	14,7%	4,4%	3,4%
Persona contratada	30,1%	29,7%	17,0%	23,1%
Mixta	0,0%	12,6%	2,3%	4,7%
Total	100%	100%	100%	100%

Fuente: EPR-2008.

TABLA 5.15

La actividad de las mujeres en función del lugar de trabajo de sus parejas en la generación soporte

Parejas con niños menores de 6 años

	LOCAL	EXTRALOCAL
Ella activa	76,8%	65,8%
Ella inactiva	23,2%	34,2%
	100%	100%

Fuente: EPR-2008.

En resumen, los distintos análisis señalan que las guarderías son un recurso útil cuando no hay movilidad. La movilidad tanto de hombres como de mujeres implica la búsqueda de alternativas de cuidado de los niños, más allá de las ofertas disponibles. En este sentido conviene recordar la situación paradójica que existe; los paisajes con menor movilidad laboral tienen también una menor oferta de recursos educativos. Y los paisajes donde la movilidad resulta más elevada tienen mayor oferta. En ambos casos, la oferta resulta deficitaria. Donde hay más, porque no cubren las necesidades derivadas de la movilidad, y donde hay menos, porque la oferta no es suficiente. La movilidad de las mujeres, principal vía de acceso a los mercados de trabajo de mayor cualificación, implica un sobre esfuerzo. La movilidad de los hombres implica una

mayor dedicación de las mujeres a los cuidados de los menores y, por tanto, una reducción de sus oportunidades laborales.

Definitivamente, la movilidad se revela como un factor que modifica las estrategias y las oportunidades vitales de las personas y de las parejas, y, por tanto, como uno de los principales elementos que se han de considerar dentro de las prácticas de conciliación laboral y familiar. Sin olvidar que afecta y condiciona de diferente manera a mujeres y hombres por la también distinta asignación social, a unas y otros, de los papeles productivos y reproductivos.

VI. Persistencia de las desigualdades de género

Las transformaciones que la ruralidad ha experimentado en las últimas décadas se reflejan especialmente en la diversidad de estilos de vida desplegados por las mujeres del mundo rural.⁽¹⁾ El presente capítulo pretende ilustrar dicha diversidad, así como su incidencia en las condiciones de vida y la organización cotidiana que afectan a las personas que componen lo que venimos denominando «generación soporte». Para ello, nuestro recorrido argumental echa mano de un nuevo dispositivo metodológico de carácter cualitativo, capaz de acercarnos a las representaciones, vivencias y sentimientos de las mujeres rurales.

Con este fin se han realizado y analizado un total de trece entrevistas en profundidad. El lector encontrará en el anexo final de este libro la descripción minuciosa de los perfiles de las entrevistadas: mujeres pertenecientes a diferentes paisajes sociodemográficos, que realizan diversas actividades y que pertenecen o se hallan próximas a la generación soporte. A través de dichas entrevistas pretendemos indagar en cómo se están transformando las relaciones de género con la introducción de valores vinculados a las nuevas funciones del medio rural, en un contexto en el que las mujeres están adquiriendo cada vez más protagonismo, y en qué términos los nuevos roles de las mujeres en el medio rural vienen posibilitando un proceso de cambio en los ámbitos público y privado, productivo y reproductivo. Los resultados de la investigación y de los estudios anteriores (Cruz, 2006; Díaz Méndez y Dávila Díaz, 2006; Camarero *et al.*, 2006; Sampedro, 2008) indican la necesidad de seguir profundizando acerca de la persistencia de las desigualdades de género, los

(1) Los autores agradecen la valiosa colaboración de Elena García Gómez en el análisis realizado en este capítulo.

mecanismos de perpetuación y las posibles influencias en los procesos migratorios a las ciudades.

Se inicia el análisis explorando en los discursos de las mujeres lo referente al ámbito reproductivo: conciliación, reparto de tareas domésticas y cuidado de personas dependientes (niños, niñas y personas mayores). Todo ello desde diferentes perspectivas a partir de la posición social y laboral de las protagonistas. A continuación, se indaga en cuestiones relacionadas con el control social, basado en la reproducción y legitimación de los papeles tradicionales de género y las resistencias al cambio, y cómo ello condiciona la vida de los habitantes de las zonas rurales. Por último, se aborda el trabajo remunerado y la participación de las mujeres rurales en el espacio público para reconocer los procesos de persistencia de las desigualdades y de la discriminación de género, así como la contribución de los nuevos papeles asumidos por las mujeres a la mejora de las condiciones de vida, y en qué medida se están convirtiendo en las protagonistas de algunos sectores económicos emergentes y cómo experimentan estos cambios.

6.1. El reparto de tareas domésticas y de cuidados en el medio rural

Se constata, en el discurso de las mujeres y en los datos analizados sobre la conciliación entre vida laboral y vida familiar, una dedicación desigual de mujeres y hombres a las tareas domésticas y de cuidados, lo que constituye la «doble jornada» de trabajo para las mujeres. Para identificar las fragilidades del medio rural es primordial investigar las estructuras de género que están cimentando esa organización de la vida cotidiana, por dos razones básicas: la primera, por la centralidad de formas familiares de organización de la subsistencia y de la actividad productiva, tanto en la agricultura como en otros sectores productivos, que presentan claras desigualdades de género y, además, siguen marcando los diferentes modelos y propuestas de desarrollo rural. Y la segunda, por la trascendencia del problema del despoblamiento y de la masculinización en el medio rural, cuyo origen hay que buscarlo no sólo en las diferencias de oportunidades laborales, sino también en la subordinación de dichas oportunidades a las actividades del ámbito doméstico y familiar, que han derivado en el éxodo juvenil femenino.

Los análisis realizados en el presente estudio constatan que la «doble jornada» de trabajo de las mujeres persiste como una realidad cotidiana masiva. El reparto desigual de las labores domésticas y de cuidado de las personas dependientes supone para las mujeres una obligación ineludible que acarrea una sobrecarga de tareas y de responsabilidades, y que se suma a las horas de trabajo fuera del hogar. En definitiva, las mujeres van incorporándose al mercado laboral sin que los hombres asuman todavía en la misma proporción las responsabilidades en el ámbito doméstico.

—No, no colabora mucho. Con el tiempo, poco a poco, ves que hace algo, pero lo mínimo. Y aquí yo creo que menos, que los chicos hacen menos que en las ciudades, estoy segura.

(E8)

Las mujeres expresan cómo las tareas del ámbito doméstico, de la casa y el cuidado de la familia, han sido y siguen siendo responsabilidades femeninas. Los estereotipos de género continúan siendo utilizados para legitimar un reparto desigual de las tareas productivas y reproductivas, de modo que las tipificaciones de género representan una atadura para las mujeres a la hora de asumir diferentes papeles sociales, en tanto que la mayoría de los hombres no parecen estar dispuestos a ampliar su papel en el ámbito doméstico.

—Soy yo la que organiza mi trabajo en función de las necesidades de la vida familiar. Creo que el que yo organice mi trabajo, para él, es bueno; si puede dedicar tantas horas a su trabajo es porque sabe que yo estoy pendiente de la casa, de los niños...

(E12)

Existe una percepción, cada vez más clara, de la socialización diferencial de hombres y mujeres, pero persiste la naturalización del reparto desigual de tareas por sexos. Las mujeres han sido educadas para desempeñar los roles referentes al ámbito doméstico, mientras que los hombres son educados para dedicarse a los ámbitos laborales y sociales, pero además también para despreciar las tareas domésticas y de cuidados de la prole. Las entrevistadas ponen de manifiesto la socialización de las mujeres en los roles femeninos, vinculados a las labores domésticas, y las limitaciones que se les han impuesto en los procesos de educación. Pero muchas, principalmente las emprendedoras, reflejan que la situación no ha cambiado tanto como parece. Los hombres

siguen sin responsabilizarse del ámbito doméstico, así que las mujeres se ven sobrecargadas con dobles o triples jornadas de trabajo.

–Le pido que se quede con ésta en lo que yo voy a dormir a la otra, y cuando bajo y está llorando: «¡jo, es que ya llevo una hora con ella!», ¡joder! y las otras 23 horas, ¿quién está con ella?: yo, y no estoy todo el día quejándome.
(E9)

Además, identifican una socialización diferencial en las tareas domésticas para niños y niñas, y responsabilizan a las mujeres de la generación anterior por haber transmitido una diferenciación en el reparto de tareas, basada en el sexo, que las nuevas generaciones (hermanas y esposas o parejas) se ven «obligadas» a modificar, culpabilizando a «las madres» por no haberlo hecho anteriormente.

–Mi marido, como sus padres han trabajado fuera, en casa siempre ha tenido que hacer las cosas, pero mi hermano en su casa es incapaz de poner una lavadora... Porque mi madre siempre estaba en casa, nunca ha trabajado, y claro, la diferencia es que si tu madre trabaja y tu madre no está ahí para hacerlo, tienes que hacerlo tú.
(E4)

Se observan conflictos y claras diferencias generacionales en los discursos, dependiendo de la edad y el parentesco de aquellos con los que tienen que compartir las tareas, pero también una reproducción de las prácticas sociales; las nuevas generaciones asumen los mismos modelos tradicionales de reparto de tareas. Al final, las mujeres más jóvenes siguen aceptando, no sin quejas, las labores domésticas en mayor medida que los hombres. Además, siguen reproduciendo el discurso que identifica como trabajo solamente el trabajo remunerado y considera no-trabajo a las tareas reproductivas.

Otro efecto perverso del reparto desigual de las tareas domésticas es que la doble jornada que realizan las mujeres absorbe su tiempo libre, de modo que, bien por atender a sus hijos o a las tareas domésticas, la mayoría tiene que renunciar a su tiempo de ocio, a la formación e, incluso, la participación en el ámbito público (asociaciones, colectivos, etcétera).

–Mi marido mantiene las amistades más que yo... Él es más constante, es más fácil para él porque yo me quedo en casa con los niños.
(E9)

El cuidado de los hijos constituye una dificultad para la inserción laboral y la promoción personal y profesional, pero sólo para las mujeres, que tradicionalmente se han responsabilizado de ello, siendo difícil, todavía hoy en día, que los hombres acepten igualmente estas responsabilidades. Muchas de las entrevistadas, aunque ahora viven en pueblos pequeños, proceden de ciudades o han vivido anteriormente en un ámbito urbano, con lo que se hace evidente que el papel social de las mujeres urbanas no es muy diferente del de las mujeres que siempre han vivido en los pueblos. El reparto de las tareas domésticas sigue siendo desigual, y la educación de las mujeres tanto en las ciudades como en el medio rural se fundamenta en la feminidad de los roles tradicionales de esposa y madre.

Hay que resaltar la naturalización de las desigualdades en la construcción de las subjetividades sobre la base de la adscripción de hombres y mujeres a los papeles de género. Hay una fuerte invisibilidad y legitimación social de la exclusión de las mujeres del trabajo productivo y, consecuentemente, de la dependencia económica, basada en que, habiendo hombres en la casa (padres, hermanos, marido, pareja), a las mujeres no les corresponde desempeñar un trabajo remunerado, o éste no es necesario, sino una «elección», a veces incluso un «capricho».

– En realidad es con el trabajo de mi marido con el que la familia se mantiene. Que yo trabaje y gane dinero o no, no tiene por qué cambiar el día a día de la casa. Cuando trabajo y tengo dinero planteo cambiar algo de la casa, comprar algo. Pero vamos, no se cuenta con ese dinero.

(E12)

Constatamos que algunas mujeres manifiestan algunos cambios en el reparto de las tareas domésticas, en los que se refleja que los hombres empiezan a asumir funciones dentro del ámbito doméstico. Entrevistamos a una mujer (una joven emprendedora) sin hijos, que es la única que nos habla de un reparto igualitario de las tareas domésticas. Pero este caso también sirve para ilustrar lo mucho que la maternidad marca todavía los roles de género y las situaciones de discriminación. Porque esta emprendedora, que nunca se ha planteado renunciar a su trabajo remunerado, sí que admite la posibilidad de hacerlo en el caso de tener hijos, pero no piensa en que el hombre también pueda hacerlo. Hoy en día, el reparto sigue siendo desigual y la sobrecarga, y sobre todo la responsabilidad, recae en las mujeres. El trabajo de los hombres en el ámbito

doméstico aparece con el discurso de la «ayuda» a la mujer, o incluso un favor que él le hace a ella, que sigue estando considerada la única responsable de estas tareas.

—Algo me ayuda. Hay que estar ahí casi con el látigo: por favor, baña tú a la mayor y yo baño a la pequeña, y se hace el remolón; está más a gusto aquí, tirado en el sofá viendo la tele, pero bueno, al final lo hace...

(E9)

Las tareas de atención y cuidado de los niños constituyen el eje de las actividades de reproducción familiar, que en el medio rural, dadas las dificultades de acceso a servicios y las mayores necesidades de movilidad en el ámbito laboral, suponen un sobre esfuerzo para los progenitores, aunque, como se puede constatar, mayoritariamente lo siguen haciendo las mujeres.

—Por la mañana tengo que organizarme para sacar a los tres por la puerta. Solamente vestirles, que desayunen, supone un esfuerzo... Yo me cojo una coleta y no me peino. Según estoy en el coche, me miro y digo: ¡me volvía! Luego ya no salgo del taller. Por la tarde, voy con los tres de recados de casa o de mi trabajo... Vuelvo con ellos y corriendo con las cenas.

(E12)

Por la propia centralidad que tienen las responsabilidades familiares en la socialización de las mujeres, en muchos casos, las perspectivas y planes de futuro se diseñan pensando en el desarrollo futuro de los hijos y las posibilidades que les brindan las ciudades, en contraste con las limitaciones que notan en los pueblos. Las mujeres que tienen cargas familiares, cuando establecen comparaciones entre lo rural y lo urbano, ponen el énfasis en la desigualdad de posibilidades de acceso a los servicios educativos y de cuidado de los hijos. Los discursos sobre la vida en el medio rural manifiestan los sentimientos de discriminación de las mujeres rurales, tanto en la relación con los hombres como en las comparaciones con las mujeres que viven en las ciudades (Cruz, 2006). Entre las mujeres que trabajan fuera del hogar, estas desventajas se hacen más patentes porque las perciben directamente como obstáculos para la satisfacción de las propias necesidades de desarrollo profesional. Las emprendedoras con cargas familiares se enfrentan cotidianamente a la falta de servicios en el medio rural y a la comparación entre éstos y los servicios ofertados en las ciudades. Además, conocen sus consecuencias sobre las desigualdades

en el desarrollo profesional y el refuerzo de los vínculos con los papeles tradicionales de género.

—Cuando no tienes cajero, ni súper, ni colegio, ni médico a menos de 17 kilómetros, te sientes ciudadano de tercera. Lo que más envidia me da es la posibilidad que tienen en la ciudad de encontrar a alguien que se haga cargo de sus hijos y poder dedicarse a trabajar.

(E13)

Los temas de conciliación y reparto de tareas en el medio rural cuentan con la dificultad añadida de la escasez de servicios especializados de apoyo a las tareas de cuidados y atención, tanto a la infancia como a los dependientes, aparte de las largas distancias y la necesidad ineludible de realizar desplazamientos para poder acceder a los servicios. Al tener que responsabilizarse de las tareas de cuidados, las mujeres subordinan las actividades profesionales a las domésticas y organizan la vida cotidiana para posibilitar la conciliación, según una organización de las prioridades y del uso del tiempo muy distinta de la de sus compañeros varones.

—Para mí es muy cómodo, pues al no trabajar para otras empresas, no me tengo que mover del pueblo. Además, yo administro mi trabajo y, si tengo que estar con los niños porque están malos, organizo el horario. Por eso no me planteo trabajar ahora para nadie, aunque tuviese más estabilidad con un contrato fijo, así tengo libertad.

(E12)

Algunas mujeres, principalmente las que trabajan fuera del hogar, precisamente porque asumen diferentes papeles, dentro de la familia y en el mundo laboral, perciben con mayor fuerza la presión de la sociedad local para intentar perpetuar los modelos de hombre y mujer tradicionales, que están culturalmente vinculados a los mandatos de género.

—La mujer sigue siendo la que se queda con los abuelos. No puede hacer una actividad tranquilamente porque resulta que o tiene a sus padres o tiene a los padres del marido o tiene el hijo... Es muy difícil decir ¡a la porra!, porque ya estás metida y entonces los complejos de culpabilidad y que vivimos en zonas rurales en las que es muy importante el qué dirán.

(E1)

Como ya se ha visto con la infancia, ocurre lo mismo con la atención a otras personas dependientes: se realiza de forma distinta por hombres y mujeres y las consecuencias en las trayectorias profesionales de unos y otras también son distintas. La presencia de personas dependientes condiciona la vida de las mujeres, pero no parece constituir un condicionante significativo en la de los hombres.

Sobre los roles de las mujeres en las familias rurales, una entrevistada comenta una experiencia concreta, después de asistir a un curso de formación de auxiliares de ayuda a domicilio en su municipio.

—Aquí organizaron un curso de «Ayuda a domicilio» y muchos alucinaron cuando empezaron las prácticas, porque eso de que entre una en la casa para atender a un anciano que no sea su hija o su nuera está mal visto.

(E13)

Este servicio, que emplea principalmente a mujeres, aun siendo acorde con las tipificaciones de género culturalmente reproducidas, es a menudo rechazado porque son las mujeres de la propia familia las que tienen la obligación de ejercer ese papel. El que una mujer que no sea de la familia acometa este trabajo de forma profesional es, en cierta medida, rechazado, y sólo se acepta cuando no hay una mujer de la familia próxima que lo pueda realizar.

El discurso de las entrevistadas ilustra la persistencia y la fuerza de los mandatos tradicionales de género (Lagarde, 1996), marcando las pautas de división del trabajo entre hombres y mujeres, y orientando las expectativas de los miembros del grupo social hacia los papeles de género (Bem, 1981 y 1993). Este tipo de razonamientos —que expresan muchas mujeres, incluso las que más parecen resistirse al sometimiento de los mandatos de género— identifican mecanismos de control social muy presentes en las relaciones y prácticas sociales, que son utilizados con el fin de garantizar la reproducción del reparto tradicional y desigual de tareas y responsabilidades en el ámbito doméstico, principalmente en las tareas de cuidados. Pero estos mecanismos de control social son considerados intrínsecos a la condición de ruralidad, mientras siguen permaneciendo invisibles en su condición de mecanismos patriarcales para mantener la subordinación de género.

—Una ciudad grande es mejor porque vives más libre, aquí todos nos conocemos, hay muchos cuentos: fulanita se ha separado y se ha ido con otro; ésa se

ha quedado viuda pero ya va con uno. Lo que es el cotilleo en los pueblos. En una ciudad te conocen los del barrio, pero fuera pasas desapercibida.

(E7)

Observamos que la presión social sobre las mujeres es percibida como un problema propio de la vida en los pueblos, algo intrínseco a la constitución de los pueblos y menos como una cuestión de género. Que los hombres tengan más libertad y las mujeres estén más sujetas al control social es percibido como «normal», un hecho que forma parte de la naturaleza de los pueblos, y no como fruto de las estrategias socialmente construidas para la dominación de las mujeres. Y dentro de esta lógica «propia de los pueblos», las mujeres han elegido mayoritariamente entre dos opciones: amoldarse a los patrones tradicionales de género o marcharse a la ciudad.

6.2. Las desigualdades en el ámbito productivo y la participación en el espacio público

El trabajo remunerado es en estos momentos una pieza clave en la construcción de la equidad entre mujeres y hombres, y las mujeres le dan cada vez más importancia. Si bien la autonomía es un proceso más complejo en el que intervienen otras dimensiones de la vida cotidiana (Cruz *et al.*, 2006), el trabajo remunerado garantiza un grado importante de independencia económica, y así lo perciben las mujeres: «Ellas se sienten las protagonistas, [...] que con su acción están venciendo la resistencia masculina y transformando su posición en la sociedad [...] Cuando se busca un factor desencadenante de esta tangible progresión histórica, la unanimidad es prácticamente total: el trabajo remunerado» (Tobío, 2005).

–La independencia económica es vital y aún no se ha conseguido. Aquí la mujer se casa y se queda cuidando de los hijos, y se descuelga del mercado laboral, no se recicla para volver, pues no tiene medios en el mundo rural, y está más colgada que la una.

(E1)

Se observa la importancia que las mujeres conceden a la inserción en el mercado de trabajo y a la independencia económica, como factores imprescindibles para conseguir la autonomía personal. Sin embargo, ellas también destacan

dificultades y desigualdades derivadas de la condición de género en el ámbito del trabajo. El análisis realizado por Harding (1996) sobre la estructura social de género pone de manifiesto que la actividad productiva obedece a una estructura organizativa, que se ancla en los simbolismos de género y determina un reparto desigual del trabajo, visible e invisible, en función de los atributos de género. Esta realidad aparece claramente en los discursos de las entrevistadas, cuando explican sus funciones sociales cotidianas, que se basan en un reparto de tareas a partir de la asimetría de género. Asimismo se refleja en las resistencias al cambio hacia relaciones más igualitarias. Los hombres siempre han asumido los espacios públicos, de producción material y simbólica, acaparando el reconocimiento social en las actividades consideradas propias del género masculino. Y a las mujeres se les ha adjudicado, y ellas las han asumido, las tareas referentes a lo privado, a lo doméstico y al cuidado de los demás, actividades marcadas por la invisibilidad y carentes del reconocimiento no sólo social sino también económico.

«A pesar de la importancia del ámbito doméstico, sin el cual sería imposible el mismo ámbito público, las tareas domésticas no son valoradas socialmente. No hay simetría de poder y de reconocimiento entre las dos esferas. En las sociedades industriales sólo es reconocido como trabajo el que recibe remuneración. El trabajo remunerado concede un margen de autoridad, autonomía y reconocimiento social a quien lo realiza.» (Carranza y Puleo, 2002).

En el trabajo agrario están especialmente arraigadas las estructuras de género; la empresa agraria todavía está masculinizada. En las familias agricultoras, muchas mujeres, incluso siendo legalmente las titulares de la explotación, al intentar hacerse un hueco en la misma, tienen serias dificultades para desempeñar este papel, del que se han apropiado los varones de la familia.

—Yo me hice la titular de la explotación porque mi marido ya tenía un buen trabajo fuera, y económicamente interesó, pero en la práctica son ellos (marido y empleado) quienes llevan la explotación. La primera vez que se me ocurrió ir con un mono a la nave, alucinaron. Y yo prefiero aquello a estar cuidando de las niñas todo el día, pero luego cedés y vas perdiendo terreno.

(E13)

El peso de las tipificaciones de género muchas veces impide el desarrollo profesional de las mujeres, sobre todo, cuando persiguen un protagonismo

profesional y no asumen las labores agrarias o los negocios familiares sólo como extensión del invisible trabajo doméstico (Cruz, 2006). Los estereotipos de género legitiman la reproducción de roles de género a partir de características consideradas intrínsecamente femeninas o masculinas. A los hombres se les considera más productivos manejando los tractores, y las mujeres son las mejores cuidando de los niños, con un claro reparto del trabajo que obedece a las estructuras tradicionales de género.

Observamos que las mujeres jóvenes todavía asumen esa división sexual del trabajo; consideran que su responsabilidad principal se relaciona con la maternidad y las tareas domésticas, supeditando las actividades profesionales a éstas.

–Mi cuñada daba de mamar aquí al niño mientras limpiábamos la casa rural y yo al mío, le echaba la siesta en una habitación, o sea, que no ha sido fácil. Lo peor es el verano, pues al no haber colegio y mucho más trabajo, los apuntas a cursillos, los traes a trabajar y estás en tensión continua.

(E6)

En el imaginario de las mujeres y en la organización de la vida cotidiana, los maridos tienen continuidad en sus rutinas, y las mujeres son las que se adaptan a las nuevas responsabilidades. Se construyen las condiciones materiales de la doble jornada femenina, lo laboral queda subordinado a las exigencias de lo doméstico y el desarrollo profesional postergado.

–Antes de mi primer hijo, dedicaba la mayor parte del tiempo a mi trabajo. Mi marido también lo hacía. Cuando nació (el hijo) tuve mucha pelea personal: si trabajaba, no estaba con mi hijo. Con los mellizos tuve claro que iba a relajar el trabajo del taller lo que hiciera falta. Pero si trabajas y eres ama de casa, pues vas a hacer más cosas de las que puedes.

(E12)

En relación con el cuidado de los hijos y la compatibilización con una profesión, las respuestas manifiestan mucha ambivalencia y contradicción. Las entrevistadas encuentran satisfacción y placer en las responsabilidades, aunque supongan a la vez una carga mayor de trabajo y exijan un gran esfuerzo de organización de las múltiples funciones:

–Soy madre trabajadora, pero, además, dedico mucho tiempo a mis hijos porque me gusta. Intento trabajar más horas por la mañana y las tardes

dedicarlas a ellos, quiero disfrutar la época de bebés, sin quemarme, por eso sigo trabajando. Hasta los 12 meses he estado sin trabajar apenas y acabé deseando trabajar más, porque mi trabajo me gusta.

(E12)

Aparece el peso de la culpabilización como uno de los mecanismos de control más potentes a los que están sometidas las mujeres que asumen papeles distintos a los tradicionales, sintiéndose las responsables de compatibilizar familia y profesión. Al enfrentar su inserción profesional, ya parten de la búsqueda de estrategias de compatibilización entre la vida familiar y la laboral, mientras eximen a los hombres de las tareas familiares. El tiempo de las mujeres adquiere una plasticidad en la vida cotidiana, a partir de la autoexigencia de intentar «compaginarlo todo», con un alto coste personal en muchos casos.

–Si no tienes niños, te dan igual los turnos, te levantas a las 4 a comer lo que pillas y ya está, pero teniéndolos es más complicado. Al final se puede con todo, si te organizas, trabajas a turnos, cuidas a los niños, pero sacrificas horas de sueño y de todo.

(E9)

Las mujeres tienen claro que su tiempo debe ser elástico y permitirles realizar todas las tareas, tanto laborales como domésticas, sintiéndose incluso culpables por su incapacidad para «poder con todo». Estas mujeres tienen muy interiorizado que las actividades profesionales de los hombres están por encima del reparto de las responsabilidades domésticas. Algunas entrevistadas perciben que las discriminaciones por motivos de género sirven a los hombres para mantener privilegios y el control social a partir de relaciones asimétricas. No es sólo una cuestión de reproducción de patrones considerados naturales, sino también estrategias de poder en las relaciones entre hombres y mujeres.

–Ellos son los que mandan, juegan al fútbol y son buenos jugando, y eso marca desde pequeños. Así el 99% del patio escolar son partidos masculinos, y las chicas comiendo pipas en la plaza y esperando al chico de turno, que llegue y que las levante de aquí.

(E11)

En lo referente al empleo femenino en las zonas rurales, hay que hacer una mención especial al turismo rural, no sólo por la importancia de la feminización de la actividad, sino también por la visibilidad que ha adquirido en los

programas de desarrollo rural. El turismo rural es una actividad productiva y socialmente reconocida, en la que las mujeres notan que tienen más capacidad de decisión que en otros ámbitos, seguramente por la proximidad a las tareas domésticas y de gestión del hogar, tanto en las prácticas cotidianas como en el espacio simbólico de las mujeres.

–Yo me siento mucho más promotora de turismo rural que ganadera. Es algo que controlo, puedo hacerlo sola. Y llevar una explotación ganadera no.

(E13)

Las mujeres, al convertirse en emprendedoras, pueden tomar decisiones, tanto respecto a sus empresas como a sus familias, pues se sienten legitimadas por sus nuevas funciones: la participación social y la aportación económica a la renta familiar. Para las mujeres, esto es determinante, ya que hay una mayor presión familiar ante los riesgos empresariales que comporta la nueva iniciativa. Cuando los hombres ponen en marcha proyectos empresariales, suele haber apoyo y confianza por parte de la familia al asumir nuevos riesgos financieros. Sin embargo, las mujeres se enfrentan a una mayor desconfianza respecto a sus capacidades para los negocios, seguramente por la falta de tradición empresarial femenina y por la falta de reconocimiento social como parte de la discriminación de género.

–Es un conjunto familiar, pero las que nos dedicamos a llevar todo lo referente a la casa rural somos nosotras, y nosotras tenemos nuestro sueldo, que sale de la casa rural para las tres.

(E6)

Aunque el turismo rural no es una solución para el desarrollo del medio rural, se ha convertido en un complemento de renta importante, e incluso una alternativa económica, para muchas familias, ofreciendo unas condiciones de vida dignas a los que desean seguir viviendo en el pueblo, principalmente a las mujeres. Por otra parte, posibilita la ampliación de las relaciones sociales y la construcción de vínculos directos con las ciudades, a través de los turistas urbanos, con el intercambio cultural que ello supone, además de proporcionar una gran visibilidad a las capacidades de sus protagonistas, que salen de las sombras de las tareas domésticas restringidas al ámbito familiar y pasan a prestar un servicio socialmente más reconocido y económicamente definido con una remuneración.

–Me encanta recibir a la gente, hablar con ellos. Te digo más, el domingo cuando se van hay veces que te da hasta pena, el trato con la gente es lo que más me llena de todo.

(E6)

La incorporación de las mujeres al mundo laboral es una realidad actualmente incuestionable, también en el medio rural, así como es incuestionable que las discriminaciones de género todavía persisten. Las mujeres se topan con dificultades añadidas por cuestiones de género a la hora de competir en el mercado de trabajo y al llevar a cabo iniciativas empresariales. La presión de los estereotipos de género en los contextos laborales y el peso de las tareas tradicionalmente adjudicadas a las mujeres en el ámbito doméstico suponen hoy importantes obstáculos a la plena integración económica y ciudadana de la población femenina.

La naturalización de la asignación de las responsabilidades domésticas a las mujeres representa una demanda permanente de atención al hogar, mientras que las tareas vinculadas al ámbito profesional se consideran secundarias y las mujeres sólo pueden ejercer una profesión cuando las demandas domésticas están convenientemente resueltas. La situación de las mujeres rurales viene marcada por la doble condición de mujer y de habitante de un territorio definido por el despoblamiento y las transformaciones en las actividades productivas.

Camarero *et al.* (2005) califican el paisaje sociodemográfico rural de la última década de «dramático», ya que, como se ha comprobado, el sobrevejecimiento se dispara y la masculinización juvenil se generaliza y se cronifica, dando lugar a un panorama de difícil reproducción de las poblaciones rurales, así como un paisaje «hostil» para las mujeres jóvenes que «aparecen así, necesariamente, como “resistentes” en un paisaje social en el que todo parece invitar al desarraigo». Afirman que «el medio rural es hoy un “desierto de mujeres” y eso hace que el hándicap de las relaciones de género deba ser tratado como prioritario y decisivo en cualquier política e iniciativa de desarrollo rural».

En lo referente al ámbito de las relaciones sociales en las zonas rurales se destaca el control social para preservar el cumplimiento de los mandatos de género. Las entrevistadas que trabajan fuera del hogar, al asumir papeles sociales

que escapan al ámbito doméstico, manifiestan estar más expuestas a las críticas y a las presiones sociales, que procuran mantenerlas dentro de los patrones tradicionales. No obstante, se están construyendo nuevos modelos de mujeres, que amplían sus expectativas hacia todos los ámbitos de la vida productiva y privada. Muchas mujeres están rompiendo los estereotipos tradicionales y abriendo posibilidades de integración profesional y social. Pero, por otro lado, en la percepción comparativa de las mujeres, los espacios urbanos aparecen como más igualitarios y los núcleos rurales más restrictivos de su libertad y menos propicios a la igualdad entre mujeres y hombres y a la plena incorporación de las mujeres a todas las esferas de la vida pública y productiva. En este sentido, las mujeres se sienten con más posibilidades de cambiar los papeles tradicionales de género en los entornos urbanos que en los rurales, donde el control social y el peso de las tradiciones son más estrictos.

Por tanto, las mujeres rurales son conscientes de las problemáticas consecuencias de la definición de los atributos de género. Del mismo modo, cualquier iniciativa dirigida a promover la sostenibilidad social en el medio rural, y especialmente los programas de desarrollo, debería dar a esta cuestión la importancia crucial que tiene.

VII. Nuevos residentes e inmigración rural

La sostenibilidad de las áreas rurales depende de la reproducción demográfica y social de las poblaciones que las habitan. La modernización ha impuesto dificultades a esta reproducción –como se deriva de los procesos de envejecimiento y masculinización–, pero existen indicadores cada vez más claros de que soplan vientos diferentes en la configuración social del territorio que podrían ser decisivos para el futuro de estas áreas. Dicho de otro modo, al formar parte de un sistema abierto e interactivo, no serán sólo las características estructurales, históricamente producidas, el único factor explicativo de la evolución de las poblaciones rurales. En este sentido, habrá que atender al volumen de las corrientes migratorias en dirección al campo, así como a su importancia relativa. Pero no sólo eso, ya que también resulta clave la configuración social, los rasgos y las características personales y sociales de los nuevos residentes. Este planteamiento nos obliga a reconocer una nueva organización social de la movilidad, que trasciende el concepto de distancia espacial y se explica por los nuevos significados que se asignan al entorno y que, a diferencia de lo que ocurría en la época del éxodo rural, lo hacen atrayente. Convertirse en nuevo poblador rural, aunque se experimenta individualmente, a través de las trayectorias vitales de las personas, sólo puede entenderse como producto de procesos sociales relativamente consistentes, vinculados a las estructuras sociales.

Las corrientes modernizadoras establecieron en las áreas rurales la distinción, marcadamente estigmatizadora, entre los que se quedaron y los que se fueron. Para los primeros, el campo suponía un medio de vida pero también una fuerza de fijación excesiva, protegidos y constreñidos a un tiempo por las redes familiares y comunitarias. Los segundos, en un proceso no exento de conflictos, debieron empeñar esfuerzos en lograr su inclusión en la sociedad urbana y acceder a los mercados laborales como asalariados. El pueblo se consideraba

un ámbito de sujeción al destino, en el sentido de plantearse como un horizonte necesario o inevitable, mientras que la ciudad era vista como el ámbito del logro, donde se alcanzaban las metas que se intentan y desean. Pocos auguraban entonces que las áreas rurales se desagrarizarían, que el campesinado mudaría hacia la economía de servicios y que lo rural adquiriría un nuevo atractivo. Pero así ha sido, y mientras algunos siguen el itinerario hacia la ciudad, otros miran el campo como el entorno ideal donde fijar la residencia o como un ámbito de nuevas oportunidades. Estas corrientes contradictorias conforman la realidad actual de los pueblos y, particularmente, de los miembros de la generación soporte, cuyo tránsito a la madurez queda marcado por las decisiones en torno a la familia, el trabajo y el contexto residencial. Junto a ellos, urbanitas desencantados, mayores jubilados, jóvenes emancipados e *inmigrantes* a la búsqueda de oportunidades se sitúan en las áreas rurales como nuevos pobladores, cuya llegada afianza este paisaje y plantea nuevos retos de integración y sostenibilidad social. El presente capítulo presenta dos áreas de investigación sobre este asunto, hasta ahora insuficientemente tratado. Por una parte, se analiza el impacto de los nuevos residentes y, en general, de las trayectorias de movilidad residencial dentro de la generación soporte, contrastando los perfiles de «los que se quedaron» con los de los nuevos pobladores. Por otra parte, atenderemos al fenómeno transformador que ha supuesto la inmigración extranjera en la sociedad española de los últimos lustros. En el caso de las áreas rurales, resulta clave no sólo por el volumen sino también por la marcada segmentación social de los inmigrantes en función de su estatus.

7.1. Movilidad residencial y nueva residencia en la generación soporte

Uno de los rasgos demográficos más significativos de la modernidad industrial, en relación con el movimiento espacial de la población, es el enorme transvase demográfico entre las áreas rurales y las ciudades. En España, este proceso comenzó de manera sostenida y desigual durante la primera mitad del siglo xx y continuó de forma masiva durante las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta. Sin embargo, desde los años ochenta, comienza a vislumbrarse la neutralización del éxodo rural y el comienzo de movimientos poblacionales más variados, que incluían la llegada de nuevos residentes a las

zonas rurales (Camarero, 1993). Tales movimientos correspondían tanto al agotamiento de la fuente emigratoria rural como, singularmente, a los cambios de una sociedad, la sociedad posindustrial, cuya movilidad comenzaba a transformarse de acuerdo con las nuevas formas de organización y posibilidades de movimiento. Frente a la aglomeración urbana como área de producción y el sedentarismo familiar-laboral como estrategia residencial básica, encontramos la dispersión territorial como expresión de la nueva economía de la información, y la movilidad como estrategia de ocupación del espacio, en lo que se ha denominado «sedentarismo nómada» (Bericat, 1994).

La generación soporte ocupa un espacio muy concreto en esta historia de grandes desequilibrios demográficos. Concretamente, se sitúa debajo de la generación de ausentes masivos, esto es, los protagonistas principales del éxodo rural. Esta situación le ha dejado a cargo de una gran cantidad de mayores y de una pequeña generación de niños que ha engendrado. En gran medida son los protagonistas de la neutralización del saldo migratorio con las ciudades, al conseguir adoptar una variedad de estrategias de vinculación a los pueblos, como la pluriactividad o la diversificación, que han completado la desagrarización del mundo rural. Sin duda, es a ellos a los que se debe la mayor parte de los fenómenos sociales advertidos en la generación. No obstante, junto a la generación de rurales que no abandonaron el campo comienzan a tomar un peso significativo los nuevos residentes, como representantes genuinos del contrabalance migratorio anunciado desde los años ochenta. Y es precisamente en la generación soporte, como ya se ha dicho, donde los nuevos residentes adquieren un relieve numérico particular.

Un primer dato orientativo de los cambios lo ofrece la proporción de las personas que viven en el municipio en el que nacieron. Mientras que el censo de 2001 registraba un 44,5% de personas de la generación 30-49 residentes en áreas rurales que vivían en el mismo municipio en el que nacieron, la encuesta efectuada en 2008 arroja un 38%, lo que da cierta idea de que los cambios siguen desarrollándose en la misma dirección de incrementar la movilidad en las áreas rurales. No obstante, existe una gran complejidad en los procesos de movilidad hacia los entornos rurales. Según Camarero (1997), la inmigración rural se sitúa en torno a dos ejes que permiten caracterizar cuatro tipos de residentes rurales. Por una parte, cabe distinguir, por su origen, a los nacidos en el pueblo de los que vienen de fuera. Por otra parte, clasificaremos a los pobladores rurales atendiendo a la posición socioeconómica y al ámbito de actividad. De modo que podríamos

hablar de autóctonos (nacidos en el pueblo y con una posición económica inferior a los nuevos residentes), «inmigrantes» (extranjeros que llegan como mano de obra para trabajos de baja cualificación), hijos del pueblo (autéctonos que han desarrollado su actividad fuera y al jubilarse vuelven al pueblo) y nuevos residentes (grupo heterogéneo en el que se juntan la inmigración de jubilados no nacidos en el pueblo y en algunos casos procedentes del centro y norte de Europa y los neorrurales en edad activa). En relación con las personas en edades intermedias, donde se ubica la generación soporte, éstas se vinculan particularmente a los neorrurales de estatus medio o elevado y a los «inmigrantes» de estatus bajo, aunque tienen cabida también en las otras categorías. La condición de los nuevos pobladores según su origen nacional o extranjero será explorada más adelante. Estos cuatro tipos constituyen una suerte de tipos ideales en los que la realidad se refleja sólo en parte, pues existen múltiples entrecruzamientos en la vida de los individuos que dificultan su ubicación en una u otra categoría. Por ejemplo, resultaría extraño calificar como «hijo del pueblo» al nacido en el municipio que regresa al jubilarse sin haber mantenido un mínimo contacto durante la mayor parte de su vida. Nuestra aproximación parte de esta idea de complejidad y trata de adaptarse a la realidad de un grupo algo más homogéneo, la generación soporte, estableciendo un continuo que tenga en cuenta tanto la experiencia residencial en el pueblo como la movilidad residencial a otros entornos, especialmente las áreas urbanas.

Así pues, dado que el objetivo no es únicamente comparar las vicisitudes de quienes se han establecido recientemente en las áreas rurales con las de quienes vivían allí con anterioridad, sino también diferenciar trayectorias de movilidad a lo largo de la vida, en particular con relación a las áreas urbanas, se ha construido, para los datos procedentes de la EPR-2008, un índice complejo de residencia, que tiene que ver tanto con el tiempo que se lleva viviendo en el municipio como con el historial residencial del individuo,⁽¹⁾ dando lugar

(1) El indicador de nueva residencia se ha elaborado agregando la puntuación en las siguientes variables: Lugar de nacimiento: (0) En el pueblo o comarca, (1) En un pueblo de fuera de la comarca y (2) En una ciudad. Lugar donde vivía a los 16 años: (0) En el pueblo o comarca, (1) En un pueblo de fuera de la comarca y (2) En una ciudad. Número de años que lleva viviendo habitualmente en el pueblo: (0) Toda la vida, (1) Más de 10 años, (2) Entre 5 y 10 años, (3) Menos de 5 años. Número de años que vividos en una ciudad: (0) No se ha vivido en ciudad, (1) Se ha vivido en una ciudad por un período menor o igual que 10 años, (2) Se ha vivido por un período superior a diez años y menor o igual que la mitad de la edad del individuo, (3) Se ha vivido por un período superior a la mitad de la edad del individuo. El índice obtenido oscila entre 0 y 10, habiéndose reducido para su presentación en las siguientes categorías: residentes hijos (0-1), más bien hijos (2-4), más bien nuevos (5-7) y nuevos residentes (8-10).

a cuatro categorías de residente rural, que oscilan entre el residente fijo y el nuevo residente. Como es lógico, la gran mayoría (dos terceras partes) de los residentes rurales de la generación son fijos (31,1%) o más bien fijos (34,1%), es decir, están vinculados largamente al pueblo por nacimiento, por haber crecido y vivido en él y por tener experiencias menores de vida urbana. Un tercio, sin embargo, ofrece características de movilidad residencial y de experiencia urbana destacable, situándose como nuevos residentes (17,0%) o más bien nuevos (17,8%).

La condición de nuevo residente no es, por tanto, un atributo neutral que exclusivamente se refiera al momento de llegada al municipio. Más bien, como estamos intentando mostrar, la nueva residencia rural debe conectar el hecho de la ubicación residencial reciente con fenómenos compartidos por toda la sociedad, como son el incremento de la movilidad y el desdibujamiento de las fronteras entre lo rural y lo urbano. Consecuencia de ello es reconocer la importancia de los diferentes niveles de residencia rural. Decimos niveles, no sólo por el carácter ordinal de nuestro indicador, sino también porque, como se muestra en las relaciones de la residencia con las instituciones sociales (la familia, el trabajo, el entorno), la nueva residencia adquiere esa calidad, tiende a disponer las categorías de manera más o menos lineal, desde la residencia fija hasta la nueva. Igualmente, tratamos de dotar de significado a una realidad esencialmente compleja, en la que fenómenos dispares como la doble residencia, la flexibilidad horaria laboral o el cuidado de los progenitores ejercen su influencia. De modo que encontramos desde personas cuya vida está estrechamente vinculada al espacio rural en el que residen a personas sin otro lazo más fuerte con el territorio que el haber establecido en los últimos años su residencia. En medio, hay un conjunto de situaciones que reflejan vinculaciones diversas con el territorio: la nacida en el pueblo que, tras un período de formación en una ciudad, regresa para formar y sostener una familia; el que, no nacido rural pero de padres rurales, regresa a la casa del pueblo para emprender su vida laboral; quien, pese a partir de una vida urbana, es requerido por sus mayores para su cuidado, etcétera. Estas catas de significado tienen cumplida réplica en la encuesta cuando se pregunta a todos aquellos que declaran no llevar viviendo en el pueblo toda la vida sobre los motivos que les impulsaron a establecerse en el municipio (tabla 7.1). La respuesta, abierta en principio, señala tres vías de sentido para la elección del pueblo: la motivación

TABLA 7.1

Motivos de instalación en el pueblo de la generación soporte

En porcentaje

Total	100
Matrimonio	25,1
Motivos laborales o de formación	22,8
Motivos familiares	16,6
Motivos relacionados con la vivienda	16,2
Motivos relacionados con la calidad del entorno rural	16,1
Motivos relacionados con la comunicación, los servicios	1,3
Otros	1,5
No sabe	0,4

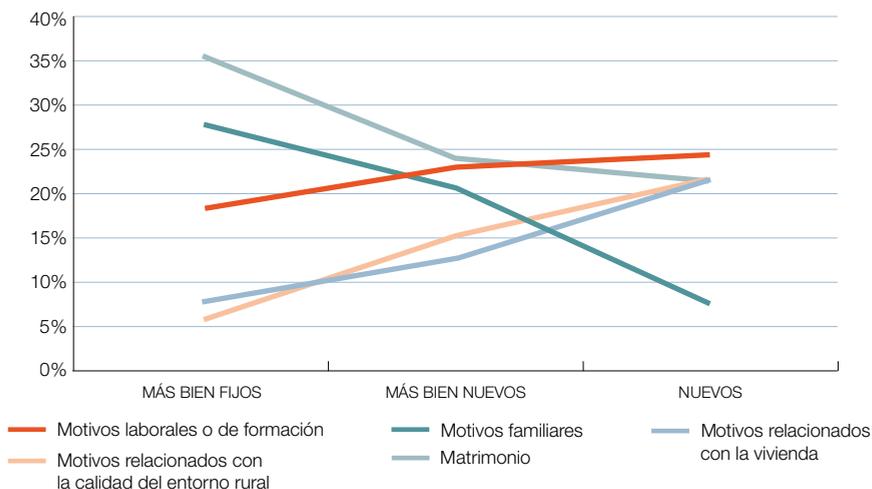
Nota: no llevan viviendo en el pueblo toda la vida.
Fuente: EPR-2008.

familiar, la motivación laboral y la motivación del entorno. La motivación familiar responde tanto a la familia de pertenencia –los padres son del pueblo– como a la familia de procreación –el matrimonio, cuya mención es la principal razón de instalación para el 35% de las mujeres–. Por otra parte, la motivación laboral hace referencia a las oportunidades de trabajo que ofrece el pueblo. Por último, encontramos dos aspectos que tienen que ver con el entorno: uno, la vivienda, ligado al proceso de emancipación residencial y a las dificultades asociadas, endurecidas en el último decenio por el incremento de los precios de la vivienda; el otro, la calidad de vida en el entorno rural, que responde vivamente al «ideal rural» como forma de vida contrapuesta a la urbana. Un tercer aspecto relacionado con el entorno, la valoración de las comunicaciones y los servicios del entorno rural, queda mencionado en la encuesta, aunque su relevancia es francamente menor.

Para terminar de comprender la distribución de motivos, éstos deben ponerse en relación con el índice de residencia, tal y como se presenta en el gráfico 7.1. La oposición es clara entre residentes más bien fijos, ligados a motivaciones familiares, y nuevos residentes, mucho más motivados por los alicientes del entorno y del trabajo. A pesar de que el matrimonio sigue representando una importante razón, especialmente para las mujeres, esta motivación se halla en franco retroceso. En relación con las motivaciones del entorno, cabe señalar, para finalizar, que cada clase puede dar cuenta de los dos grandes grupos de

GRÁFICO 7.1

Motivos de instalación en el pueblo por tipo de residencia de la generación soporte



Fuente: EPR-2008.

neorrurales procedentes de ámbitos urbanos. Por una parte, estarían aquellos que, conscientes de las nuevas movilidades y ejerciéndolas, encuentran el ámbito rural como un punto de rotación accesible (por ejemplo, en términos del precio de la vivienda). Por otra parte, encontramos quienes otorgan un valor intrínseco a lo rural, a través de lo que se ha dado en llamar el «ideal rural», valorando por sí mismas las condiciones de este entorno.

7.2. Autóctonos y nuevos residentes

Referiremos ahora someramente las características estructurales que diferencian a la población en función de la trayectoria de movilidad y las pondremos en relación con los cambios experimentados en los últimos lustros por las áreas rurales. En comparación con los habitantes autóctonos, los nuevos pobladores presentan una estructura por edad y sexo diferenciada (tabla 7.2). Aunque el asunto de la edad no es especialmente relevante en un análisis intrageneracional como éste, sí merece destacarse que los nuevos residentes

TABLA 7.2

Residencia de la generación soporte por sexo y edad

En porcentaje

	FIJOS	MÁS BIEN FIJOS	MÁS BIEN NUEVOS	NUEVOS	TOTAL
Hombre	54,0	54,9	50,8	51,1	53,3
Mujer	46,0	45,1	49,2	48,9	46,7
30-34	21,6	25,2	22,6	32,8	24,9
35-39	23,6	23,1	27,4	27,5	24,8
40-44	25,2	24,3	25,8	21,6	24,4
45-49	25,2	23,9	20,4	16,1	22,4
50	4,5	3,4	3,8	2,0	3,6

Fuente: EPR-2008.

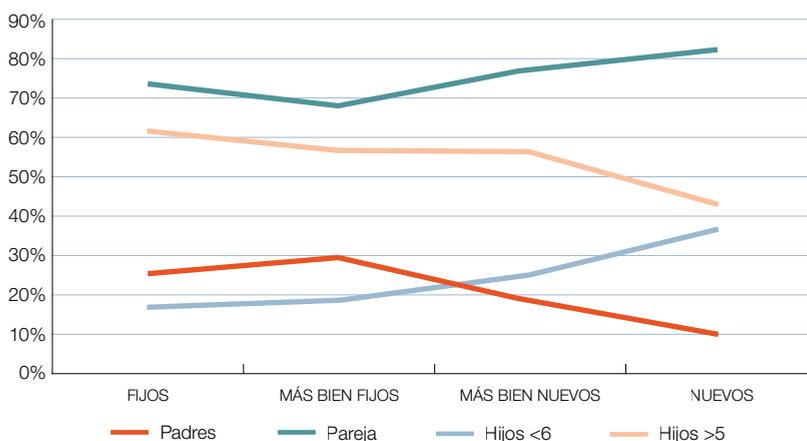
muestran un perfil rejuvenecido respecto de los fijos, situándose en su mayoría en la treintena, lo que es indicativo tanto de la novedad del proceso como de su vinculación a los estadios iniciales de la formación de familias, con lo que ello puede suponer para la revitalización de estas áreas. En cuanto al sexo, las diferencias indican, por encima de la significatividad estadística, un cambio extraordinariamente relevante, pues sitúan a la población neorrural en una ratio de masculinidad bastante más cercana a la media de la generación nacional que la de la población autóctona, claramente masculinizada.

En parte como consecuencia de la juventud de los nuevos residentes, encontramos composiciones familiares en formación, con gran presencia de la vida en pareja, con hijos pequeños y poca coresidencia con los padres; en general, son muy pocos los que conviven con ancianos (gráfico 7.2). Este panorama contrasta bastante con la situación global de la generación descrita en el capítulo anterior.

Los nuevos residentes están más vinculados a grupos familiares propios, lo que les confiere un perfil diferenciado del panorama global, que se caracteriza por una bolsa no desdeñable de individuos que viven solos o con sus padres. Como vemos en el gráfico 7.3, las diferencias en cuanto a proporción de familias con hijos no es muy relevante, ya que éstas radican en la edad de los hijos, indicativa de la edad de los padres –que en el caso de los nuevos residentes es, en promedio, menor–. Tampoco hay grandes diferencias entre los hogares extensos, algo menos representados en los nuevos residentes, ni en los solita-

GRÁFICO 7.2

Personas de la generación soporte que conviven con padres, pareja e hijos, por tipo de residencia



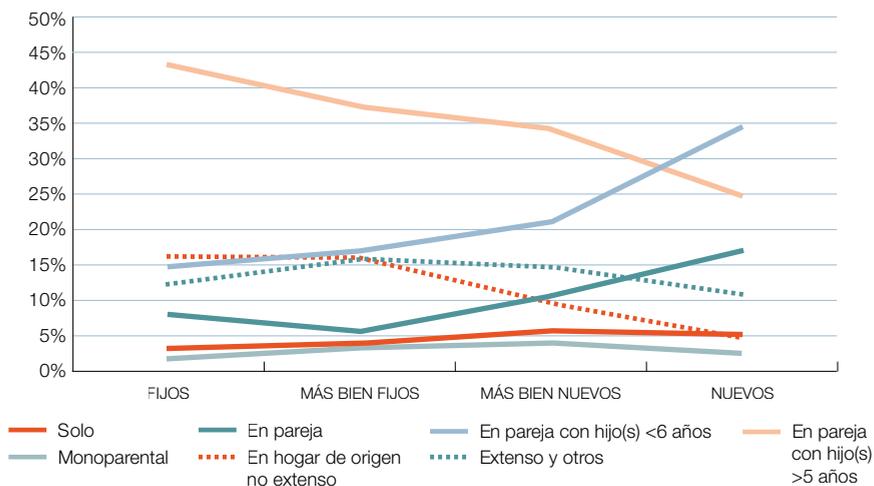
Fuente: EPR-2008.

rios. El rasgo diferencial es el balance existente entre quienes se encuentran residiendo con la familia de origen, algo más propio de los residentes fijos, y los que viven en pareja sin hijos, más común entre los nuevos residentes. Esta cuestión resulta más significativa si tenemos en cuenta que los nuevos residentes constituyen un grupo más joven y, por tanto, en principio, más proclive a permanecer en el hogar de origen. Ello sugiere que la llegada al campo de estos neorrurales se relaciona con una estrategia residencial-familiar, una suerte de neolocalidad, quizá posible gracias a una nueva concepción social del territorio, más uniforme que cuando se constituía en las categorías más o menos estancas de lo rural y lo urbano.

Sin duda, la formación de nuevos hogares por parte de los nuevos residentes actúa de regenerador y contribuye a neutralizar los graves desequilibrios demográficos de las áreas rurales. Sin embargo, resulta más difícil de calcular su contribución al soporte de la dependencia en áreas rurales, al margen del cuidado de los hijos propios, toda vez que estas familias podrían estar menos conectadas con los pobladores autóctonos y, especialmente, con los que atienden a las situaciones de dependencia de los ancianos. Así pues, por un lado,

GRÁFICO 7.3

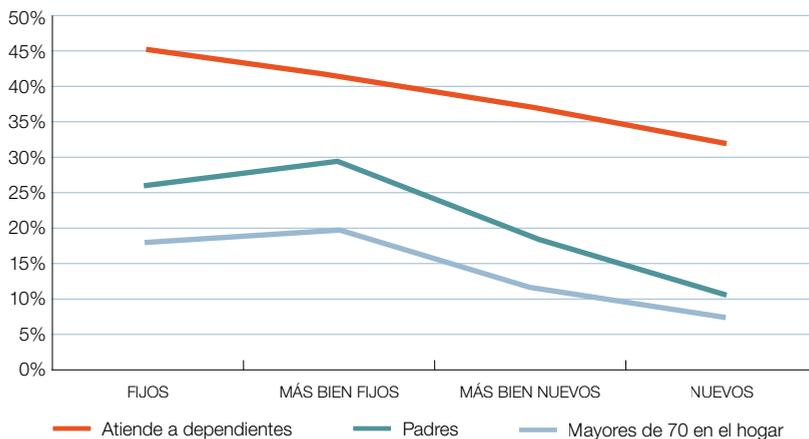
Tipos de hogar de las personas de la generación soporte por tipo de residencia



Fuente: EPR-2008.

GRÁFICO 7.4

Personas de la generación soporte que conviven con padres, personas mayores o atienden dependientes fuera del hogar, por tipo de residencia



Fuente: EPR-2008.

debido en parte a la juventud de los nuevos pobladores, en los hogares de éstos apenas hay ancianos, como vemos en el gráfico 7.4. Y por otro, en cuanto residentes menos implicados en las redes asistenciales y con menos relaciones familiares cercanas, la posibilidad de que atiendan a la población anciana se reduce, quedando a expensas de la capacidad de los mismos de conectar con redes de solidaridad que contribuyan a paliar los problemas de la dependencia en las áreas rurales. De hecho, la atención a la dependencia se reduce significativamente entre los nuevos residentes, sobrecargando las espaldas de los viejos residentes.

Ya hemos visto cómo la residencia afecta a la composición familiar en la que se inscriben los miembros de la generación soporte. Ahora nos interesa ver cómo la nueva residencia también interfiere en el trabajo: la segunda gran estructura social y una de las principales motivaciones de asentamiento. Si empezamos por las bases del mercado laboral, que situamos en la formación, encontramos unas diferencias considerables en el nivel de estudios de la generación soporte según el tipo de residencia. A medida que los residentes son más nuevos, observamos un notable incremento de los niveles de estudios medios y, sobre todo, superiores (tabla 7.3). En cambio, la relación con la actividad apenas registra diferencias significativas según el tipo de residencia, destacando únicamente la total desvinculación de los nuevos residentes del trabajo agrario y un significativo aumento de los trabajadores por cuenta propia.

Sin embargo, la estructura laboral de la generación según el tipo de residencia registra algunas diferencias relevantes (tabla 7.3). Los trabajos agrarios se reducen al mínimo entre los nuevos residentes. También los trabajos industriales registran una importante reducción. En el sector servicios, los cambios más notables se dan en los trabajos directivos, como consecuencia del mayor nivel de estudios, y en menor medida en los administrativos.

En definitiva, los nuevos residentes presentan una completa terciarización de la actividad, aunque, por el mayor nivel de estudios, las diferencias se concentran en los cuadros medios y directivos antes que en los servicios menos cualificados (gráfico 7.5). El panorama laboral muestra que los nuevos residentes constituyen un estrato más autónomo e inmerso en el proceso de individuación. Su participación en el mercado laboral, en mayor medida extralocal, muestra un claro predominio de la asalarización, común ya a toda la generación. La desvinculación total del mundo agrario de los nuevos residentes, junto con su

TABLA 7.3

Personas de la generación soporte según los tipos de residencia por estudios, actividad y tipo de trabajo

En porcentaje

		FIJOS	MÁS BIEN FIJOS	MÁS BIEN NUEVOS	NUEVOS	TOTAL
ESTUDIOS	Sin estudios	2,2	2,3	2,5	1,3	2,1
	Primarios (EGB, FP1...)	59,2	40,1	31,8	22,3	41,6
	Bachiller (FP2, BUP, COU...)	29,1	26,4	34,3	35,4	30,2
	Universitarios	9,5	30,8	31,1	41,0	26,0
	NS		0,3	0,3		0,2
ACTIVIDAD	Inactivo	13,4	9,4	8,8	10,8	10,8
	Asalariado fijo	42,5	52,7	49,1	52,3	48,8
	Asalariado eventual	11,1	8,8	10,1	7,5	9,5
	Por su cuenta	13,6	12,2	16,4	18,3	14,4
	Negocio familiar	4,5	3,1	5,7	2,3	3,8
	Agricultor	7,3	3,6	2,8	0,3	4,1
	Parado	7,5	10,2	7,2	8,5	8,6
TIPO DE TRABAJO	Trabajos profesionales o directivos	8,0	23,3	22,0	29,7	19,5
	Cuadros medios	2,7	4,1	2,6	5,2	3,6
	Trabajos administrativos	12,7	16,2	17,9	18,1	15,8
	Trabajos en comercio / hostelería	10,2	8,3	10,8	9,2	9,5
	Oficios	17,7	13,4	17,5	12,9	15,4
	Trabajos industriales	17,5	13,6	10,1	11,2	13,7
	Trabajos manuales no cualificados o en el sector servicios	5,0	7,9	5,2	5,6	6,1
	Trabajos agrícolas	16,6	7,3	5,6	2,4	9,0
	Limpieza / servicio doméstico / cuidado de personas	8,9	5,3	7,1	5,2	6,7
	No contesta	0,7	0,6	1,1	0,4	0,7

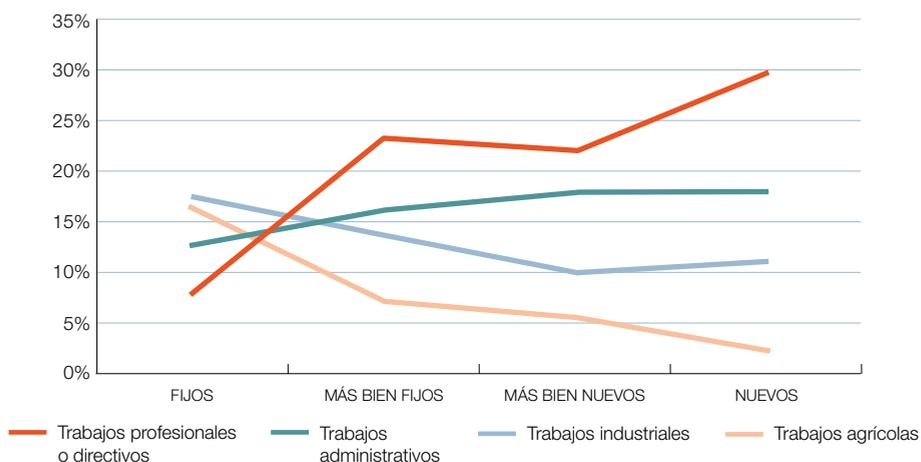
Nota: en cursiva, las diferencias estadísticamente significativas a un nivel del 95%.

Fuente: EPR-2008.

escasa participación en negocios familiares, vuelve a ser indicativa de que nos encontramos ante un fenómeno que, si entronca la comunidad rural –o lo que queda de ella– con el conjunto de la sociedad, es más por la presencia en la vida de los pueblos que por una implicación directa y al mismo nivel que la

GRÁFICO 7.5

Personas de la generación soporte según el tipo de trabajo por tipo de residencia



Fuente: EPR-2008.

de los viejos residentes. Esta forma de participación distante suscita interrogantes acerca de su papel ambivalente en la sostenibilidad social de las áreas rurales. Los nuevos residentes se presentan como renovadores de la ruralidad en el nuevo siglo, y, ciertamente, en el terreno puramente demográfico lo son. También muestran pautas de revitalización de los hogares que son profundamente positivas para neutralizar los desequilibrios demográficos y renovar el tejido social. Sin embargo, su desvinculación territorial respecto al empleo, que es fundamentalmente extralocal, y su conexión con corrientes sociales más generales que las específicamente rurales podrían crear diferencias sociales importantes dentro del ámbito rural. De hecho, algunas de estas diferencias parecen detectarse respecto a un asunto clave como es el sostenimiento de la dependencia, que recae de forma desproporcionada en los viejos pobladores.

7.3. Los inmigrantes en las áreas rurales

Uno de los cambios más significativos en la estructura social de España ha sido el crecimiento de la población de origen extranjero, crecimiento que ha sido

especialmente intenso durante los últimos años. En 2001, la población extranjera residente en España constituía el 3,8% del total de la población, mientras que en 2007 esta proporción alcanzó el 10%. El peso total de los inmigrantes en la población española se ha multiplicado por más de dos veces y media (2,6) en un breve período de tiempo. Aunque el asentamiento de inmigrantes es un fenómeno eminentemente urbano, tiene también su reflejo en las poblaciones rurales. El medio rural ha participado en este crecimiento con una intensidad parecida. La población de origen extranjero que habita en áreas rurales ha pasado del 2,8% al 6,7% durante el mismo sexenio (2001-2007).

Varios son los factores que contribuyen al asentamiento de población extranjera en España. Por un lado, están las migraciones de retiro: jubilados centroeuropeos que encuentran en las áreas litorales de España condiciones de vida más agradables para su condición de inactividad. Se trata de una corriente migratoria que se desarrolla desde mediados de los ochenta, y cuyos destinos están muy concentrados en comarcas e incluso en pueblos muy localizados.⁽²⁾ Otra fuente de inmigración es el retorno de descendientes de emigrantes, retorno que puede ser intenso en momentos de crisis en los países de procedencia. Hijos e incluso nietos de emigrantes vuelven y se asientan en lugares con los que mantienen todavía lazos familiares. Este tipo de inmigración procedente de Latinoamérica (Argentina, Venezuela, Colombia, Uruguay y Cuba principalmente) y también de Europa (Suiza y Francia) tiene especial importancia en algunas zonas rurales de Galicia.⁽³⁾

Más recientemente, durante la segunda mitad de la década de los noventa, comienza la llegada de población inmigrante en edades activas desde distintos puntos del globo. Es una inmigración muy ligada al desarrollo económico y a las expectativas de desarrollo vital de sus protagonistas. Este fenómeno ha

(2) Varios ejemplos vienen a la mente de todos: Mojácar, en el litoral de Almería; Finestrat, en Alicante, y pequeñas poblaciones del archipiélago balear. Valga como muestra del impacto, importante aunque local, de la migración de retiro el hecho de que, en 2001, en los municipios menores de 10.000 habitantes de Alicante, el 15,9% de los habitantes mayores de 65 años eran extranjeros.

(3) La correspondencia con los lugares de destino de las migraciones transoceánicas desde finales del XIX hasta mediados del siglo XX es patente. Por ejemplo, en las áreas rurales de La Coruña, el 5% de los extranjeros es suizo; en Orense, el 7% de los extranjeros rurales procede de Venezuela; en Pontevedra, los argentinos son el 9% de la población extranjera que reside en áreas rurales. Del total de los extranjeros de la Galicia rural, el 9% son colombianos. Todas estas nacionalidades tienen, por lo general, un peso bastante menor en el conjunto de los extranjeros en España (datos procedentes del censo de población de 2001).

dado lugar a lo que de forma coloquial se denomina «colectivo inmigrante».⁽⁴⁾ Precisamente este grupo es el protagonista de los cambios que estamos observando tanto en la estructura social española como en numerosas áreas rurales. Se nutre de las corrientes migratorias transnacionales, originadas desde el Norte de África, desde América Central y del Sur, así como desde la Europa del Este, y consiste en el desplazamiento de mano de obra hacia actividades económicas en sectores concretos. En la actualidad estas corrientes se amplían por los procesos de reagrupación familiar.

Los datos reflejan una gran diversidad en cuanto a lugares de procedencia y situaciones de los extranjeros residentes en las áreas rurales. Esta diversidad, que es común a la que puede observarse en las áreas urbanas, es a su vez reflejo de la propia multifuncionalidad en la que están hoy insertas las áreas rurales (tabla 7.4). Migraciones de retiro, de retorno generacional, migraciones económicas y de reagrupamiento familiar conforman un conjunto poblacional muy heterogéneo. Mientras que en el conjunto de España son los marroquíes el grupo más numeroso y, a la vez, el que más tiempo lleva viniendo, en el medio rural el principal colectivo son los rumanos, con un peso muy significativo: uno de cada seis extranjeros rurales.⁽⁵⁾ Si bien dominan las migraciones económicas (rumanos, marroquíes o ecuatorianos, vinculados a los mercados estacionales de la agricultura y la construcción), también destacan por su peso las migraciones de retiro (Gran Bretaña), las de vecindad (Francia y Portugal) y las de retorno generacional (Argentina).

Debido al acelerado crecimiento de esta corriente migratoria en las áreas rurales, el impacto de la inmigración ya no es local ni concentrado en las costas del Sudeste peninsular. Este modelo localizado estaba vinculado a las migraciones de retiro y a la expansión de la agricultura intensiva de exportación. Ahora, como reflejo de la propia diversidad de situaciones que atraviesan los territorios rurales, se convierte en un fenómeno generalizado que tiene gran impacto en la mayoría de las áreas rurales (mapa 7.1).

(4) La diferencia entre extranjero e inmigrante es de orden social. Un centroeuropeo que trabaja como profesor de idiomas no se considera miembro del colectivo inmigrante, mientras que un magrebí que trabaja en la construcción, sí. Ambos son extranjeros, y su motivación para asentarse en otro lugar, la misma: oportunidades laborales. La diferencia entre ambos es el reconocimiento de su estatus social. El primero, como trabajador cualificado, se convierte en un trabajador extranjero; el segundo, como trabajador no cualificado, se denomina «inmigrante».

(5) El colectivo rumano es el que más ha crecido en las áreas rurales en el período considerado. En 2001 era la sexta nacionalidad en el medio rural, por detrás de Marruecos, Ecuador, Reino Unido, Alemania y Colombia.

TABLA 7.4

Principales nacionalidades en el medio rural

Peso (%) de las distintas nacionalidades sobre el total de extranjeros rurales

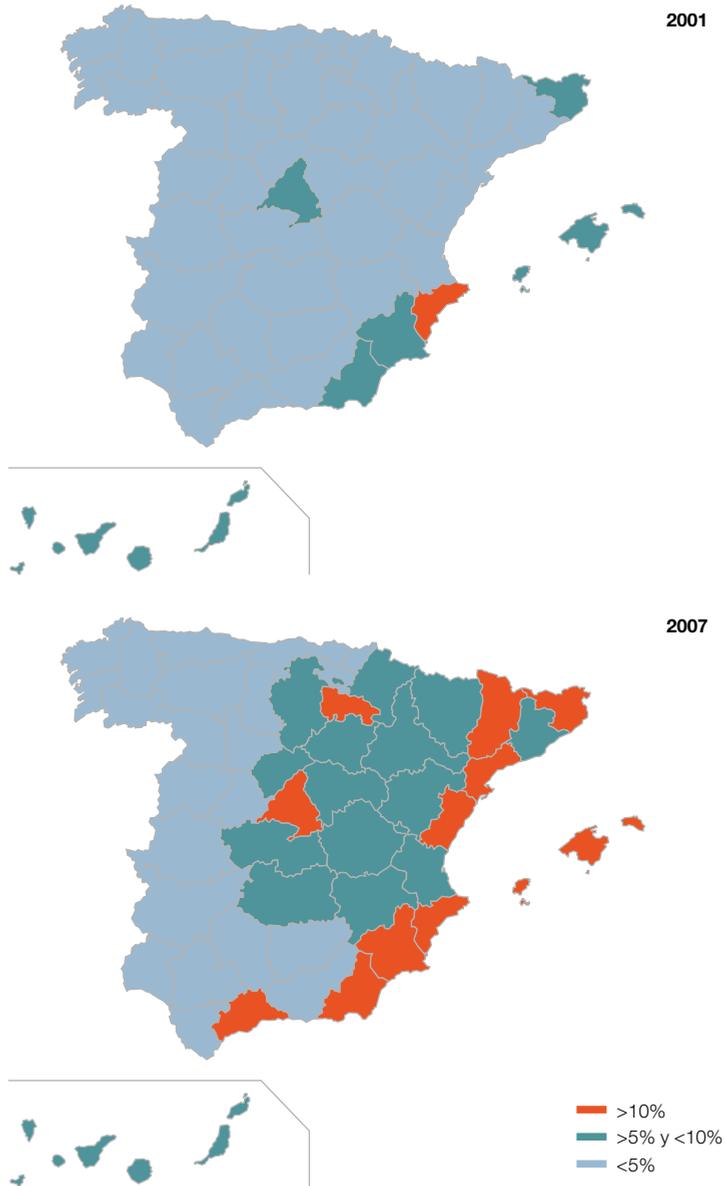
PAÍS DE NACIMIENTO	LLEGADOS ANTES DE 2005
Rumanía	156,4
Marruecos	127,5
Reino Unido	64,9
Francia	61,4
Ecuador	59,6
Bulgaria	49,2
Argentina	48,2
Colombia	43,2
Portugal	42,9
Alemania	41,7
Suiza	22,7
Venezuela	20,2
Uruguay	15,3
Polonia	14,3
Cuba	14,0
Rusia	13,8
Bolivia	13,8
Ucrania	13,7
Brasil	13,5
Países Bajos	11,6
Perú	10,7
Bélgica	10,4
Total	869,0

Fuente: ENI 2007. Elaboración propia.

Los mapas siguientes muestran la incidencia del asentamiento de nuevos residentes de origen extranjero en las áreas rurales. En 2001, la presencia de extranjeros se concentra, como ya se ha señalado, en las áreas litorales y en la corona rural de la metrópoli madrileña. Seis años más tarde, esta presencia se ha ampliado a zonas del interior, extendiéndose e intensificándose en el Levante peninsular, y los archipiélagos. Estas regiones presentan porcentajes significativos de extranjeros. El mapa de 2007, al igual que el de

MAPA 7.1

Peso de la población inmigrante residente en áreas rurales, 2001 y 2007



Fuente: censo de población de 2001 y padrón municipal de 2007. Elaboración propia.

2001, refleja las zonas en que más de uno de cada veinte habitantes rurales es extranjero.

La atracción de nuevos pobladores hacia las zonas rurales del Levante peninsular tiene su origen en los mercados laborales del litoral sometidos a una fuerte estacionalidad, en el crecimiento de la agricultura de exportación en el Mediterráneo, con demandas intensivas de mano de obra, en el crecimiento de la actividad urbanística, gran consumidora de mano de obra, y en la expansión territorial de las áreas metropolitanas, que en el caso de Madrid alcanza los núcleos rurales de las provincias limítrofes: Segovia, Guadalajara y Toledo. También se observa la importancia que tienen las actividades del valle del Ebro, vinculadas a la producción agraria, transformación –agroindustria– y envasado alimentario (cuarta gama), que generan mercados laborales también muy estacionales y con exigencias de mano de obra con alta disponibilidad. En el nuevo mapa de la inmigración rural podemos atisbar otro tipo de fenómenos. Así, regiones como Soria, Teruel y Cuenca están muy desconectadas de los procesos anteriormente señalados, siendo sus áreas rurales ejemplos del proceso de despoblamiento rural. Entre las causas de la presencia de extranjeros en estos territorios hay que hacer notar que el impacto es estadísticamente mayor en áreas de menor población y que en muchos casos se trata de población muy vinculada a actividades extractivas concretas,⁽⁶⁾ pero también habría que considerar la incidencia de ciertos programas de «acogida» desarrollados en los últimos años, concretamente en la provincia de Teruel, precisamente para luchar contra la despoblación rural y la consecuente pérdida de servicios –educación, sanidad– que implica la recesión demográfica.

Está claro que la recepción de población extranjera en áreas rurales produce un cambio importante en los paisajes sociales de la ruralidad. Sin embargo, este fenómeno, por lo reciente, no ha sido suficientemente estudiado. Los retos a la hora de profundizar en estos interrogantes son evidentes por la es-

(6) En Teruel, el 9,5% de la población rural es hoy de origen extranjero. Municipios muy pequeños como Puerto-mingalvo, de 252 habitantes, tiene un 43,6% de población extranjera; Albentosa, de 334 habitantes y un 30,2%, La Cerollera, de 124 habitantes y un 29,8%, o La Cuba, con 63 habitantes y un 28,6%; además de Fuentes de Rubielos, Josa, Salcedillo, Allueva, Aguaviva..., la mayoría en la comarca de Gudar-Javalambre en los límites con Castellón y dedicados en muchos casos a actividades relacionadas con la extracción minera. La cuarta parte de los municipios rurales turolenses supera el 10% de población extranjera. En el caso de Soria, la lógica es otra porque la concentración se produce en las cabeceras comarcales. Ólvega, lugar vinculado a la agroindustria, con 3.546 habitantes, tiene un 9,9% de extranjeros, y Almazán, un 8%. Sin embargo, en la gran mayoría de los municipios que no alcanzan los 100 habitantes no existe presencia de extranjeros.

casez de datos de calidad respecto a estos colectivos. Nos apoyaremos en la mejor fuente existente en la actualidad: la Encuesta Nacional de Inmigración, ENI-2007, realizada por el INE. A partir de esta fuente⁽⁷⁾ examinaremos los perfiles y trayectorias de los extranjeros en las áreas rurales para considerar su impacto en los procesos reales de desarrollo socioeconómico de éstas.

Una primera interpretación del importante asentamiento de inmigrantes en áreas rurales nos llevaría a pensar que los inmigrantes vienen a completar los vacíos que los desequilibrios demográficos han ocasionado en las estructuras de población rural. Los datos, sin embargo, no sustentan con firmeza esta hipótesis, que, por otro lado, resulta muy simple en la medida en que no recoge las dinámicas de desarrollo de las propias áreas rurales ni tampoco el protagonismo que pueden tener las poblaciones inmigrantes y sus familias en el desarrollo de sus propias trayectorias de residencia y trabajo.

Lo primero que observamos es que la población extranjera es una población muy concentrada generacionalmente, lo que refuerza a la generación soporte, pero muy desequilibrada por sexo, en el mismo sentido de masculinización que, como hemos visto, se produce en las áreas rurales (gráfico 7.6).

Como estrategia analítica conviene distinguir el colectivo de extranjeros por su origen, en la medida en que éste revela situaciones muy distintas. Por ello, los análisis se centrarán en dos grandes grupos: con origen en la UE-15 y con otro origen. Grupos que diferencian a los inmigrantes no sólo por su motivación, retiro o trabajo, sino también en cuanto a los niveles socioeconómicos y la consideración social en las poblaciones receptoras.

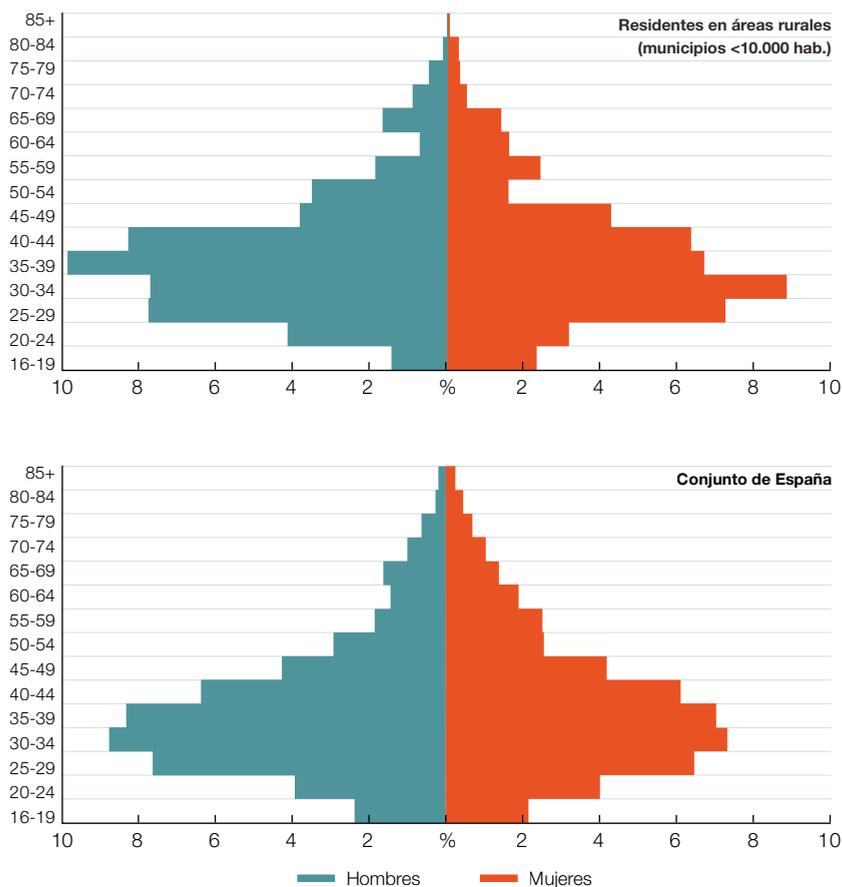
Quienes proceden de la UE-15 (gráfico 7.7) son, en primer lugar, mayores, consecuencia lógica de las emigraciones de retiro. En segundo lugar, se concentran en las edades intermedias. Aunque en general se trata de una inmigración masculinizada, sorprende que no sea así para todos los grupos de edad, especialmente en las edades intermedias. En esta reflexión conviene tener en

(7) Se trata de una encuesta representativa para el conjunto de España referida a mayores de 15 años nacidos fuera de España. El carácter complejo de las estrategias de asentamiento –resulta difícil precisar si la estancia en España es temporal o permanente en un período de tiempo– y de las condiciones legales ha motivado que los datos se refieran únicamente a quienes llevaran al menos tres años residiendo en España. La variable tamaño de hábitat sólo ha sido posible computarla de forma indirecta a través del seguimiento de las trayectorias de movilidad residencial. Aproximadamente del 22% de los casos no ha podido obtenerse dicha información, si bien no es esperable, dado el volumen y los distintos contrastes realizados, que ello produzca sesgos relevantes en la información aquí tratada.

GRÁFICO 7.6

Estructuras de población de los inmigrantes

Llegados antes de 2005



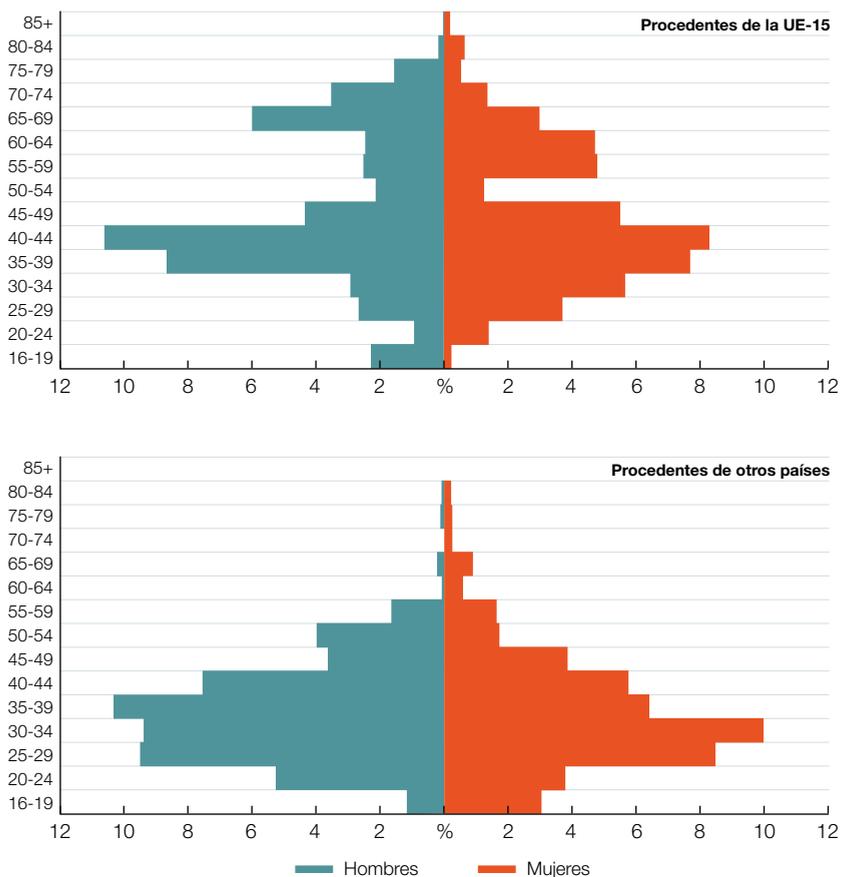
Fuente: ENI 2007. Elaboración propia.

cuenta que el lugar de residencia de los extranjeros procedentes de la UE-15 está inducido por motivos familiares, más del 40% de los mismos están casados o emparejados con un nacional (español) (tabla 7.5). Ello puede explicar la feminización en edades más jóvenes. En tercer lugar, es también una emigración de tipo laboral cuyo asentamiento en áreas rurales tiene que ver con la preferencia residencial, propia de grupos profesionales. En definitiva, la

GRÁFICO 7.7

Estructuras de población de los inmigrantes rurales

Llegados antes de 2005



Fuente: ENI 2007. Elaboración propia.

presencia de residentes de la UE-15 en el medio rural no tiene relación con los mercados de trabajo locales.

Quienes tienen su origen en regiones de fuera de la UE-15 (gráfico 7.7) se concentran en las edades intermedias, en edades muy coincidentes con la generación soporte. En el caso de los inmigrantes no comunitarios se refuerza

TABLA 7.5

Formas de convivencia en pareja de la población inmigrante residente en áreas rurales

			NO UE-15		UE-15	
			HOMBRES	MUJERES	HOMBRES	MUJERES
No casado			21,6	21,7	21,6	16,0
	Su cónyuge vive en España pero en otra vivienda		1,0	1,1	0,0	1,0
Casado o viviendo en pareja	Convive con su pareja en el domicilio	Intranacional	56,6	45,9	29,9	23,9
		Transnacional	3,6	4,1	5,4	9,8
		Mixto	10,5	25,8	41,9	48,6
	Su cónyuge reside en el extranjero		6,8	1,4	1,2	0,7
Total			100%	100%	100%	100%

Notas: mayores de 19 años llegados antes de 2005. Intranacional: ambos cónyuges de la misma nacionalidad. Transnacional: los cónyuges son de distinta nacionalidad. Mixto: uno de los cónyuges es español. Fuente: ENI 2007. Elaboración propia.

incluso la generación inmediatamente más joven que la generación soporte. También esta inmigración refuerza la masculinización rural. Los inmigrantes extracomunitarios, a pesar de su fuerte masculinización, mantienen ligeramente un mayor equilibrio en las edades de la treintena. En la actualidad se está produciendo un importante cambio de patrón en las migraciones transnacionales, en el sentido de una creciente feminización de las mismas. La feminización de las migraciones transnacionales es un fenómeno reciente, que caracteriza lo que viene denominándose «migraciones posfordistas», y que tiene que ver con la transmisión de las desigualdades de género a escala global. Principalmente en las regiones de Centroamérica y Sudamérica son las mujeres las que inician las cadenas migratorias. La desvalorización del trabajo en origen y la subsidiariedad económica que se atribuye a las mujeres en las regiones y familias de origen las convierte, dentro de las estrategias familiares, en los miembros seleccionados para insertarse en los mercados laborales transnacionales que demandan trabajadores precarios e irregulares.⁽⁸⁾

(8) Por otra parte, también los lugares de destino favorecen dicha segmentación migratoria por sexo, ante la falta de recursos públicos para el cuidado de personas, la crianza y la externalización del trabajo doméstico familiar, que favorecen una demanda de trabajadores femeninos.

La desvalorización social en origen las convierte en las más aptas para adecuarse a las condiciones laborales que les aguardan. En el caso de España, sin embargo, la importancia que tiene la inmigración marroquí, que es una inmigración muy masculinizada⁽⁹⁾ y estacional, denominada a veces de golondrina, hace que los datos del conjunto de inmigrantes mantengan el panorama de masculinización. Por ejemplo, si nos fijamos en la tabla anterior (tabla 7.5), observamos que el 6,8% de los hombres no comunitarios tienen a su cónyuge residiendo en el lugar de origen.⁽¹⁰⁾

La tabla 7.5 también nos permite relacionar la inmigración con algunos efectos de la masculinización rural. Un poco más de la cuarta parte de las mujeres no comunitarias que residen en áreas rurales está casada con un español. En este sentido se observa que el matrimonio es un factor importante de arraigo de las inmigrantes en el medio rural, dato que podemos relacionar con el elevado grado de soltería masculina rural y con las «caravanas de mujeres», que se conocieron a través del mediático caso del municipio de Plan en el Pirineo.

Las consecuencias de la inmigración en la estructura demográfica rural son contradictorias. Por una parte, la llegada de estos nuevos residentes agranda algunos de los desequilibrios demográficos como es la situación de masculinización. Por otra parte, se observan tendencias que pueden revitalizar a las propias poblaciones rurales. Al tratarse de una población en edad genésica, el impacto puede ser vitalista en el sentido demográfico. Aunque técnicamente resulta relativamente complejo valorar este impacto,⁽¹¹⁾ en la tabla 7.6 se exponen algunos datos referentes a la convivencia de los inmigrantes con sus hijos. A pesar de que conviven en menor medida con sus hijos quienes residen en áreas rurales que quienes lo hacen en áreas urbanas, las diferencias son ligeras; es más, en cuanto al número de hijos que conviven con ellos no aparecen diferencias destacables en el hábitat. Sin embargo, aunque las diferencias sean

(9) No obstante, comienzan a observarse también migraciones femeninas de carácter estacional desde Marruecos. El caso de la fresa en Huelva es un buen ejemplo. Para ciertos trabajos agrarios se seleccionan mujeres casadas, de esta forma se garantiza que la emigración sea sólo temporal. Véase el artículo «Manos de madres para recoger fresas», *El País* (19.01.07).

(10) En el conjunto de la inmigración marroquí, el 14,4% de los hombres inmigrantes que residen en España tienen a su cónyuge residiendo en el lugar de origen.

(11) El principal obstáculo para ello es el hecho de que muchos inmigrantes ya han tenido los hijos antes de llegar y es difícil valorar en qué momentos o condiciones se produce el reagrupamiento familiar, que tampoco tiene necesariamente que coincidir con el domicilio de los padres, dependiendo de la edad en que se produce dicho reagrupamiento.

TABLA 7.6

Indicadores de convivencia paterno-filial de la población inmigrante por tamaño de hábitat

	<10.000	10.001 a 20.000	20.001 a 50.000	>50.000
Tienen hijos menores de 16 años que viven en el domicilio	55,9%	60,9%	57,7%	62,1%
Media de hijos menores de 16 años que viven en el domicilio	1,62	1,56	1,67	1,49

Notas: mayores de 19 años llegados antes de 2005. Media sobre quienes tienen hijos residiendo en el domicilio.
Fuente: ENI 2007. Elaboración propia.

TABLA 7.7

Ocupación por ramas de actividad

Total de población extranjera residente en España

	HOMBRES	MUJERES
Agricultura	7,3	2,5
Manufactura	13,3	6,9
Construcción	33,1	0,8
Comercio	11,3	14,1
Hostelería	10,0	17,5
Transporte, minería, energía y pesca	7,8	3,7
Servicios a empresas	7,6	13,4
Administración y educación	3,5	6,1
Servicios personales	5,3	11,3
Hogares	0,8	23,7
Total	100%	100%

Nota: llegados antes de 2005.
Fuente: ENI 2007. Elaboración propia.

pequeñas, el hecho de que los tamaños de familia inmigrante sean similares en las áreas rurales y las urbanas, dada la situación de menor natalidad de las áreas rurales, contribuye a mantener cierta vitalidad demográfica.

En relación con la actividad laboral de los inmigrantes, ésta se encuentra muy concentrada dentro de un reducido abanico de ocupaciones muy diferenciadas por sexo (tabla 7.7). Este escenario puede resumirse señalando a la construcción –uno de cada tres hombres extranjeros trabaja en este sector– y al

servicio doméstico –casi una de cada cuatro extranjeras tiene esta ocupación– como los grandes sectores que concentran la actividad. No obstante, este panorama resumido por grandes sectores de actividad esconde una diversidad real de ocupaciones y, sobre todo, de situaciones. Por ejemplo, en el caso de las inmigrantes, la hostelería y el comercio son también actividades que tienen una gran importancia como fuente de empleo, o, en el caso de ellos, las ocupaciones manufactureras. La cuestión relevante en la ocupación es la posición laboral de los trabajadores, algo que resulta muy difícil de observar con los dispositivos estadísticos empleados en el análisis de la ocupación por rama de actividad.⁽¹²⁾

En definitiva, más allá de las características que los procesos históricos han ido sedimentando en las poblaciones rurales, la llegada de nuevos pobladores a este medio pone en evidencia su apertura a procesos complejos e, incluso, de alcance transnacional. Todo ello refuerza la idea de la inserción de lo rural en la sociedad global, así como la importancia de los factores sociológicos a la hora de explicar quiénes son y por qué y dónde buscan fijar su residencia esos nuevos pobladores que están contribuyendo a redefinir los rasgos sociales y demográficos de las áreas rurales.

(12) Es el caso, por ejemplo, de los servicios a empresas. Esta categoría de ocupación es muy amplia e incluye limpieza industrial, *call centers*, locutorios, guardas de seguridad... De forma rápida podríamos señalar que esta categoría acapara la mayor parte del empleo temporal en el sector servicios, gestionado desde empresas de trabajo temporal.

VIII. Desigualdades en el acceso a la movilidad

En las sociedades modernas, la movilidad se ha convertido en un recurso imprescindible para resolver las necesidades cotidianas y llevar a cabo buena parte de nuestras responsabilidades sociales. El acceso a las oportunidades y los servicios, las opciones de ocio y consumo, y la sociabilidad, dependen en gran medida de los recursos disponibles para desplazarnos comprimiendo los tiempos y espacios. La movilidad y, más concretamente, la movilidad basada en los automóviles privados, también denominada *automovilidad*, han sido naturalizadas como algo consustancial a nuestras formas de vida y de la ciudadanía moderna. Y con ello, su ausencia o limitación también ha determinado la creación de nuevas formas de exclusión y precarización social. De este modo, la *automovilidad* trasciende el carácter meramente instrumental, de conexión entre espacios distantes, y se convierte en un elemento que, por una parte, habilita para la acción, al permitir un transporte relativamente veloz y flexible y, por otra parte, limita las posibilidades, al haber contribuido a organizar el espacio en función del exclusivo uso del automóvil privado.

La capacidad para moverse deriva de una combinación de recursos (por ejemplo, posesión de automóvil privado, poder adquisitivo) y destrezas variables (por ejemplo, la destreza para conducir se pierde con la edad). En este sentido, la movilidad también se configura como un capital social que puede incrementarse o reducirse (por ejemplo, los cambios residenciales o la ayuda de la red familiar) pero que también se transforma e intercambia por otros capitales económicos, relacionales, etc. (por ejemplo, accediendo a mejores empleos en los mercados de trabajo fuera del municipio).

8.1. La movilidad como parte de la fragilidad rural

La *automovilidad* se ha convertido en un elemento clave del mundo rural contemporáneo. Especialmente para habitar ciertos tipos de hábitats (sistemas de poblamiento disperso, áreas de montaña) o aquellas áreas con unas especiales características socioeconómicas: fuertemente envejecidas, con pequeños volúmenes de población que no hacen rentable el transporte público y dependientes de mercados de trabajo extralocales. Por otro lado, la centralización de los servicios (sanitarios, educativos, entre otros), así como de las ofertas comerciales y de ocio otorgan también a esta forma de movilidad un papel estratégico. Pero este hecho, como comprobaremos a continuación, supone un factor de vulnerabilidad y desigualdad para numerosos grupos rurales.

El censo de 2001 registraba casi dos millones de residentes en municipios de menos de 10.000 habitantes viviendo en hogares sin automóvil. En comparación con las áreas de tamaño medio, el mundo rural aparece relacionado desfavorablemente con este recurso estratégico. Por un lado, el peso de los colectivos *inmovilizados* se incrementa a medida que desciende el tamaño de hábitat, siendo especialmente importante en los más ruralizados. Por debajo de los 2.000 habitantes una de cada cinco personas carece de automóvil en su hogar, llegando a una de cada cuatro en los municipios de menos de 500 habitantes.

Diversos procesos aparecen asociados a este fenómeno (como el envejecimiento y la pobreza), pero cabe subrayar la vulnerabilidad que presentan ciertos grupos en relación con la *automovilidad*, así como las situaciones de riesgo y dependencia que pueden derivarse de estas situaciones. La tabla 8.1 muestra el peso que adquieren entre los que viven en hogares sin coche algunas de estas condiciones sociales (mayores de 65 años, menores de 16 años, parados) según las diferentes comunidades autónomas. Algunas de ellas (como Andalucía y Extremadura) registraban viviendo en este tipo de hogares rurales a más de 1 de cada 10 niños menores de 16 años, a 6 de cada 10 mayores de 65 años y algo más de 2 de cada 10 parados.

El proceso de envejecimiento de la sociedad en general y de ciertas áreas rurales en particular desempeña un papel determinante. Así, del conjunto de personas que vivían en hogares sin vehículo en 2001 la mitad eran pensionistas (por jubilación, viudedad o invalidez). Además, uno de cada tres de estos

TABLA 8.1

Personas que viven en hogares sin vehículo (municipios de menos de 10.000 habitantes)

	NÚMERO TOTAL DE PERSONAS	% ENTRE LOS MENORES DE 16 AÑOS	% ENTRE LOS MAYORES DE 65 AÑOS	% ENTRE LOS PARADOS
Total de personas	1.947.347	124.804	1.059.923	117.645
España	20,3	8,7	51,5	20,0
Andalucía	421.799	12,3	62,0	24,3
Aragón	79.832	6,5	49,0	17,1
Asturias	34.938	8,7	49,5	18,8
Baleares	22.534	5,7	38,8	11,1
Canarias	46.346	11,8	45,4	21,8
Cantabria	28.386	6,5	42,2	14,0
Castilla y León	267.988	7,5	57,4	18,5
Castilla-La Mancha	210.674	8,2	61,0	20,6
Cataluña	158.545	5,8	35,5	12,8
Comunidad Valenciana	136.909	6,6	47,1	16,0
Extremadura	156.004	10,1	64,6	22,5
Galicia	196.599	9,1	44,9	17,3
La Rioja	23.726	8,2	54,8	21,0
Madrid	43.628	8,0	48,4	15,0
Murcia	17.827	10,3	52,7	18,1
Navarra	39.696	6,4	40,8	15,4
País Vasco	61.916	7,2	41,8	17,6

Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

hogares estaba formado por dos adultos (al menos uno de 65 años o más), sin menores y, prácticamente, otros 2 de cada 10 por una persona sola de 65 años o más (en la mayoría de los casos mujeres) (tabla 8.2). De este modo, los mayores de 65 años residentes en áreas rurales en hogares que no disponen de automóvil superan el 60% en las siguientes provincias: Cádiz, Granada, Huelva y Jaén (Andalucía), Ávila, Salamanca y Zamora (Castilla y León), Cáceres y Badajoz (Extremadura) y Toledo, Ciudad Real y Cuenca (Castilla-La Mancha). Un indicador que sugiere unos paisajes sociales donde los grupos dependientes (de su propia red familiar y de los servicios sociales) adquieren un fuerte peso. En los casos más expuestos, este tipo de hogares que carecen

TABLA 8.2

Estructura de los hogares sin vehículo (municipios de menos de 10.000 habitantes)

	TOTAL DE PERSONAS	% SOBRE TIPO DE HOGAR	% SOBRE HOGARES SIN COCHE
Total	1.947.347	20,3	100
Unipersonales <65	122.765	33,5	6,3
Unipersonales 65 y más	365.781	88,1	18,8
Monoparentales con menores	30.550	23,3	1,6
Dos adultos de 16 a 64 años, sin menores	100.816	15,2	5,2
Dos adultos, uno al menos de 65 años o más, sin menores	593.398	56,8	30,5
Biparentales con hijos	136.360	6,9	7,0
Dos adultos, uno de 16-35, con o sin menores	154.542	11,3	7,9
Dos adultos, de 35 años y más, con o sin menores	76.794	6,9	3,9
Otros hogares con varios adultos, con o sin menores	366.341	14,6	18,8

Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

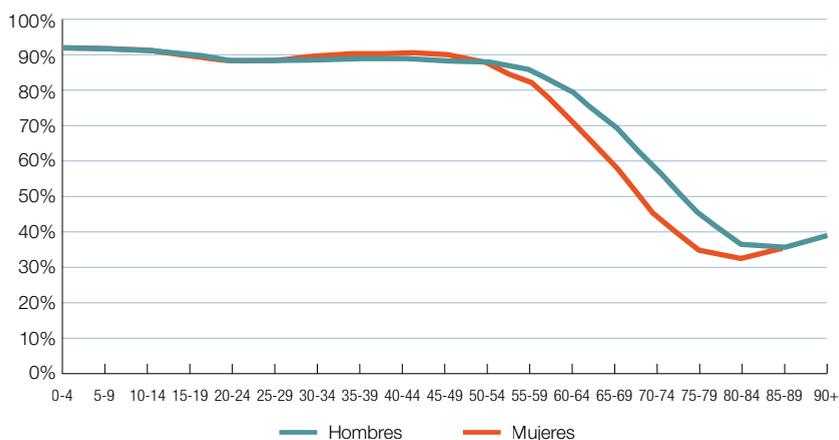
del recurso de la *automovilidad* privada pueden acumular varias situaciones de riesgo social en su seno. Por ejemplo, un total de 16.735 personas convivían en hogares sin coche y con más de 3 parados (el 47% de todos ellos se registraban en las áreas rurales andaluzas).

La movilidad precarizada que presentan determinados grupos de residentes rurales contrasta, sin embargo, con la motorización intensificada que hallamos en otros (como los jóvenes o las clases medias exurbanas llegadas a las áreas rurales durante las últimas décadas). El censo de 2001 mostraba, por ejemplo, que entre los ocupados menores de 35 años el coche era utilizado como medio de desplazamiento al trabajo por 6 de cada 10 en los estratos de hábitat intermedios (entre 10.000 y 50.000 habitantes) y por debajo de los 10.000 habitantes sumaba a 7 de cada 10 jóvenes (el 72% de los que residían por debajo de 2.000 habitantes).

Esta relación desigual con la *automovilidad* que presentan los residentes rurales se aprecia mejor comparando el peso que adquieren las personas que viven

GRÁFICO 8.1

Porcentaje de las personas que viven en hogares con vehículo según grupos de edad (municipios de menos de 10.000 habitantes)



Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

en hogares que disponen de vehículo en los diferentes grupos de sexo y edad (gráfico 8.1). Los grupos *inmovilizados* se incrementan de manera importante en las generaciones maduras (entre 50 y 80 años) para reducirse después entre los más ancianos (que suelen integrarse en hogares de familiares que disponen de vehículo). También las mujeres presentan una situación ligeramente desigual respecto de sus compañeros de generación masculinos. Cabe reseñar, por otro lado, la especial asociación que se establece entre los hogares con niños y la *automovilidad* debido a la multiplicación de las tareas y responsabilidades asociadas a la crianza.

8.2. La movilidad en relación con las oportunidades y el empleo

La vida cotidiana en el mundo rural de nuestros días se configura necesariamente de acuerdo con las posibilidades que ofrece la generalización de la *automovilidad*. La flexibilidad que ofrece este recurso privado hace posibles el arraigo juvenil y femenino, las estrategias residenciales y laborales de buena parte de sus residentes, el repoblamiento de ciertas áreas con nuevos residen-

tes exurbanos y la permanencia de otras notablemente envejecidas y convenientemente asistidas por las redes familiares.

Por ejemplo, el acceso al empleo aparece claramente ligado en más de la mitad de los ocupados rurales a las posibilidades que ofrecen los medios de transporte de romper las constricciones de los mercados de trabajo locales. Una opción que parece más necesaria a medida que se reduce el tamaño del hábitat, como muestra la tabla 8.3, y que en la mayoría de los casos implica el desplazamiento en automóvil.

Esta movilidad laboral rutinaria fuera del municipio es una forma de inserción laboral generalizada entre los jóvenes rurales. Los diferentes hitos del ciclo vital (matrimonio, hijos, etc.) pueden favorecer más tarde una progresiva tendencia hacia la adecuación local del trabajo y la residencia (abandono laboral femenino, cambios residenciales, etcétera). Pero, como se ve en el gráfico 8.2, los grupos de ocupados más jóvenes mantienen una alta movilidad, empleándose en más de 1 de cada 2 casos en los mercados de trabajo extralocales. Esta

TABLA 8.3

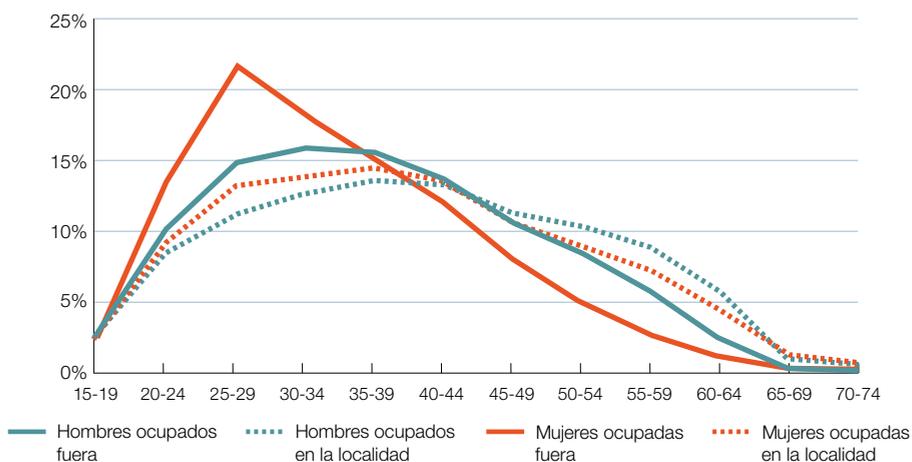
Ocupados de más de 16 años que trabajan en otro o en varios municipios

	TOTAL OCUPADOS QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO	HOMBRES QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO	MUJERES QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO	JÓVENES (MENORES DE 35 AÑOS) QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO
Totales	37,6	41,5	31,3	41,2
Menos de 101 habitantes	55,5	51,6	66,5	71,0
De 101 a 500 habitantes	53,4	51,7	57,5	66,8
De 501 a 1.000 habitantes	52,2	52,7	51,1	63,4
De 1.001 a 2.000 habitantes	50,6	52,2	47,3	58,9
De 2.001 a 5.000 habitantes	48,0	50,6	42,9	54,3
De 5.001 a 10.000 habitantes	45,8	48,6	40,7	49,8
De 10.001 a 20.000 habitantes	44,9	48,1	39,2	47,8
De 20.001 a 50.000 habitantes	44,2	47,3	39,0	46,5
De 50.001 a 100.000 habitantes	41,7	45,7	35,3	44,0
De 100.001 a 500.000 habitantes	31,7	35,9	25,3	35,4
Más de 500.000 habitantes	19,8	24,0	14,3	21,2

Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

GRÁFICO 8.2

Estructura de edades de los ocupados fuera y en el municipio de residencia (residentes rurales)



Fuente: censo de población de 2001. Elaboración propia.

relación se invierte de manera acusada entre los maduros (de más de 50 años), que optan por el arraigo laboral local. En el caso de las mujeres, la movilidad laboral fuera del municipio se reduce de una manera muy significativa después de los 30 años, hasta casi desaparecer más adelante.

Las diferentes pirámides de edad de los grupos de hombres y mujeres empleados fuera y en el propio municipio de residencia muestran la presión que ejerce el medio rural (en cuanto entorno restringido de oportunidades) sobre los residentes más jóvenes. También podemos observar como aparecen asociadas las estrategias generacionales, de género y de movilidad laboral, en los diferentes grupos de residentes rurales.

Por ejemplo, buena parte de las mujeres que trabajaban fuera del municipio en 2001 se integraban en los empleos cualificados de los servicios y las administraciones públicas (enseñanza, sanidad) y como técnicos medios de gestión (administrativos). Junto a estas ocupaciones, también adquirirían un fuerte peso otras no cualificadas (servicios personales en los hogares, cuidados y atención personal, limpieza). Los varones empleados fuera se orientaban más a

las ocupaciones *manuales* (construcción, cualificados de la agricultura) y los transportes. Podemos resumir estas estrategias laborales considerando que 3 de cada 10 residentes rurales ocupados fuera del municipio de residencia eran varones empleados en la construcción o en trabajos de *cuello azul*; otros dos más eran un hombre y una mujer empleados como profesionales, técnicos titulados o trabajadores de *cuello blanco*; y en otros dos casos más se trataba de un varón y una mujer empleados en ocupaciones no cualificadas.

Otros estudios (Camarero *et al.*, 2006) han revelado cómo la reducción de la precariedad laboral entre las mujeres rurales aparece sustentada en el transporte privado. Entre las jóvenes rurales, los grupos que presentaban una alta movilidad (con trabajo fuera del municipio, vehículo propio, que empleaban más de 20 minutos de media en el trayecto cotidiano al trabajo) disfrutaban de empleos directivos, técnicos o profesionales. Mientras tanto, los grupos con una movilidad baja (jóvenes menores de 20 años, empleadas en la localidad y que no disponían de vehículo propio) mantenían peores condiciones de empleo y más a menudo trabajos no cualificados. El automóvil privado parece configurarse así como una de las llaves para mejorar los itinerarios de inserción profesional entre las mujeres y los jóvenes rurales.

Si observamos este fenómeno desde la perspectiva territorial, las particularidades que adquieren las diferentes formas del *commuting* por motivos laborales en las áreas rurales de las diferentes comunidades autónomas definen dos patrones básicos (Oliva, 2007) (tabla 8.4). Por un lado, el que caracteriza a las áreas más industrializadas y urbanizadas (por ejemplo, Cataluña, Madrid y País Vasco) donde se ha convertido en una forma generalizada de trabajo y residencia. Su peso es aquí mayor en todos los grupos ocupacionales, de género y generacionales, y se orienta en diferentes direcciones (*commuting* interrural, rural-urbano, etcétera). Por otro lado, el modelo de las regiones tradicionalmente latifundistas y menos o más tardíamente industrializadas (por ejemplo, Andalucía y Extremadura) donde estas estrategias, menos generalizadas, se concentran en ciertas ocupaciones que desempeñan los grupos juveniles, y mantienen unas tasas de participación femenina más bajas.

En las primeras áreas rurales (próximas a los entornos metropolitanos, integradas en las regiones más industrializadas y en las comunidades uniprovinciales del Norte peninsular) se perfilan unos mercados de trabajo extralocales

TABLA 8.4

Características del trabajo rural extralocal

	OCUPADOS FUERA / OCUPADOS MUNICIPIO	MUJERES / HOMBRES OCUPADOS FUERA	% MOVILIDAD INTERRURAL	% OCUPADOS FUERA (HOMBRES < 35 AÑOS)	% OCUPADAS FUERA (MUJERES < 35 AÑOS)	% OCUPADOS FUERA QUE HACEN VIAJES DE MÁS DE 30 MINUTOS
Totales	0,93	0,45	24,4	55,4	53,5	28,6
Andalucía	0,68	0,36	20,0	47,7	41,2	33,4
Aragón	0,69	0,46	34,5	47,2	51,1	24,8
Asturias	0,70	0,37	25,0	54,4	47,4	33,3
Baleares	0,64	0,58	15,6	39,3	41,6	22,1
Canarias	0,92	0,50	11,3	52,6	49,0	49,7
Cantabria	1,52	0,40	24,1	70,2	65,4	21,0
Castilla y León	0,96	0,43	23,7	59,4	62,3	23,7
Castilla-La Mancha	0,74	0,34	25,2	50,4	44,5	34,4
Cataluña	1,25	0,59	26,9	60,3	62,2	25,1
C. Valenciana	0,90	0,45	26,4	53,3	49,0	20,1
Extremadura	0,52	0,33	29,1	43,8	38,5	26,2
Galicia	0,90	0,43	20,5	62,8	56,6	28,5
La Rioja	0,72	0,43	34,6	46,9	48,4	16,0
Madrid	1,85	0,52	12,6	68,2	64,7	57,8
Murcia	0,85	0,35	9,4	56,0	41,6	23,8
Navarra	1,26	0,51	37,7	62,1	62,4	18,6
País Vasco	1,87	0,52	30,6	71,8	69,4	23,0

Fuente: Oliva, 2007.

más diversificados y accesibles que emplean a los dos sexos y los diferentes grupos de edad. En las segundas áreas, la movilidad laboral parece más difícil o menos necesaria y los movimientos se orientan hacia los mercados de trabajo masculinizados de las áreas metropolitanas, las capitales o cabeceras comarcales. Si en las primeras hallamos a 6 o 7 de cada 10 jóvenes rurales menores de 35 años desplazándose a diario para trabajar en otro municipio y las jóvenes rurales movilizadas registraban tasas iguales o mayores que sus homólogos masculinos, en el segundo grupo su peso se reducía notablemente (apenas 3 o 4 de cada 10 ocupadas rurales trabajaban fuera del municipio).

8.3. La generación soporte en relación con la movilidad

La movilidad diaria es un recurso fundamental para las estrategias laborales y residenciales de buena parte de la generación soporte. Especialmente para los llegados al municipio durante la última década, entre los cuales más de 7 de cada 10 se desplazan para trabajar fuera del mismo (tabla 8.5). También en este grupo encontramos una mayor generalización del uso del coche y un mayor porcentaje de ocupados que emplean más tiempo para desplazarse al trabajo.

En comparación con la movilidad laboral masculina, las mujeres de este grupo generacional presentan un mayor grado de arraigo laboral local (especialmente aquellas que residen en el municipio desde hace más de una década). Y cuando se desplazan a trabajar fuera, muestran una movilidad rutinaria más amable y cercana. Por ejemplo, una de cada cuatro mujeres se desplaza andando o en bicicleta, y la mitad trabaja en el mismo municipio donde reside (frente al 38% de los hombres). En general, los trabajadores *localizados*, es decir, aquellos que se emplean en el mismo municipio de residencia, son los

TABLA 8.5

Movilidad laboral de la generación soporte por sexo y por tiempo de residencia

	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	NUEVOS RESIDENTES (<10 AÑOS)	LOCALES (>10 AÑOS)
Trabaja a domicilio	5,3	4,8	6,0	3,8	5,5
Trabaja a domicilio o en el municipio	42,5	38,1	49,0	18,4	46,2
Trabaja fuera del municipio o en varios lugares	56,2	60,4	50,1	72,5	52,4
Tarda menos de 20 minutos	66,3	62,3	72,4	54,8	69,1
Tarda más de 20 minutos	30,8	34,0	26,2	43,1	27,9
Se desplaza andando o en bicicleta	19,3	15,1	25,7	14,5	20,5
Se desplaza en coche	70,6	72,8	67,4	73,6	69,9
Se desplaza en transporte público o de la empresa	8,7	10,6	6,0	12,0	8,0
Se desplaza acompañado	23,0	20,8	26,6	17,5	24,3

Fuente: EPR-2008.

que menos tiempo necesitan para llegar al trabajo (menos de 10 minutos en el 90% de los casos), mientras que prácticamente la mitad de los que trabajan fuera invierten más de 20 minutos (tabla 8.6).

En cuanto al medio utilizado para desplazarse, la división entre los que trabajan en el municipio y los que trabajan fuera del mismo muestra también la importancia de las estrategias de movilidad cotidianas basadas en el uso del vehículo privado (tabla 8.7).

Si atendemos más detenidamente al colectivo formado por las personas que no conducen, podemos observar que su posición diferencial respecto a las

TABLA 8.6

Tiempo empleado en desplazamiento al trabajo en la generación soporte por lugar de trabajo y sexo

	TRABAJAN EN EL MISMO MUNICIPIO						TRABAJAN FUERA DEL MUNICIPIO		
	TOTALES	HOMBRE	MUJER	HOMBRE	MUJER	TOTAL	HOMBRE	MUJER	TOTAL
< 10 min.	39,3	37,5	42,2	81,5	77,3	79,6	14,2	12,6	13,6
10-20 min.	27,0	24,8	30,2	11,0	19,5	14,9	33,1	39,9	35,5
20-30 min.	13,5	14,4	12,4	3,4	2,8	3,1	20,8	20,5	20,7
30-60 min.	12,4	13,3	10,9	3,1	0,4	1,8	19,5	20,5	19,8
> 60 min.	4,9	6,2	2,9	0,7	0,0	0,4	9,3	5,5	7,9

Fuente: EPR-2008.

TABLA 8.7

Medio utilizado por la generación soporte para desplazarse por lugar de trabajo y sexo

	TRABAJAN EN EL MUNICIPIO						TRABAJAN FUERA DEL MUNICIPIO		
	TOTAL	HOMBRE	MUJER	TOTAL	HOMBRE	MUJER	TOTAL	HOMBRE	MUJER
Coche/moto	70,6	72,7	67,5	50,3	55,8	43,8	85,5	83,7	88,8
Transporte empresa	5,6	8,0	2,0	3,3	5,1	1,2	7,3	9,8	2,7
Transporte público	3,1	2,6	4,0	0,4	0,0	0,8	5,0	4,2	6,5
Andando/bicicleta	19,3	15,1	25,6	46,0	39,0	54,2	1,9	2,1	1,7

Fuente: EPR-2008.

TABLA 8.8

Conductores y no conductores de la generación soporte según el tipo de trabajo

	TOTAL	NO CONDUCE HABITUALMENTE	SÍ CONDUCE HABITUALMENTE
Trabajos profesionales / directivos	15,8	13,4	20,5
Cuadros medios	2,9	1,4	3,9
Trabajos administrativos	12,8	14,2	16,1
Trabajos en comercio / hostelería	7,6	14,5	8,6
Oficios	12,4	12,2	15,9
Trabajos industriales	11,1	9,1	14,5
Trabajos no cualificados manuales	4,9	9,2	5,6
Trabajos agrícolas	7,2	10,2	8,8
Limpieza / servicio doméstico / cuidados personales	5,4	14,8	5,5

Fuente: EPR-2008.

oportunidades y los servicios aparece asociada en la encuesta con la actividad, el género y los años de residencia en el municipio. Por ejemplo, no sólo unosw de cada 5 de los que no conducen se declara inactivo, sino que los parados adquieren también un mayor peso en este grupo (13,5%) que en el resto, junto con los asalariados eventuales (12,2%). En contraste, más de la mitad de los conductores habituales aparecen como asalariados fijos y sólo un pequeño porcentaje (7,5%) se declara parado. Sería inadecuado interpretar esta asociación como una relación causal pero la relación apunta a estilos de vida diferenciados, que amplían o reducen los abanicos de oportunidades a las que tienen acceso los diferentes grupos de residentes rurales.

Y si este grupo de personas se perfila como potenciales demandantes habituales de ayuda en su red social y familiar (por ejemplo, para acudir a los centros comarcales, desplazarles al trabajo, encargos fuera del municipio), también constituyen, en cuanto miembros de la generación soporte carentes de movilidad motorizada, un grupo mucho más precarizado para proporcionar ayuda dentro de su propia red. De hecho, la ayuda proporcionada y recibida en relación con el transporte constituye el tercer ítem señalado tanto por hombres como por mujeres después del cuidado de los hijos y la ayuda en tareas domésticas.

Los tipos de hogar, así como el tamaño y los recursos que utilizan las redes familiares inmediatas, se convierten en condiciones que multiplican los recursos o bien incrementan las cargas en relación con la ayuda y la movilidad. Por ejemplo, sólo un pequeño porcentaje (el 5,2%) de la generación soporte es llevado por otra persona cuando viaja a la ciudad, y apenas un 10% lo hace utilizando el transporte público. Sin embargo, si observamos con mayor atención los hogares donde viven estas personas, podemos identificar la mayor o menor dependencia que muestran para desplazarse (y acceder a los servicios especializados que ofrece la ciudad más próxima). La tabla 8.9 contiene la distribución en las diferentes tipologías de hogares. Por ejemplo, el peso de los que son llevados a la ciudad se incrementa en los hogares monoparentales y aquellos donde conviven miembros de la *familia extensa*.

Por otro lado, no sólo los recursos disponibles sino también la definición de los roles familiares y los diferentes estilos de vida determinan las formas de ayuda que se presta o demanda a través de la red familiar. Por ejemplo, los residentes más antiguos presentan estilos de vida más *localizados* y una menor movilidad en sus prácticas sociales. Sin embargo, los que se han instalado durante la última década, además de trabajar más a menudo fuera del municipio y conducir más habitualmente, ofrecen también unos estilos de vida más *deslocalizados*. Es decir, son ellos los que hacen un uso más intensivo de la movilidad, incorporándola a un número mayor de sus actividades cotidianas

TABLA 8.9

Modo habitual de ir a la ciudad en la generación soporte

	TOTAL	LE LLEVAN	EN TRANSPORTE PÚBLICO
Vive solo	4,5	2,1	8,6
Vive en pareja	9,1	7,4	9,7
Vive en pareja con hijos mayores de 5 años	37,5	36,2	36,2
Vive en pareja con menores de 6 años	20,1	20,2	10,8
Monoparentales con hijos	3,4	5,3	7,0
Soltero con mayores	15,1	11,7	16,2
Familia extensa	8,4	11,7	7,0
Otros	1,9	5,3	4,3

Fuente: EPR-2008.

TABLA 8.10

Miembros de la generación soporte que durante la última semana llevaron o acompañaron a personas, por algún motivo, fuera del pueblo

Total	34,8
Hombre	34,6
Mujer	35,1
Menos de 10 años viviendo en el municipio	36,0
Más de 10 años viviendo en el municipio	34,2
Trabaja en el municipio	31,2
Trabaja fuera del municipio	37,5

Fuente: EPR-2008.

(por ejemplo, se desplazan más a menudo fuera del municipio para realizar compras o llevar los niños a guarderías). La tabla 8.10 ofrece una exploración de estas relaciones.

8.4. Movilidad y mercados de trabajo

En comparación con las relaciones laborales que predominan en las áreas urbanas, los mercados de trabajo rurales han sido tradicionalmente descritos con rasgos que muestran su fragilidad (mayor predominio de las relaciones informales, de prácticas paternalistas, de empleos menos cualificados, de contratos eventuales, etcétera). Estas características se ajustan de manera particular a los mercados de trabajo locales. La vulnerabilidad del empleo rural aparece así estrechamente asociada a la movilidad en cuanto segmenta en dos mundos laborales diferenciados y proporcionales a sus ocupados. Por ejemplo, el censo de 2001 registraba a casi 1 de cada 4 ocupados localmente en las actividades primarias (básicamente agricultura) y a 1 de cada 5 en el comercio y la hostelería. Un número importante de estos trabajadores (el 11,6%) desarrollaba su actividad en el propio domicilio. Sin embargo, los perfiles que mostraban los ocupados en los mercados de trabajo extralocales eran más diversificados y parcialmente cualificados (1 de cada 5 se empleaba en la industria manufacturera y otro más en las administraciones públicas, educación y sanidad).

El sector primario, los pequeños negocios y los servicios personales predominan sobre las ocupaciones de los que se emplean en el propio municipio

de residencia. En algunos casos se trataba de segmentos muy envejecidos y masculinizados (como los gerentes de pequeñas y medianas empresas del comercio, hostelería y restauración donde los mayores de 50 años sumaban a más de 1 de cada 5 ocupados). En el caso de los jóvenes empleados localmente, aparecen a menudo como mano de obra complementaria y no cualificada de estos mismos sectores (trabajadores de los servicios de restauración –la mitad de ellos menor de 35 años–, peones agropecuarios –7 de cada 10 de este mismo grupo de edad–, empleados en los servicios personales –domésticos, limpiezas, etc.– y trabajadores de las manufacturas tradicionales –alimentación, bebidas, madera y mueble, textil, piel, calzado– donde los menores de 35 años sumaban la mitad).

De este modo, dependiendo de la accesibilidad y las infraestructuras regionales, la movilidad laboral cotidiana es una estrategia que garantiza el arraigo rural juvenil, pues facilita el acceso a mejores sueldos y oportunidades e incluso una opción forzada y generalizada por la escasez del empleo local. Por ejemplo, en algunas comarcas se han desarrollado verdaderas subculturas locales del *commuting* rural, perfeccionadas a lo largo de varias generaciones (Oliva y Díaz, 2005).

La encuesta realizada sobre la generación soporte profundiza en el análisis de esta división. Casi el 40% de los ocupados en la propia localidad aparece empleado *por su cuenta*, en negocios familiares o como agricultor. Y si los que trabajan fuera del municipio son en 7 de cada 10 casos *asalariados fijos*, esta relación se reduce a 5 de cada 10 entre los empleados en su municipio. La diferenciación aparece también ilustrada al considerar la tipología de los trabajos y la condición de género. Por ejemplo, casi una de cada 3 mujeres ocupadas fuera del municipio desempeña su trabajo como *profesional o directiva*, y prácticamente una más como *administrativa*. Frente a este patrón, las actividades predominantes de las mujeres que trabajan en la propia localidad están relacionadas con el trabajo manual (empleos en los sectores de limpieza, servicio doméstico o cuidado de personas, en 1 de cada 5 casos, y con el comercio y la hostelería, en otro más de los casos). Finalmente, las actividades agropecuarias duplican su peso entre los trabajadores *localizados* en comparación con los empleados fuera del municipio. Mientras que entre estos últimos adquieren un peso mayor los empleados como profesionales y directivos, junto con los oficios.

Asimismo, la variable del nivel de estudios evidencia también la fragilidad del empleo local, así como las diferentes trayectorias de inserción laboral. Por ejemplo, si las mujeres con estudios primarios suponían casi la mitad de las empleadas localmente, su peso se reduce a una de cada 3 ocupadas fuera del municipio. Una relación inversa y proporcional se observa cuando consideramos los estudios universitarios.

Por otro lado, la visibilización de la actividad femenina permite mostrar mejor la fuerte sujeción de las empleadas en el propio municipio a un mercado de trabajo *secundarizado* (empleos complementarios, a tiempo parcial, etcétera). Por ejemplo, una de cada 4 ocupadas en la localidad trabaja por horas y, en comparación con los varones, las empleadas a tiempo parcial duplican su peso en el grupo.

No sorprende, por tanto, que los entrevistados muestren un consenso casi generalizado en las percepciones sobre la fragilidad del empleo local y que prácticamente 6 de cada 10 manifiesten su acuerdo con la idea de que hay más trabajos para los hombres que para las mujeres en el municipio y que los que disfrutan de mejores trabajos se emplean fuera del pueblo.

En resumen, nuestra exploración de las relaciones que los residentes rurales mantienen con la movilidad revela tres procesos importantes que definen la situación actual de estas áreas. Por un lado, evidencia las diferencias que se perfilan entre los nuevos y los viejos pobladores. La desigualdad en el acceso y los usos de la movilidad ilustran en este sentido unas condiciones sociales dispares para flexibilizar los tiempos y espacios cotidianos, desarrollar las relaciones laborales y las responsabilidades sociales. La *inmovilización* o la precarización en relación con la movilidad, en un sentido amplio (en cuanto capital social), supone una constricción de las oportunidades. Pero sumada a otras condiciones sociales, esta carencia puede acabar relegando a ciertos grupos a situaciones de gran dependencia o a las viejas estrategias de la sociedad rural tradicional (emigrar, arraigarse renunciando a la promoción profesional, etcétera).

Por otro lado, el análisis realizado ilustra también el esfuerzo que lleva a cabo la generación soporte para el sostenimiento de la sociedad rural. La sobrecarga que asume este grupo (en este caso, mediante la intensificación de su movilidad cotidiana orientada a las estrategias de ayuda) se configura como

uno de los ejes vertebradores de las redes familiares rurales. La efectividad de las formas de solidaridad intergeneracional (ayuda a dependientes, acceso a los servicios sanitarios, educativos, comerciales, etcétera) no puede comprenderse hoy sin tener en cuenta el papel fundamental que la *automovilidad* desempeña en todas estas relaciones.

Por último, la movilidad desempeña un papel estratégico en el arraigo de numerosos grupos rurales, como los jóvenes, las mujeres y los profesionales. Esta importante función aparece clara en el caso de las relaciones laborales. Los mercados de trabajo rurales presentan una fragilidad que, a menudo, sólo puede ser superada mediante la movilidad, pues son más propicios a la reproducción de relaciones laborales subordinadas, configuradas a partir de la escasez secular de trabajo, la dependencia de los empleadores locales y unas posibilidades de autoempleo también limitadas. Además, el peso de las actividades manuales –con menos requisitos de cualificación–, expresivo de procesos productivos poco maduros, nos debe hacer reflexionar sobre hasta qué punto se halla expuesto su futuro a la lógica de la competitividad con territorios y trabajadores de diferentes procedencias bajo la que se ordenan las relaciones económicas globalizadas.

IX. De los desequilibrios a la sostenibilidad

En la introducción anunciábamos una historia con un protagonista, la generación soporte; un argumento, la gestión de la vida cotidiana; y un escenario, la sociedad global. Nuestra historia no tiene desenlace porque es una historia interminable; pero sí que tiene una trama, una intriga de fondo, para que el lector pueda construir el final que más le convenza. Aquí termina el trabajo de los autores y comienza, tal vez, el trabajo del lector.

Y, aunque sin principio ni final, nuestra historia se compone de varias escenas que transcurren en la misma estancia. Primero hemos presentado a los protagonistas: la generación soporte. Luego, mediante una combinación de planos cortos, nos hemos ido acercando progresivamente a su vida cotidiana, comprobando que buena parte del tiempo lo dedican al cuidado de los otros y la forma en que dichas actividades de cuidado y de soporte condicionan las distintas trayectorias laborales y vitales. El texto no se cierra con el tradicional fundido sino con un plano panorámico que muestra la creciente heterogeneidad social de las poblaciones rurales y su dinámica conexión con el territorio y, por ende, con la sociedad.

Como telón de fondo hemos recorrido de forma breve la entrada de la *cuestión rural* en la agenda política. *El futuro del mundo rural*,⁽¹⁾ la Declaración de Cork,⁽²⁾ el último Reglamento de Desarrollo Rural⁽³⁾ y, en España, la Ley

(1) Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo (17 de octubre de 1988 COM (88) 501 final). Véase Comisión de las Comunidades Europeas (1988).

(2) *Por un mundo rural vivo*. Declaración de los Estados participantes en la Conferencia Europea de Desarrollo Rural. Cork, 9 de noviembre de 1996. Véase http://ec.europa.eu/agriculture/rur/cork_en.htm.

(3) Reglamento (CE) 1698/2005 del Consejo de 20 de septiembre de 2005 relativo a la ayuda al desarrollo rural a través del Fondo Europeo Agrícola de Desarrollo Rural (FEADER). *Diario Oficial de la Unión Europea* de 20 de octubre de 2005.

de Desarrollo Sostenible del Medio Rural⁽⁴⁾ marcan los hitos fundamentales que han orientado múltiples iniciativas de intervención en las áreas rurales. La puesta en valor de la producción agraria, los compromisos medioambientales, el empleo rural y la calidad de vida de las áreas rurales presiden dichas iniciativas en un contexto en el que el desarrollo rural se ha adjetivado progresivamente como desarrollo rural sostenible. La emergencia de la sostenibilidad como *leitmotiv* ha abierto distintas líneas de reflexión y se ha desplazado desde el medio ambiente al ámbito económico. El debate se enriquece en la actualidad con preguntas sobre la propia sostenibilidad social. De hecho, a pesar de las mejoras debidas al impulso de la Unión Europea y el esfuerzo continuado que las administraciones nacionales, autonómicas y locales han dedicado a las poblaciones y áreas rurales, algunos indicadores socioeconómicos (despoblamiento, masculinización, envejecimiento, fragilidad de los mercados laborales, desigualdades sociales) mantienen un horizonte de incertidumbre perenne en las áreas rurales. En función de ello el desarrollo debe integrar no sólo la organización de los procesos socioeconómicos sino también permitir la emergencia de las subjetividades, de los deseos, de modo que la mejora de la calidad de vida sea efectivamente percibida por los habitantes rurales. Con este propósito, contribuir a la reflexión sobre la sostenibilidad social de las poblaciones rurales españolas, se ha realizado esta investigación. Para ello se ha completado la información estadística disponible a partir de numerosas fuentes con un conjunto de entrevistas en profundidad a mujeres rurales de Castilla y León (que como colectivo sintetizan de forma paradigmática las dificultades del desarrollo), y una amplia encuesta a un total de 1.500 hombres y mujeres (EPR-2008) representativa de la población de 30 a 49 años que reside en las zonas rurales de España.

Los importantes desequilibrios demográficos motivados por el éxodo rural de la segunda mitad del siglo pasado condicionan aún hoy las estructuras poblacionales rurales, destacando por su número una generación: la generación soporte.

La generación soporte está constituida por quienes hoy están en torno a los cuarenta años, y son los hijos de los que no se fueron durante el éxodo. Cons-

(4) Ley 45/2007, de 13 de diciembre, para el desarrollo sostenible del medio rural. BOE núm. 299 de 14/12/2007, p. 51.339-51.349.

tituyen el centro neurálgico de la vida rural por su edad activa y por su importancia en cuanto cuidadores de mayores dependientes y de menores; y lo son porque las generaciones inmediatamente superior e inferior son, en comparación, numéricamente reducidas. Por su importancia vital y por el esfuerzo que realizan en el mantenimiento de las áreas rurales han sido el objeto principal de esta reflexión. El cambio en los tradicionales patrones de asentamiento hacia nuevas formas regionales y difusas (contraurbanización y *sprawling*) de organización de las poblaciones en el territorio hace que la generación soporte crezca en volumen por la llegada de nuevos residentes. Alrededor de un tercio de la generación soporte está constituida por nuevos residentes.

Los desequilibrios demográficos, además de ser expresión del pasado, son resultado también de estas nuevas tendencias, y la atenta lectura de dichos desequilibrios en el territorio permite componer distintos paisajes sociales. En concreto, se han detectado cinco grandes modelos de ruralidad. En un extremo encontramos el interior noroeste de la Península, que muestra una *ruralidad en desconexión*, donde las relaciones entre las poblaciones rurales son exiguas y la generación soporte no crece y mantiene una carga de dependencia muy elevada. En el extremo contrario encontramos áreas rurales donde la generación soporte ha crecido aceleradamente por la llegada de nuevos residentes y presenta un paisaje social monocorde en el que predomina la población activa, conformando un modelo de *ruralidad densa*. Entre ambas posiciones aparecen modelos híbridos, como el de *ruralidad en transición*, fundamentalmente en el interior del norte de la Península, que muestra algunos rasgos del declive de la ruralidad en desconexión sin llegar a su profundidad; el de *ruralidad local*, centrado en el entorno andaluz y extremeño, que muestra un panorama de relativo equilibrio demográfico en el contexto de núcleos más grandes y autosuficientes; y, finalmente, la ruralidad que hemos denominado *liquida*, presente en las áreas litorales del Mediterráneo septentrional, valle del Ebro y región madrileña, que conforma un territorio rural donde la heterogeneidad de la composición social, de los procesos sociales y la interrelación es muy elevada, es decir, de gran dinamismo.

El relevante papel de la generación soporte no puede ocultar otros desequilibrios que afectan gravemente a las poblaciones rurales. En concreto, la masculinización rural, que puede definirse por la importante ausencia de mujeres en las edades jóvenes y centrales. Sirva como ejemplo el dato de que en los

municipios de menos de 2.000 habitantes sólo hay 80 mujeres por cada 100 hombres entre las edades de 30 a 49 años. Estas cifras resultan elevadas incluso en el contexto del conjunto europeo.

Los efectos de la masculinización rural son importantes en el ámbito de lo que a lo largo de este estudio denominamos sostenibilidad social. La ausencia de mujeres condiciona en extremo muchos de los procesos de orden social, afectivo y reproductivo, pero, lo que es más importante si cabe, muestra el impacto de las desigualdades de género sobre el futuro de las poblaciones rurales. La causa de la masculinización rural es la emigración cada vez mayor de las mujeres rurales respecto de los varones, e ilustra uno de los principales puntos débiles de los procesos de desarrollo. El desarrollo de la modernidad ha sido androcéntrico; las mujeres tenían un papel subsidiario dentro de la explotación familiar agraria. La respuesta fue la *huida ilustrada*: estudiar para alcanzar posiciones de independencia que casi exclusivamente podían obtenerse con la salarización en lugares urbanos. En la actualidad, surgen nuevas fuentes de desigualdad en el contexto de las poblaciones rurales por las exigencias de los mercados de trabajo extralocales. La carga de la dependencia que sobrellevan las mujeres reduce su movilidad y con ello el acceso desde los pueblos a mercados de trabajo que reconozcan su cualificación. Este proceso vuelve a incidir en la mayor emigración de las mujeres rurales.

El otro de los desequilibrios fundamentales de las poblaciones rurales es el envejecimiento. Los valores son tan elevados que realmente hay que hablar de sobre-envejecimiento. El 19% de los habitantes de municipios menores de 5.000 habitantes tienen más de 70 años, cifra que en las zonas del Noroeste interior supera el 25%. El envejecimiento de una población está altamente relacionado con la discapacidad, ya que ésta aumenta considerablemente con la edad. En este sentido se ha explorado la prevalencia de la discapacidad en las áreas rurales. En términos generales se constata que la discapacidad es mayor en las áreas rurales que en las urbanas.

Los datos no permiten determinar las causas concretas pero apuntan a la mayor esperanza de vida de las áreas rurales como un motivo importante. Los resultados muestran que en las áreas rurales españolas residen alrededor de 750.000 personas con dificultades para cuidar de sí mismas o para desplazarse normalmente. En definitiva, estas situaciones de dependencia suponen que existe un dependiente (persona incapaz de valerse de forma autónoma) por

cada 3,8 personas. No obstante, esta relación de dependencia es muy desigual en el territorio. Así, es extremadamente elevada en las áreas rurales de Galicia y Asturias, donde no llegan a tres integrantes de la generación soporte por cada dependiente, y bastante menor en los litorales mediterráneos septentrionales y la cuenca alta del Ebro.

La familia constituye una institución de primer orden para la organización de la subsistencia, del cuidado y de la reproducción. El medio rural ha sufrido una transformación paulatina de sus estructuras familiares que se ha producido paralelamente a los cambios habidos en la sociedad en general, en el sentido de una reducción del tamaño de las familias y un aumento de la pluralidad de las formas de convivencia. En la composición de las estructuras familiares rurales destaca la mayor incidencia de las formas de convivencia sin estructura reproductiva. Hay más personas que viven solas y hay más hijos que siguen viviendo con sus padres. Ambas categorías muestran la incidencia del envejecimiento, de la masculinización y de la carga que supone la dependencia. Sirva como ejemplo este dato: algo más del 12% de quienes tienen entre 30 y 50 años son solteros que viven con sus padres.

La relación de dependencia resulta extrema en muchos lugares. Las poblaciones rurales hacen frente a dicha situación mediante una tupida red de ayudas. La dispersión y el difícil acceso a los equipamientos y servicios cercanos hace que la implicación de la generación soporte sea intensa. Un 10% conviven con una persona dependiente y la mitad de la generación soporte se encarga a diario de la atención a algún familiar dependiente. El cuidado de los otros repercute de un modo muy directo en las trayectorias laborales y vitales de las mujeres de la generación soporte. Se estima que una de cada diez mujeres tiene que renunciar a trabajar para cuidar a familiares. La atención a la dependencia se realiza mediante redes de reciprocidad familiar, y esta atención se inscribe sin distinción en un sistema general de ayudas en el cual no se distinguen las actividades de cuidado de personas de las ayudas domésticas. Son redes informales que funcionan a semejanza de los bancos de tiempo, eso sí, con una fuerte segmentación por género de las tareas y de las formas de organización de la red: ellas en las tareas de cuidado más rutinarias y personales y ellos en la gestión de la movilidad de los dependientes; ellas a través de redes solidarias de intercambio generalizado y ellos a través del intercambio de ayudas concreto y recíproco.

Como puede observarse, las desigualdades de género planean continuamente sobre los distintos procesos estudiados. Por ello ha sido una cuestión central la investigación de la conciliación de la vida laboral y familiar, especialmente en cuanto al reparto de tareas entre hombres y mujeres. La investigación muestra la distorsión que producen los estereotipos de género en la propia percepción de la realidad. El desigual reparto de tareas entre hombres y mujeres viene acompañado de una gran dificultad por parte de todos para reconocer situaciones de hecho y, especialmente, para imaginar formas de reparto más equilibrado. La fuerte carga de dependencia que recae en la generación soporte hace que los hombres colaboren más de lo que podría suponerse, pero también que lo hagan a través del control de la movilidad. Cuestión ésta crucial y que, como poco a poco va descubriendo el lector, es el auténtico argumento de esta historia. Resulta sintomático al respecto observar que, aunque la dotación de guarderías es importante en muchas áreas rurales, su uso no lo es tanto. Está claro el papel de las guarderías en la conciliación de la vida laboral y familiar, especialmente para las mujeres. Sin embargo, cuando hemos investigado su uso, lo que hemos descubierto es que las parejas que se insertan en mercados de trabajo a través de la práctica del *commuting*, especialmente cuando lo practican las mujeres, usan poco dichos equipamientos, recurriendo preferentemente a personas contratadas.

En este paisaje social, muy determinado por los desequilibrios demográficos, se investigan otras tendencias de cambio como son la llegada de nuevos residentes a las áreas rurales. Los nuevos residentes se diferencian de los pobladores autóctonos por tener mayores niveles formativos, mayor actividad y una integración más individualizada y autónoma en los ámbitos productivos. Estas diferencias se reflejan en los ámbitos reproductivos. Tienen menos dependientes a su cargo por las relaciones más lejanas que mantienen con sus familias de origen; es decir, son una generación soporte que no soporta con la misma intensidad que los autóctonos. Por otra parte, sus proyectos de asentamiento producen una fuerte dualidad y si por lo general conforman hogares *familistas* por cuanto viven en pareja y con hijos, también resulta muy importante el grupo de nuevos residentes que viven solos.

Otro de los factores de cambio en las estructuras rurales es la llegada de nuevos pobladores de origen extranjero. En la actualidad algo más de 1 de cada 20 habitantes rurales procede de fuera de España. Es un colectivo creciente

pero muy diferenciado. Por una parte, existen residentes que proceden de la Unión Europea, que se instalan en áreas rurales cercanas a los litorales dentro de lo que se denomina *migraciones de retiro*. Por otra parte, ciudadanos extracomunitarios cuya instalación en áreas rurales viene determinada por su inserción en los mercados de trabajo. El crecimiento e importancia de estos nuevos residentes es muy relevante desde comienzos del siglo XXI y diferencia claramente el territorio Peninsular entre el occidente, con baja presencia, y el oriente con una presencia que en algunos casos llega a tasas superiores al 10% de las poblaciones rurales. Por lo general, las trayectorias residenciales de los inmigrantes muestran una fuerte variación residencial, de modo que las áreas rurales constituyen para ellos una estación de paso. Las actividades agrarias y otras de carácter local no forman parte de su proyecto vital y de organización familiar. Son las ciudades el destino primero y final. De hecho, aunque las actividades agrarias suponen una parte destacable de su inserción laboral, las realizan manteniendo la residencia urbana, para no perder movilidad y poder desarrollar estrategias de concatenación de actividades de manera continua. Mientras los habitantes rurales mantienen un *commuting* diario, desde la residencia rural hacia el trabajo urbano, los inmigrantes practican un *commuting* inverso: desde la residencia urbana a las actividades rurales.

En definitiva, se observa que la llegada de nuevos residentes, extranjeros o no, a las áreas rurales, no contrarresta de forma efectiva los desequilibrios demográficos que vienen señalándose, sino que, por el contrario, dota a las áreas y poblaciones rurales de nuevas fuentes de diversidad en sus estructuras sociales y muestra el alto intercambio e interconexión que existe entre pueblos y ciudades en la sociedad española.

El análisis avanza y nos preguntamos también por las formas de actividad económica. El acceso al trabajo en las áreas rurales aparece fuertemente condicionado. Condicionado por género y condicionado por tiempo de residencia. El trabajo es fundamentalmente extralocal. Trabajar en áreas rurales significa moverse por el territorio, sobre todo, si el trabajo es de calidad, los buenos trabajos implican moverse diariamente a otros lugares. Esto es más asequible para los hombres y los nuevos residentes, y menos factible para las mujeres y los autóctonos. Se genera así una nueva fuente de vulnerabilidad y de desigualdad social cuyo elemento clave es la movilidad. Los autóctonos tienen menos movilidad que los nuevos residentes. De hecho, estos últimos han

trasladado la residencia a las áreas rurales pero manteniendo el trabajo en los lugares urbanos. Las mujeres implicadas en tareas más continuadas y permanentes de cuidado a los otros tienen mayores dificultades de movilidad y por ello su inserción se limita a los mercados locales de empleo que se sustentan en fuertes tasas de irregularidad y precariedad.

La importancia de la movilidad es tan crucial que actúa como el principal marcador de las diferencias sociales, generando dos grupos distintos: los móviles y los inmóviles. El acceso a la movilidad resulta clave. Las áreas rurales funcionan hoy en la medida en que la movilidad es posible, en la medida en que se puede acceder a otros mercados de trabajo fuera de la localidad, en la medida en que permite la llegada y el asentamiento de nuevos residentes, en la medida en que permite el desarrollo de actividades productivas hasta ahora poco presentes en las áreas rurales. Sin embargo, la carga de dependencia sobre la generación soporte reduce el acceso a la movilidad, fundamentalmente en el caso de las mujeres. Moverse para trabajar, moverse para cuidar y mover a las personas cuidadas. Y todo ello soportado en la *automovilidad*, es decir, la movilidad mediante vehículos privados. Y la *automovilidad* vuelve a generar diferencias, especialmente por género. Existen restricciones culturales y materiales a la movilidad para ciertos colectivos, especialmente el de mujeres, que se convierten en inmóviles y, por ello, en fuertemente vulnerables.

Así es, en definitiva, la vida en las áreas rurales españolas, contada por uno de sus principales protagonistas: la generación soporte. Aparece la trilogía que cuestiona la sostenibilidad de las áreas rurales. Desequilibrios demográficos, desigualdades en el acceso a la movilidad y desigualdades de género, situación que se retroalimenta continuamente y que determina el éxodo de los jóvenes y especialmente de las mujeres. Estos desequilibrios condicionan decisivamente las oportunidades de formación de familias y el establecimiento de estrategias personales de desarrollo vital. Quienes son más móviles pueden evitar relativamente la situación. De hecho, éstos son los nuevos residentes, que, como se ha visto, no participan en la misma situación de la carga que supone la dependencia. Los inmóviles o los que observan que su movilidad pronto se verá constreñida optan por asentamientos urbanos, son los protagonistas del despoblamiento. Quienes son inmóviles y tampoco pueden irse constituyen la población vulnerable.

Estos tres elementos –desequilibrios demográficos, desigualdades de género y diferencias en el acceso a la movilidad– son las principales amenazas para la sostenibilidad social de las áreas rurales. Desde un marco de desigualdad difícilmente puede desarrollarse un proyecto vital atractivo para los sujetos y, en consecuencia, el futuro de las poblaciones rurales seguirá en la incertidumbre ya secular. Y aquí reside el fondo del asunto. El desarrollo puede ser armónico si consigue aprovechar los recursos, si se permite la puesta en valor de los territorios rurales o si concilia la protección medioambiental con las actividades económicas, pero no por ello será necesariamente exitoso. El paisaje social, el entorno en el que los individuos toman sus decisiones vitales, está compuesto no sólo por el marco de la producción sino también por la cotidianidad. Es decir, la calidad de vida rural no sólo depende de las posibilidades de desarrollo material sino también de las posibilidades reales de adecuación de las expectativas vitales, de la subjetividad, al entorno. Y es precisamente en esta última pretensión donde las desigualdades que aquí se han expuesto actúan haciendo peligrar la sostenibilidad rural.

Estas tres desigualdades representan un gran reto social y político. Su reducción es un esfuerzo titánico que implica al conjunto de la sociedad. Los desequilibrios demográficos tienen causas históricas subyacentes y se retroalimentan con las otras dos desigualdades. Las desigualdades de género no son patrimonio rural, tampoco es cierto que sean más intensas en las áreas rurales que en las urbanas. Son sólo más visibles y sus efectos, en combinación con los desequilibrios anteriores, potencian su incidencia en la vida comunitaria. Las desigualdades en el acceso a la movilidad nos ofrecen, quizá, el anclaje más inmediato para el cambio de la situación o, al menos, el hilo más accesible para deshilar la madeja.

Enfoques de desarrollo que comprendan mejor la alta interconexión de las poblaciones rurales con los mercados de trabajo urbanos. Acciones que permitan favorecer la movilidad de los trabajadores pendulares. Políticas sociales que afronten la atención a la dependencia, el cuidado de los menores y la conciliación de la vida laboral y familiar teniendo en cuenta las demandas de movilidad de la generación soporte. Éstas son sólo algunas ideas.

Bibliografía

- ABRAZA LA TIERRA (2008): *Memoria resumen / Abraza la Tierra 2004-2008*. En línea: http://www.abrazalatierra.com/extras/comunicacion/Abraza_la_Tierra_2004_2008.pdf.
- ALARIO, M. (coord.) (2004): *Las mujeres en el medio rural de Castilla y León*. Valladolid: Consejo Económico y Social de Castilla y León.
- ALARIO, M., y E. BARAJA (2006): «Políticas públicas de desarrollo rural en Castilla y León: ¿Sostenibilidad consciente o falta de opciones? LEADER II». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 41, 267-293.
- BEM, S.L. (1981): «Gender schema theory: A cognitive account of sex typing». *Psychological Review*, 88, 354-364.
- (1993): *The lenses of gender*. New Haven: Yale University Press.
- BERICAT, E. (1994): *Sociología de la movilidad espacial. El sedentarismo nómada*. Madrid: CIS.
- BOSERUP, E. (1970): *Women's role in economic development*. Nueva York: St. Martin's Press.
- BOURDIEU, P. (2003): *Las estructuras sociales de la economía*. Barcelona: Anagrama.
- (2004): *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- CAMARERO, L. (1993): *Del éxodo rural y del éxodo urbano. Ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (1997): «Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural: ruralidad y agricultura». En C. GÓMEZ BENITO y J.J. GONZÁLEZ RODRÍGUEZ: *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*. Madrid: CIS y Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

- (2007): «Para comprender el desarrollo rural». En: M. GARCÍA DOCAMPO (ed.): *Perspectivas teóricas en desarrollo local* (171-192). A Coruña: Netbiblo.
- , M.L. CASTELLANOS, J.R. DÍAZ, I. GARCÍA, J.C. LLANO, P. MARTÍN, J. OLIVA y R. SAMPEDRO (2005): *Emprendedoras rurales: de trabajadoras invisibles a sujetos pendientes*. Valencia: Centro Tomás y Valiente.
- , M.L. CASTELLANOS, I. GARCÍA y R. SAMPEDRO (2006): *El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- , R. GÓMEZ y R. JIMÉNEZ (1999): «Morir en el campo y en la ciudad». *Revista Internacional de Sociología*, 23, 97-129.
- , y J. OLIVA (2004): «Las trabajadoras invisibles de las áreas rurales: un ejercicio estadístico de estimación». *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 7, 159-182.
- , y R. SAMPEDRO (2008): «¿Por qué se van las mujeres? El *continuum* de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 124, 73-105.
- , R. SAMPEDRO y J. VICENTE-MAZARIEGOS (1991): *Mujer y ruralidad: el círculo quebrado*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- CARRANZA, M.E., y A. PULEO (2002): «Influencia de la doble jornada en la salud de las mujeres». En: C. GARCÍA COLMENARES, A. PULEO y M.E. CARRANZA: *El trabajo y la salud de las mujeres: reflexiones para una sociedad en cambio* (13-49). Palencia: Ayuntamiento de Palencia/Cálamo.
- COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1988): *El futuro del mundo rural*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- COMISIÓN EUROPEA (1991): *Evolución y futuro de la PAC*. Documento de reflexión de la Comisión, COM (91) final.
- (1998): *Agenda 2000, propuestas de la Comisión*. Exposición de motivos.
- (2000). Comunicación de la Comisión a los Estados Miembros de 14 de abril de 2000 por la que se fijan orientaciones sobre la iniciativa comunitaria de desarrollo rural (Leader+). DOCE C 139, 18.05.00.
- CONSTANZA, R. (1992): *The science and management of sustainability*. Nueva York: Columbia University Press.
- CRUZ SOUZA, F. (2006): *Género, psicología y desarrollo rural: la construcción de nuevas identidades*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

- (2007): «Empoderamiento y sostenibilidad en el desarrollo rural: trampas de la racionalidad productivista». *Anduli. Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 7, 91-104.
- *et al.* (2006): «Algunas aportaciones de la psicología social a las mujeres emprendedoras en territorios rurales». En: VV.AA.: *Aportes para la construcción de lo colectivo* (333-347). Montevideo: Psicolibros.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. (1997): *Estrategias familiares y juventud rural*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (2005): «Aproximaciones al arraigo y al desarraigo femenino en el medio rural: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural». *Papers*, 75, 63-84.
- , y M. DÁVILA DÍAZ (2006): *Familia, trabajo y territorio*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- FLAQUER, L. (1998): *El destino de la familia*. Barcelona: Ariel.
- FUENTE, G. DE LA (1987): «Las jóvenes rurales en la encrucijada. El caso castellano». *Agricultura y Sociedad*, 42, 47-71.
- GÓMEZ BENITO, C., y J.J. GONZÁLEZ (2008): «Informe sociológico del medio rural». En: J.G. REGIDOR (coord.): *Desarrollo rural sostenible: un nuevo desafío. Ley para el Desarrollo Sostenible del Medio Rural* (83-109). Madrid: Ministerio de Medio Ambiente, Medio Rural y Marino/Mundi-Prensa.
- GÓMEZ, R., R. GÉNOVA y E. ROBLES (2007): «Envejecimiento, longevidad y salud. Bases demográficas en España». En: S. BALLESTEROS (dir.): *Envejecimiento saludable*. Madrid: Universitas/UNED.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, M. (2006): «Idas y vueltas en el desarrollo rural». *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, 121-142.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. (1993): «Efectos perversos de las estrategias familiares en la agricultura». En: L. GARRIDO MEDINA y E. GIL CALVO (eds.): *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza.
- GONZÁLEZ, J.J., y C. GÓMEZ BENITO (2002): *Juventud rural 2000*. Madrid: INJUVE.
- GUATTARI, F. (1996a): *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-textos.
- (1996b): *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.
- HARDING, S. (1996): *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- IGLESIAS DE USSEL, J. (1994): «Familia». En: M. JUÁREZ (dir.): *V Informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.
- JURADO, T. (2005): «Las nuevas familias españolas». En: J.J. GONZÁLEZ y M. REQUENA (eds.): *Tres décadas de cambio social en España*. Madrid: Alianza.

- LAGARDE, M. (1996): *Género y feminismo: desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y Horas.
- LATOUCHE, S. (2007): *Sobrevivir al desarrollo: de la colonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa*. Barcelona: Icaria.
- MEADOWS, D.H., J. RANDERS, D.L. MEADOWS y W.W. BEHRENS (1972): *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MEIL, G. (2005): «El reparto desigual del trabajo doméstico y sus efectos sobre la estabilidad de los proyectos conyugales». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 111, 163-180.
- ORGANIZACIÓN PARA LA COOPERACIÓN Y EL DESARROLLO ECONÓMICO (2006): *El nuevo paradigma rural. Políticas y gobernanza*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- OLIVA, J. (2007): «Movilidad laboral y estrategias de arraigo rural». *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, 143-187.
- , y L. CAMARERO (2002): *Paisajes sociales y metáforas del lugar*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- , y L. CAMARERO (2004): «“Como si no hiciera nada”: la naturalización del trabajo invisible rural femenino». *Sociología del Trabajo*, 53, 3-30.
- , y M.J. DÍAZ (2005): «Reestructuración productiva y movilidad laboral: los *commuters* de la construcción en Castilla-La Mancha». En: J.J. CASTILLO (dir.): *El trabajo recobrado. Una evaluación del trabajo realmente existente en España* (123-170). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- PALENZUELA, P., C. CRUCES y M. JORDI (2002): *Mujeres empresarias y mujeres políticas en el medio rural andaluz*. Sevilla: Junta de Andalucía/Universidad de Sevilla.
- PEDONE, C. (2005): «Diversificación de las cadenas migratorias ecuatorianas hacia el trabajo agrícola de Murcia, España». En: A. PEDREÑO y M. HERNÁNDEZ (coords.): *La condición inmigrante*. Murcia: Universidad de Murcia.
- PEDREÑO, A. (1999): *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (2005): «Sociedades etnofragmentadas». En: A. PEDREÑO y M. HERNÁNDEZ (coords.): *La condición inmigrante*. Murcia: Universidad de Murcia.

- (2006): «La condición inmigrante de los nuevos trabajadores rurales». *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, 189-238.
- PÉREZ DÍAZ, V., E. CHULIÁ y C. VALIENTE (2000): *La familia española en el año 2000. Innovación y respuesta de las familias a sus condiciones económicas, políticas y culturales*. Madrid: Fundación Argenteria/Visor.
- PÉREZ FRA, M.M. (2004): «La iniciativa comunitaria LEADER en el marco teórico de la política agraria». *Revista Gallega de Economía*, 13(1-2), 1-23.
- PÉREZ RUBIO, J.A. (2007): *Sociología y desarrollo. El reto del desarrollo sostenible*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- REGIDOR, J.G. (coord.) (2008): *Desarrollo rural sostenible: un nuevo desafío. Ley para el Desarrollo Sostenible del Medio Rural*. Madrid: Ministerio de Medio Ambiente, Medio Rural y Marino/Mundi-Prensa.
- , y C. NAVARRO (2008): «Nueva política de desarrollo rural». En: J.G. REGIDOR (coord.): *Desarrollo rural sostenible: un nuevo desafío. Ley para el Desarrollo Sostenible del Medio Rural* (171-190). Madrid: Ministerio de Medio Ambiente, Medio Rural y Marino/Mundi-Prensa.
- REQUENA Y DÍEZ DE REVENGA, M. (2004): «Tamaño y composición de los hogares y familias en España». En: J. LEAL (ed.): *Informe sobre la situación demográfica en España*. Madrid: Fundación Fernando Abril Martorell.
- (1993): «Formas de familia en la España contemporánea». En: L. GARRIDO MEDINA y E. GIL CALVO (eds.): *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza.
- SAMPEDRO GALLEGU, M.R. (2009): «Cómo ser moderna y de pueblo a la vez: los discursos del arraigo y del desarraigo en las jóvenes rurales». *Revista de Estudios de Juventud* (en prensa).
- (2008): «Conciliación de la vida familiar y laboral en el medio rural: género, trabajo invisible e “idilio rural”». En: V. FRADES (ed.): *Mujeres rurales. Estudios multidisciplinares de género*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- (1996). *Género y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagrarización*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales/Instituto de la Mujer.
- SOROKIN, P., y C. ZIMMERMAN (1929): *Principles of rural-urban sociology*. Nueva York: Henry Holt.
- STERN, N. (2006): *Stern Review: The economics of climate change*. Londres: H.M. Treasury. [Traducción al castellano: (2007): *El Informe Stern: la verdad sobre el cambio climático*. Barcelona: Paidós.]

- TOBÍO, C. (2005). *Madres que trabajan: dilemas y estrategias*. Madrid: Cátedra/ Universitat de València/Instituto de la Mujer.
- (2002): «Conciliación o contradicción: cómo hacen las madres trabajadoras». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 97, 155-188.
- WHATMORE, S. (1990): «Theories and practices for rural sociology in a “new” Europe». *Sociologia Ruralis*, 30(3-4), 251-259.
- (1991): *Farming women: Gender, work and family enterprise*. Londres: McMillan.

Índice de gráficos, tablas, mapas y cuadros

Gráficos

2.1	Evolución de las pirámides de población rural entre 1950 y 1981	32
2.2	Pirámides de población rural 1991 y 2001	34
2.3	Población rural en 2007	35
2.4	Descomposición de la población rural por origen, 2001	36
2.5	Estructuras demográficas por tamaño de hábitat	38
2.6	Similitudes en las estructuras demográficas rurales por unidades territoriales	42
2.7	Modelos de estructuras demográficas rurales	43
2.8	Variación en las tasas de <i>commuting</i> (30-49 años) según modelos	46
2.9	Proporción de nuevos residentes (30-49 años) según modelo	47
3.1	Relación de masculinidad	50
3.2	Tasas (x100) de permanencia de la población española nacida en municipios rurales	55
3.3	Hogares por tipo	60
3.4	Hogares por tipo y hábitat	61
3.5	Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y tipo de hogar (extenso y en pareja)	63
3.6	Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y tipo de hogar (en pareja y en pareja con hijos)	64
3.7	Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y tipo de hogar (solos y monoparentales)	65
3.8	Personas de la generación soporte por sexo, hábitat y posición familiar	66
3.9	Personas de la generación soporte con posición de hijo en familias nucleares exclusivas por hábitat	67

3.10	Personas de la generación soporte por edad, sexo y tipo de familia (solo y en hogar de origen)	71
4.1	Evolución del envejecimiento	76
4.2	Índice de dependencia	78
4.3	Tasas de discapacidad por 1.000 habitantes, por sexo y hábitat	81
4.4	Estimación de la población dependiente para 2007	85
4.5	Incidencia de la población dependiente en la estructura demográfica rural	88
5.1	Relación de actividad en las parejas, <i>commuting</i> y formas de cuidado de los menores	106
7.1	Motivos de instalación en el pueblo por tipo de residencia de la generación soporte	130
7.2	Personas de la generación soporte que conviven con padres, pareja e hijos, por tipo de residencia	132
7.3	Tipos de hogar de las personas de la generación soporte por tipo de residencia	133
7.4	Personas de la generación soporte que conviven con padres, personas mayores o atienden dependientes fuera del hogar, por tipo de residencia	133
7.5	Personas de la generación soporte según el tipo de trabajo por tipo de residencia	136
7.6	Estructuras de población de los inmigrantes	143
7.7	Estructuras de población de los inmigrantes rurales	144
8.1	Porcentaje de las personas que viven en hogares con vehículo según grupos de edad (municipios de menos de 10.000 habitantes)	153
8.2	Estructura de edades de los ocupados fuera y en el municipio de residencia (residentes rurales)	155

Tablas

2.1	La generación soporte (30-49) para distintos tamaños de hábitat	40
3.1	Relación de masculinidad en la generación soporte	57
3.2	Composición de los hogares en España	59
3.3	Personas de la generación soporte por tipos de hogar	69
3.4	Personas de la generación soporte con pareja o con hijos, por sexo	71

4.1	Tipos de discapacidad, prevalencia (%) en mayores de 59 años por sexo y hábitat	83
4.2	Relación entre tipos de discapacidad y dificultades para desplazarse fuera del domicilio	84
4.3	Población de 70 y más años con problemas para «cuidar de sí mismo»	85
4.4	Estimación de la población dependiente en áreas rurales para 2007	86
4.5	Porcentaje de discapacidad en la generación soporte en áreas rurales	87
5.1	Indicadores de cargas familiares en la generación soporte	92
5.2	Indicadores de cargas familiares y atención a mayores en la generación soporte	92
5.3	Atención familiar en relación con el hogar en la generación soporte	93
5.4	Actividad de la generación soporte y presencia de dependientes en el hogar	94
5.5	Porcentajes de la generación soporte que conviven o ayudan a familiares por tipo de relación con la actividad	95
5.6	Tipos de ayudas que prestan los miembros de la generación soporte que atienden a familiares	96
5.7	Composición de los hogares de los hombres y mujeres de la generación soporte, según la presencia de dependientes	97
5.8	Balance de la red de ayuda familiar en la generación soporte	99
5.9	Balance de la colaboración por tipo de ayuda en la generación soporte	100
5.10	Disposición de guarderías en la localidad según la generación soporte	101
5.11	Formas de cuidado de los menores de 6 años de la generación soporte	103
5.12	Formas de cuidado de los menores de 6 años de la generación soporte en función de la existencia de guarderías cercanas	104
5.13	Relación de actividad en las parejas y formas de cuidado de los menores en la generación soporte	105
5.14	Incidencia de la movilidad de los activos en las formas de cuidado de los menores en la generación soporte	107
5.15	La actividad de las mujeres en función del lugar de trabajo de sus parejas en la generación soporte	107
7.1	Motivos de instalación en el pueblo de la generación soporte	129
7.2	Residencia de la generación soporte por sexo y edad	131

7.3	Personas de la generación soporte según los tipos de residencia por estudios, actividad y tipo de trabajo	135
7.4	Principales nacionalidades en el medio rural	139
7.5	Formas de convivencia en pareja de la población inmigrante residente en áreas rurales	145
7.6	Indicadores de convivencia paterno-filial de la población inmigrante por tamaño de hábitat	147
7.7	Ocupación por ramas de actividad	147
8.1	Personas que viven en hogares sin vehículo (municipios de menos de 10.000 habitantes)	151
8.2	Estructura de los hogares sin vehículo (municipios de menos de 10.000 habitantes)	152
8.3	Ocupados de más de 16 años que trabajan en otro o en varios municipios	154
8.4	Características del trabajo rural extralocal	157
8.5	Movilidad laboral de la generación soporte por sexo y por tiempo de residencia	158
8.6	Tiempo empleado en desplazamiento al trabajo en la generación soporte por lugar de trabajo y sexo	159
8.7	Medio utilizado por la generación soporte para desplazarse por lugar de trabajo y sexo	159
8.8	Conductores y no conductores de la generación soporte según el tipo de trabajo	160
8.9	Modo habitual de ir a la ciudad en la generación soporte	161
8.10	Miembros de la generación soporte que durante la última semana llevaron o acompañaron a personas, por algún motivo, fuera del pueblo	162

Mapas

2.1	Modelos de ruralidad	45
4.1	Proporción de mayores de 70 años en la población rural	79
4.2	Relación de personas de la generación soporte por cada dependiente en áreas rurales	89
5.1	Disposición de guarderías en áreas rurales según la opinión de la generación soporte	103
7.1	Peso de la población inmigrante residente en áreas rurales, 2001 y 2007	140

Cuadros

A.1 Entrevistas cualitativas	187
A.2 Ficha técnica de la Encuesta a Población Rural 2008	190

Anexo metodológico

La investigación ha combinado fuentes de datos cualitativos y cuantitativos, así como fuentes primarias y secundarias. A continuación se describen las principales.

Dispositivo cualitativo

La fuente cualitativa principal la constituyen trece entrevistas a mujeres rurales, realizadas con anterioridad al estudio cuantitativo, lo que ha permitido incorporar algunos de los resultados al mismo. Se trata de entrevistas a mujeres del ámbito rural de Castilla y León. Las entrevistas han sido clasificadas en torno a los tres ejes ampliamente debatidos en esta investigación: el paisaje social, el ciclo vital y familiar, y la condición laboral. El paisaje social tiene en cuenta no sólo la estructura demográfica de la población sino también su situación socioeconómica y el grado de interconexión con la ciudad. El ciclo vital sitúa a las entrevistadas en torno, si no dentro, de la generación soporte, entre los 24 y los 54 años, con una diversidad de situaciones familiares. Finalmente, el ciclo laboral muestra también una diversidad de relaciones con la actividad, desde situaciones de fragilidad laboral hasta situaciones de inserción laboral plena.

CUADRO A.1

Entrevistas cualitativas

	PROVINCIA (HABITANTES DEL MUNICIPIO)	PAISAJE SOCIAL	CICLO VITAL	CONDICIÓN LABORAL
1	Burgos (1.994 hab.)	Masculinización, envejecimiento Mercado de trabajo local masculinizado Periférico	49 años, en proceso de separación, una hija	asalariada eventual en programas de animación social
2	Palencia (165 hab.)	Masculinización, envejecimiento Mercado de trabajo local restringido Periférico	24 años, soltera	asalariada eventual en trabajos de animación y promoción turística del Ayuntamiento
3	León (3.115 hab.)	Equilibrio demográfico Mercado de trabajo local restringido Conexión con mercado de trabajo urbano	24 años, vive en pareja	autónoma, negocio propio de fotografía
4	Valladolid (1.948 hab.)	Equilibrio demográfico Mercado de trabajo local restringido Integración en mercado de trabajo urbano	25 años, vive en pareja	asalariada, dependiente en tienda de ropa («nueva residente»)
5	Salamanca (3.281 hab.)	Equilibrio demográfico Mercado de trabajo local restringido Integración en mercado de trabajo urbano	43 años, separada, dos hijos	autónoma, propietaria de una tienda de ropa («nueva residente»)
6	Ávila (2.198 hab.)	Masculinización Mercado de trabajo local restringido Conexión con mercado de trabajo urbano	36 años, casada, dos hijos	autónoma, empresaria de turismo rural
7	Burgos (6.271 hab.)	Equilibrio demográfico Mercado de trabajo local feminizado Conexión con mercado de trabajo urbano	30 años, soltera	asalariada en sector textil
8	Segovia (3.671 hab.)	Masculinización Mercado de trabajo local restringido/ masculinizado Periférico	27 años, vive en pareja	funcionaria, maestra de educación primaria
9	Ávila (7.507 hab.)	Equilibrio demográfico Mercado de trabajo masculinizado Conexión con mercado de trabajo urbano	34 años, casada, dos hijos	ama de casa
10	Soria (749 hab.)	Masculinización, envejecimiento Mercado de trabajo local restringido	26 años, casada, no vive con su marido, una hija	inmigrante, cuidado de ancianos
11	Zamora (439 hab.)	Masculinización, envejecimiento Mercado de trabajo local restringido y periférico	54 años, casada, tres hijos	propietaria del bar del pueblo

	PROVINCIA (HABITANTES DEL MUNICIPIO)	PAISAJE SOCIAL	CICLO VITAL	CONDICIÓN LABORAL
12	Palencia (7.263 hab.)	Envejecimiento. Alejamiento de los centros urbanos, pequeños núcleos de población dispersos Mercado de trabajo local restringido	38 años, casada, una hija y dos hijos	propietaria de un taller de restauración de obras de arte
13	Palencia (423 hab.)	Envejecimiento, masculinización Zona de montaña, dificultades de comunicación Mercado de trabajo local restringido/ masculinizado Periférico	31 años, casada, dos hijas	titular de explotación ganadera de vacuno y promotora de una casa de turismo rural propiedad de la madre

Dispositivo cuantitativo

La investigación ha implicado la utilización de una variedad de fuentes de datos cuantitativos, entre las que destacan:

Censo de población. Los censos de población son una fuente insustituible para conocer la evolución demográfica y social de la población, al incluir un recuento completo, no sólo de los individuos sino también de los hogares y las viviendas.

Padrón municipal. El padrón municipal contiene el registro estadístico más actualizado de la población, por sexo, edad y procedencia. Además de haber utilizado el padrón de 2007 como marco muestral, ha permitido observar la evolución demográfica de la población hasta nuestros días.

Encuesta de Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud (EDDES, 1999). La EDDES ha sido hasta el año 2008 el principal estudio sobre discapacidad de ámbito nacional, por lo que es una fuente necesaria para evaluar el alcance, la diversidad y complejidad del problema en las áreas rurales.

Además del uso de fuentes secundarias, la investigación se ha centrado singularmente en el diseño, trabajo de campo y explotación de una encuesta dirigida a los miembros de la generación soporte, que hemos denominado Encuesta a Población Rural (EPR-2008). La EPR se diseña con el objetivo de dar cuenta de las estructuras familiares y sociolaborales en las que se inserta la generación soporte, así como conocer su papel sobre temas de creciente importancia

en los entornos rurales como son la dependencia de los mayores, la conciliación laboral-familiar, la movilidad y la percepción del entorno. Comparte algunos de los objetivos ya presentados en la Encuesta a Mujeres Rurales 2004, pero extiende el ámbito de interés a los varones. Aunque se trata de una herramienta cuantitativa, se ha diseñado un cuestionario conversacional con el objetivo de obtener una información de calidad, en la que el sujeto pueda plasmar su relato sin excesivo encorsetamiento. De ahí la presentación de un conjunto de preguntas abiertas y codificadas después del trabajo de campo. En el cuadro A2 se explican los aspectos técnicos de la encuesta.

Ficha técnica de la Encuesta a Población Rural 2008

Universo: población rural de 30 a 50 años que reside en municipios menores de 10.000 habitantes en todo el territorio nacional.

Tamaño de la muestra: 1.795 entrevistas distribuidas en dos submuestras según sexo. El tamaño de la submuestra de hombres es de 795 y el de la de mujeres, 1.000.

Estratificación: dentro de cada submuestra, las entrevistas se estratifican por las categorías resultantes del cruce entre grupos de edad (30-34, 35-39, 40-44, 45-49, 50) y hábitat (<5.000, 5.001-10.000).

Afijación: proporcional a los estratos.

Procedimiento de muestreo: para cada submuestra, el procedimiento ha sido polietápico, con selección aleatoria de las unidades primarias de muestreo (hogares), de forma proporcional a la estratificación por tamaño de hábitat. Selección aleatoria de las unidades últimas (individuos) de forma proporcional a la estratificación por edad.

Error muestral: para la estimación de proporciones en el supuesto de muestreo aleatorio simple y en el caso más desfavorable ($P=Q=0,5$), con un nivel de confianza del 95,5%:

- Conjunto de la muestra: $\pm 2,36\%$
- Submuestra de hombres: $\pm 3,55\%$
- Submuestra de mujeres: $\pm 3,16\%$

Recogida de información: entrevistas telefónicas asistidas por ordenador (CATI).

Duración media: la duración media de las entrevistas finalizadas fue de 13,36 minutos; respecto a los contactos no válidos la duración media fue de 0,78 minutos.

Calendario del trabajo de campo:

- Preparación del trabajo: 19 al 22 de septiembre de 2008
- Briefing: 22 de septiembre de 2008
- Recogida de información: 22 de septiembre al 29 de octubre de 2008
- Supervisión: 22 de septiembre al 29 de octubre de 2008
- Tratamiento informático de los datos: 22 de septiembre al 29 de octubre de 2008
- Codificación: 29 de septiembre al 29 de octubre de 2008
- Envío de los ficheros de resultados: 31 de octubre de 2008

Equipo humano: un técnico de estudios, una jefa de campo de estudios telefónicos, una jefa del departamento de proceso de datos, un técnico del departamento de proceso de datos, un responsable de codificación, 3 codificadores, 2 supervisores y 25 entrevistadores.

Empresa: Random. Estudios de Opinión, Marketing y Socioeconómicos, S. A. Certificado de calidad de acuerdo con la norma UNE-ISO 20252. Miembro de ANEIMO, AEDEMO y ESOMAR. Actividad realizada bajo el código internacional CCI/ESOMAR para la práctica de la investigación social y de mercados.

Colección Estudios Sociales

Disponible en Internet: www.laCaixa.es/ObraSocial

Títulos publicados

1. LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA EN ESPAÑA (*Agotado*)
Eliseo Aja, Francesc Carbonell, Colectivo Ioé (C. Pereda, W. Actis y M. A. de Prada), Jaume Funes e Ignasi Vila
2. LOS VALORES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA Y SU RELACIÓN CON LAS DROGAS (*Agotado*)
Eusebio Megías (director), Domingo Comas, Javier Elzo, Ignacio Megías, José Navarro, Elena Rodríguez y Oriol Romaní
3. LAS POLÍTICAS FAMILIARES EN UNA PERSPECTIVA COMPARADA (*Agotado*)
Lluís Flaquer
4. LAS MUJERES JÓVENES EN ESPAÑA (*Agotado*)
Inés Alberdi, Pilar Escario y Natalia Matas
5. LA FAMILIA ESPAÑOLA ANTE LA EDUCACIÓN DE SUS HIJOS (*Agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Leonardo Sánchez Ferrer
6. VEJEZ, DEPENDENCIA Y CUIDADOS DE LARGA DURACIÓN (*Agotado*)
David Casado Marín y Guillem López i Casasnovas
7. LOS JÓVENES ANTE EL RETO EUROPEO (*Agotado*)
Joaquim Prats Cuevas (director), Cristòfol-A. Trepal i Carbonell (coordinador), José Vicente Peña Calvo, Rafael Valls Montés y Ferran Urgell Plaza
8. ESPAÑA ANTE LA INMIGRACIÓN(*) (*Agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Carmen González-Enríquez
9. LA POLÍTICA DE VIVIENDA EN UNA PERSPECTIVA EUROPEA COMPARADA (*Agotado*)
Carme Trilla
10. LA VIOLENCIA DOMÉSTICA (*Agotado*)
Inés Alberdi y Natalia Matas
11. INMIGRACIÓN, ESCUELA Y MERCADO DE TRABAJO (*)
Colectivo Ioé (Walter Actis, Carlos Pereda y Miguel A. de Prada)
12. LA CONTAMINACIÓN ACÚSTICA EN NUESTRAS CIUDADES
Benjamín García Sanz y Francisco Javier Garrido
13. FAMILIAS CANGURO
Pere Amorós, Jesús Palacios, Núria Fuentes, Esperanza León y Alicia Mesas
14. LA INSERCIÓN LABORAL DE LAS PERSONAS CON DISCAPACIDADES (*Agotado*)
Colectivo Ioé (Carlos Pereda, Miguel A. de Prada y Walter Actis)
15. LA INMIGRACIÓN MUSULMANA EN EUROPA (*Agotado*)
Víctor Pérez-Díaz, Berta Álvarez-Miranda y Elisa Chuliá

(*) Versión inglesa disponible en Internet

16. POBREZA Y EXCLUSIÓN SOCIAL
(*Agotado*)
Joan Subirats (director), Clara Riba,
Laura Giménez, Anna Obradors, Maria
Giménez, Dídac Queralt, Patricio Bottos
y Ana Rapoport
17. LA REGULACIÓN DE LA
INMIGRACIÓN EN EUROPA
Eliseo Aja, Laura Díez (coordinadores),
Kay Hailbronner, Philippe de Bruycker,
François Julien-Laferrrière, Paolo Bonetti,
Satvinder S. Juss, Giorgio Malinverni,
Pablo Santolaya y Andreu Olesti
18. LOS SISTEMAS EDUCATIVOS
EUROPEOS ¿CRISIS O
TRANSFORMACIÓN?
Joaquim Prats y Francesc Raventós
(directores), Edgar Gasòliba (coordi-
nador), Robert Cowen, Bert P. M.
Creemers, Pierre-Louis Gauthier, Bart
Maes, Barbara Schulte y Roger Standaert
19. PADRES E HIJOS EN
LA ESPAÑA ACTUAL
Gerardo Meil Landwerlin
20. MONOPARENTALIDAD E INFANCIA
Lluís Flaquer, Elisabet Almeda
y Lara Navarro
21. EL EMPRESARIADO INMIGRANTE
EN ESPAÑA
Carlota Solé, Sònia Parella
y Leonardo Cavalcanti
22. ADOLESCENTES ANTE
EL ALCOHOL. LA MIRADA
DE PADRES Y MADRES
Eusebio Megías Valenzuela (director),
Juan Carlos Ballesteros Guerra,
Fernando Conde Gutiérrez del Álamo,
Javier Elzo Imaz, Teresa Laespada
Martínez, Ignacio Megías Quirós y
Elena Rodríguez San Julián
23. PROGRAMAS
INTERGENERACIONALES.
HACIA UNA SOCIEDAD
PARA TODAS LAS EDADES (*)
Mariano Sánchez (director), Donna
M. Butts, Alan Hatton-Yeo, Nancy A.
Henkin, Shannon E. Jarrott,
Matthew S. Kaplan, Antonio Martínez,
Sally Newman, Sacramento Pinazo,
Juan Sáez y Aaron P. C. Weintraub
24. ALIMENTACIÓN, CONSUMO
Y SALUD (*)
Cecilia Díaz Méndez y Cristóbal Gómez
Benito (coordinadores), Javier Aranceta
Bartrina, Jesús Contreras Hernández,
María González Álvarez, Mabel Gracia
Arnaiz, Paloma Herrera Racionero,
Alicia de León Arce, Emilio Luque
y María Ángeles Menéndez Patterson
25. LA FORMACIÓN PROFESIONAL EN
ESPAÑA. HACIA LA SOCIEDAD
DEL CONOCIMIENTO (*)
Oriol Homs
26. DEPORTE, SALUD
Y CALIDAD DE VIDA (*)
David Moscoso Sánchez y Eduardo
Moyano Estrada (coordinadores),
Lourdes Biedma Velázquez, Rocío
Fernández-Ballesteros García, María
Martín Rodríguez, Carlos Ramos
González, Luíís Rodríguez-Morcillo
Baena y Rafael Serrano del Rosal
27. LA POBLACIÓN RURAL DE
ESPAÑA. DE LOS DESEQUILIBRIOS
A LA SOSTENIBILIDAD SOCIAL (*)
Luis Camarero (coordinador), Fátima
Cruz, Manuel González, Julio A.
del Pino, Jesús Oliva y Rosario
Sampedro

Diseño, maquetación
e impresión: www.cege.es
Ciutat d'Asunción, 42
08030 Barcelona
D.L.: B. 34415-2009
ISBN: 978-84-692-4296-4

El presente estudio examina, apoyado en un amplio análisis estadístico –pero también desde la cotidianidad de la vida de sus poblaciones–, los problemas que dificultan el desarrollo socialmente armónico del entorno rural. La investigación detecta tres grandes factores que se retroalimentan entre sí y que implican un reto social de extraordinaria complejidad.

En primer lugar, los desequilibrios demográficos, que se manifiestan en la masculinización y en el envejecimiento de esta población, pero, sobre todo, en el protagonismo de la llamada «generación soporte»: los hombres y las mujeres, sobre los cuarenta años de edad, que se han convertido en el auténtico pilar en el que se apoya la sociedad rural.

En segundo lugar, las desigualdades de género. Sin ser exclusivas del medio rural ni más intensas que en el medio urbano, estas desigualdades son más visibles en aquel entorno y sus efectos se proyectan tanto sobre la mujer como sobre el conjunto del entramado social.

Y por último, el desequilibrio en el acceso a la movilidad, que constituye un relevante marcador de las diferencias sociales en el entorno rural; no obstante, se presenta como una de las vías de entrada más inmediatas de las políticas orientadas al desarrollo armónico de estas áreas.

Con este estudio, la Obra Social "la Caixa" pretende estimular una reflexión del todo necesaria para abordar con garantías un futuro que depende no ya de la sostenibilidad económica y medioambiental de las zonas rurales, sino, fundamentalmente, de la sostenibilidad social.

Edición electrónica disponible en Internet:

www.laCaixa.es/ObraSocial



Publicación impresa
en papel y cartulina
ecológicos